

ESTEBAN NAVARRO

# LA RUBIA DEL TÍVOLI



**D.J.57**

Del autor superventas, con más de 100.000 ejemplares vendidos

# LA RUBIA DEL TÍVOLI

**Esteban Navarro**  
esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Octubre 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

Portada: Imagen de Shutterstock

ISBN: 9781690910701

*A Ester.*  
*A Raúl.*  
*A Carmen.*

*Si hubiera nacido mujer seguro que hubiera sido una prostituta.  
Como había nacido hombre, anhelaba constantemente mujeres, cuanto más  
guarras mejor.  
Y sin embargo las mujeres, las buenas mujeres, me daban miedo porque a veces  
querían tu alma,  
y lo poco que quedaba de la mía, quería conservarlo para mí.*

**Charles Bukowski.**

## **Advertencia del autor**

Esta historia es un relato de ficción basado en hechos verdaderos. Los lugares, personajes y situaciones que aparecen en este libro están inspirados, siempre con cierta y amplia libertad por parte del autor, en lugares, personajes y situaciones reales. La novela ha de considerarse, por tanto, fruto de la invención del escritor y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona o corporación existente o que haya existido en la realidad.

Pido disculpas por anticipado a aquellos herederos de los personajes aquí representados, a los que pueda ofender con esta novela. Sepa el lector que la siguiente historia es una recreación libre de un hecho histórico que seguramente no ocurrió así, pero así es como yo interpreto que ocurrió.

## Sumario

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Nota del autor](#)

# Capítulo 1

Faltan unos minutos para las seis de la tarde del domingo 9 de enero de 1949. Comienza a sonar el teléfono de color negro del piso de la avenida San Antonio María Claret. La ubicación del inmueble le permite a Carmen escabullirse de acosadores indeseables, cuando la rondan a la espera de favores sexuales. El bloque tienen cinco alturas y el chaflán da al Paseo San Juan; una de las arterias principales de Barcelona. Antes de ir a vivir allí comprobó la situación del edificio, recordando los consejos de su tío en las diversas ocasiones que le dijo que antes de residir en una vivienda nueva se preocupara de comprobar las vías de escape.

«Por si los del bando nacional vienen a por ti».

Escucha su voz dentro de su cabeza como si estuviera allí, con ella. Murmurando consejos. Hace ya diez años que la dejó, cuando ella contaba diecisiete primaveras y la vida todavía era un lugar idílico y lleno de esperanza.

El teléfono suena un par de veces más antes de que Carmen alcance a descolgar. Es un teléfono de sobremesa, con un desconchado en la parte derecha, de un golpe mal dado un día de irritación.

—¿Jesús? —inquire al reconocer la voz de su interlocutor.

Jesús y Carmen son amigos desde hace solo unos meses. Es una amistad concebida en la desesperación. Los dos se sienten unos incomprendidos y juntos suman más que por separado. Él tiene 24 años, ella 27. Pero la proximidad de edad consigue que Carmen se entienda con él mucho mejor que con esos hombres que le sacan un par de décadas. Jesús es un joven atractivo. Y caradura. En el poco tiempo transcurrido desde que se conocen, ya se han hecho amigos en la diversión y en el alcohol. Y también en el sexo. Se aman, mucho. Ambos disfrutaban de la compañía del otro. Se necesitan.

—¿Te apetece salir esta noche a tomar algo con nosotros?

Ese «nosotros» lleva implícito que no saldrán solos, sino que les acompañará el tercero en concordia. Se trata del amigo de Jesús, el sempiterno Jaime Viñas.

—Ya he quedado —rechaza.

Solo han pasado dos días desde que discutieron. Jesús había compartido con ella una idea de su padre, y Carmen la aceptó, al principio. Pero bien meditada, la rechazó de plano. No por ser mala idea, sino porque la ejecución del plan propuesto tenía más fallos que aciertos. Los planes son como el cocido, hay que

dejarlos reposar un tiempo.

Jesús no quiere perderla como amiga. O eso piensa ella. O eso ofrece él. Carmen ha quedado a cenar con su protector, el que paga las facturas. Y el que paga manda. Para ella, el empresario Juan Martínez es un contrapeso necesario para equilibrar su vida. Lo sabe ella, y lo sabe él. Queda a cenar con el empresario y con una amiga de este. Su otra acompañante es Sylvia de Bettini, que esos días actúa en su teatro, el Tívoli. Porque Martínez es el gerente del Tívoli, el mejor gestor que pudo tener el emblemático teatro de la ciudad Condal. Después de esa noche, la actriz y cantante regresará a Italia y, quizá, no la vuelva a ver nunca más. El empresario le ha dicho que tienen previsto después de la cena ir al cine Capitol, en el número 138 de la Rambla, muy cerca de la plaza Cataluña. Esa mañana, Carmen había leído en La Vanguardia Española que exhibían *Prefiero a la secretaria*, una comedia interpretada por *Dennis O'Reefe* y *Jane Franze*. El plan del empresario es demasiado succulento como para rechazarlo. Mantiene su cita con él y declina la de Jesús. Además, desde hace un par de semanas sabe que Jesús ya no es tan buena persona como ella creía.

—Otro día, quizá —rechaza nostálgica.

Sus palabras suenan tristes. Pero Jesús las escucha como si fueran agonizantes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Sí —repite un par de veces—. Bueno, en realidad, si te he de ser sincera, no he tenido un buen día —miente—. He discutido con..., bueno, he discutido con una persona que aprecio mucho y estoy disgustada por ello. Solo es eso.

—Pues más a mí favor —insiste—. En semejante circunstancia lo mejor y más conveniente es salir con los amigos, divertirse y reír. Ya sabes que estoy a punto de irme con Pepita a Palma de Mallorca y quizá tardemos un tiempo en reencontrarnos de nuevo después de nuestra marcha. Palma está lejos para ir, pero mucho más lejos para regresar.

—Lo sé —acepta—. Y no sabes lo que me alegro por ti —expulsa con convicción; aunque él no la cree—. Espero que seas muy feliz con esa chica. Y que ella sepa, a su vez, hacerte feliz a ti.

—Estupendo, entonces —dice con alegría—. En ese caso te esperamos en el *Alaska*, donde tomaremos una última copa. Brindaremos por el pasado, por los viejos tiempos y por el futuro; por lo que está por venir.

El *Alaska* es un bar de copas que se halla en el número 22 de la misma calle donde vive Carmen, justo en el chaflán contrapuesto a su bloque, por lo que la chica tan solo tiene que cruzar para plantarse ante la puerta.

—Prefiero no hablar de lo del otro día —expele con malestar—. Ya te dije que al final no me parecía buena idea. Pero son cosas de 1948 y ahora estamos en

otro año, mejor ni mencionarlo. Año nuevo, vida nueva.

—Descuida —acepta—. Ya convenimos que no hablaríamos más del tema. Aunque podías reconsiderarlo —quemar un último cartucho antes de dar el asunto por zanjado—. Y sopesar todo lo bueno que nos traerá el plan que te habíamos propuesto.

—Si queréis quedar para insistir —le dice disgustada—, entonces mejor ahorraros el esfuerzo. Mi decisión es firme y no tengo intención de hablar más sobre ese asunto.

—No, has de creerme. Es por lo que te he dicho, para tomar unas cuantas copas y para brindar como es debido por nuestra despedida. Sobre eso no volveremos a hablar, te lo prometo.

—Allí estaré, entonces —confirma, forzando una voz de alegría—. Pero no te puedo asegurar la hora, ya que desconozco cuándo acabará la cita con mi amigo. Si te parece podemos quedar en el *Alaska*, como has sugerido, sobre la una de la madrugada. A esa hora estoy segura de que habremos terminado.

Carmen sabe que Juan Martínez es un hombre ocupado. Y su invitada, la actriz y cantante italiana Sylvia de Bettini, regresa de viaje a su país al día siguiente, por lo que sobre esa hora ya estará libre y el empresario la habrá devuelto a su piso.

—Perfecto —clama Jesús—. Te esperaré en la esquina de tu bloque a esa hora, dentro de un coche.

—¿Un coche? —Carmen sabe que Jesús no dispone de coche—. ¿Por qué vendrás en coche? No es necesario un coche para tomar una copa en el *Alaska*.

—Sí, ¿no te lo había dicho? —muestra sinceridad—. Un amigo me ha prestado su coche y he pensado que podíamos aprovechar que lo tengo para dar un paseo por la noche barcelonesa. Es la mejor despedida que se me ocurre: la de recorrer Barcelona en coche, de bar en bar y de fiesta en fiesta.

Carmen acepta sin más discusión. Los dos se despiden hasta la noche, donde se reencontrarán de nuevo. En ese instante ya pasan un par minutos de las seis de la tarde del domingo 9 de enero de 1949.

Seguidamente, y nada más interrumpir la comunicación con Carmen, Jesús telefona a su amigo Enrique Sallent, al que le solicita un aval para alquilar un coche.

—No —replica enfadado—. Jesús, dado que estás a punto de casarte es mejor que no nos veamos. No quiero perjudicarte.

—Bueno, todavía no está claro el que vaya a casarme con Pepita —miente.

Enrique lo toma como un acercamiento de su amigo, con el que siente un cariño especial y por el que cree no es correspondido. Sabe que en el fondo,

Jesús no es más que un chapero que consiente estar con él por dinero. Pero el favor que le solicita no es de los mayores que se le pueden pedir a un amigo. Así que, tras meditarlo un instante, finalmente acepta. Los dos quedan en encontrarse delante del garaje Roca, en la calle París, a apenas media hora caminando desde el piso de Carmen.

Una vez frente a frente en la puerta del garaje, los dos hombres alquilan un Ford Sedán de cuatro puertas, con matrícula de Valencia: V-9934, matriculado en el año 1929, pero cuyo estado de conservación es bueno. Acreditado el aval por parte de Sallent, Jesús retira el coche y se despide de él, conduciendo hasta la calle Pintor Fortuny, donde lo aparca. Allí lo recogerá por la noche para ir a buscar a Carmen a su casa.

Conviene que Viñas, de 29 años de edad, algo mayor que los dos, y amigo común de Jesús y de Carmen, sea el encargado de recoger a Carmen a la una de la madrugada en el chaflán de su casa. La excusa para que sea Viñas y no Jesús el que la recoja, es porque el primero ha quedado con su novia Pepita para ir al cine a ver la película *Alma en suplicio*, protagonizada por Joan Crawford. A su novia le encanta esa actriz y llevan todo el fin de semana planificando ir a ver esa película. Por lo que Jesús no puede aplazar la sesión, sin levantar la sospecha en su novia.

Faltan cinco minutos para las nueve de la noche del domingo, cuando el dueño del Tívoli detiene su coche en la calle Paseo San Juan, esquina con San Antonio María Claret. En el asiento de atrás viaja una sonriente Sylvia de Bettini.

Hace sonar varias veces la bocina para alertar a Carmen Broto. Pero en el mes de enero todas las ventanas están cerradas y la chica no lo escucha desde su piso.

—¿No está su amiga? —consulta Sylvia, con voz dulce.

—Sí —replica el empresario—. Sí, porque hay luz —dice agachando la cabeza y asomándose por la luna delantera.

Carmen se asoma al balcón y comprueba, con cierta alegría, que bajo su puerta hay un coche que la espera. Se trata de Juan Martínez, el empresario que le paga los gastos, pero no el piso. El piso se lo costea Julio Muñoz, otro empresario, conocido como el rey del estraperlo.

Carmen se pone el abrigo de astracán sobre los hombros, ya que, como tiene que subirse al coche, no cree necesario abrigarse. Coge el bolso, los guantes para el frío y dos paquetes pequeños envueltos en papel de regalo. Antes de salir se echa un último vistazo al espejo del recibidor para comprobar que todo está en orden. Se guiña un ojo, como suele hacer siempre que se mira en ese espejo y obvia cualquier comentario en voz alta que exclame lo guapa que se ve esa

noche.

—Buenas noches, Veronica —susurra como si no estuviera hablando, solo respirando.

Desde 1945, cuando vio en el cine Astoria de Barcelona la película *Me casé con una bruja*, protagonizada por Veronica Lake y Fredric March, se identifica con la actriz protagonista, con la que distingue un gran parecido. Fue en ese año cuando decidió teñirse el pelo de rubio de manera definitiva, precisamente para reforzar ese parecido con su idolatrada actriz, a la que por otra parte siempre quiso emular.

La chica del espejo le devuelve la mirada. Pone morros. Enseña los labios. Gira la cabeza a la derecha y a la izquierda. Busca su mejor perfil. Todos los perfiles son buenos.

—Buenas noches, Cascabelitos —murmura de nuevo.

Le gusta identificarse con ese mote, el de *Cascabelitos*, aunque son pocos los amigos que la llaman así. Se siente identificada con ese sobrenombre desde que unos años atrás, cuando aún vivía en Aragón, un vecino del pueblo que hizo las Américas, y estuvo unos años en Argentina, le dijo que cuando ella nació, en el año 1922, Juan Andrés Caruso, un importante letrista de tangos, había compuesto *Cascabelitos*. Y como si se tratara de una oración le recitó el tango con tal viveza, que Carmen se enamoró de esa canción:

*Entre la loca alegría / volvamos a darnos cita / misteriosa mascarita / de aquel loco Carnaval. / Donde estás Cascabelito, / mascarita pizpireta, / tan bonita y tan coqueta / con tu risa de cristal. Cascabel, Cascabelito; / ríe, ríe y no llores / que tu risa juvenil / tenga perfumes de tus amores. / Cascabel, Cascabelito; / ríe, no tengas cuidado / que aunque no estoy a tu lado / te llevo en mi corazón.*

Apaga la luz del recibidor dando un inapreciable manotazo en el interruptor. Cierra con llave y guarda el llavín en el interior de su bolso. Baja por las escaleras con cuidado de no trastabillar a bordo de los zapatos negros de ante, con tacones altos. Recuerda cómo le había dicho el empresario Muñoz, cuando se los regaló, que esos zapatos habían sido creados para bailar y para cruzar las piernas, pero no para bajar escaleras o corretear por la calle.

En el vestíbulo llama al piso de la portera.

—Señora Broto —le dice al abrir—. ¿Sale usted esta noche?

—Sí —sonríe Carmen—. Si no salgo siento que me falta el aire—. Tenga —le dice mientras alarga la mano y le entrega los dos paquetes envueltos en papel de regalo.

La portera sabe que son dos frascos de perfume.

—Es usted muy buena conmigo —agradece entretanto recoge con manos ensortijadas los dos paquetes que le entrega.

Carmen no la deja terminar de hablar y le avanza que al día siguiente le bajará un par de medias, con el encargo de que ella las acerque a la tienda a coser algún punto suelto. La portera sabe que los dos frascos de perfume son un pago por esos servicios que le presta mientras ella se ausenta en compañía de sus amantes. Y sabe que esos perfumes no los adquirió Carmen, sino que son regalos de los empresarios que frecuentan su lecho.

En la calle la espera Martínez, de pie, al lado del coche, mientras le abre la puerta. Dentro del coche, todas las retorcidas muestras de la opulencia: un reloj luminoso, una guantera cerrada con llave, un encendedor, un techo forrado. Y la actriz y cantante italiana. Las dos se sonríen, sin malicia, pero con picardía.

—¿Todo bien, Carmen?

Ella asiente mientras se sube al coche. Rechaza el beso que parece lanzarle su bienhechor, porque no le gusta que la vean alternar en la puerta de su bloque. Antes de subir echa un último vistazo a la calle, por si estuviese Jesús en las inmediaciones. En ese caso, una mirada sería suficiente como para emitir una disculpa.

No hay mirada, no hay disculpa.

Carmen es la querida o la mantenida o la protegida de Juan Martínez, el dueño del Tívoli. El empresario vive en el número 139 de la calle Aribau. En la catedral de la leche, como todo el mundo conoce a su casa. Tiene mucho dinero, sobre todo en joyas. Pero también en papel moneda de curso legal. Ella no tiene interés en su dinero, porque a Carmen no le falta de nada y le sobran amigos. Pero sus otros amigos quizá sí que tienen interés en ese dinero y en esas joyas. Hay un desencuentro. Un rechazo. A Carmen, unas semanas antes, Jesús le propone un plan maquiavélico. Un plan que solucionará los problemas económicos de todos ellos. En un inicio acepta, y no porque le parezca un buen plan, sino porque en su situación cualquier plan es bueno. Después duda. Y la duda no es buena consejera. El padre de Jesús, que se llama igual que su hijo, desconfía de Carmen. Fue espadista, de los mejores de la Ciudad Condal. Y como buen ladrón recela de todo el mundo. Transmite su escepticismo a su hijo. Y esa desconfianza se materializa cuando el sábado 18 de diciembre, una semana antes de Navidad, Carmen llama por teléfono a Jesús. Quiere hablar con él porque no está segura de cumplir su parte. Navarro la anima a que siga adelante. «Todo saldrá bien», le dice. Pero ella ha tomado una decisión definitiva y se lo hace saber. Él la comprende, asimila que ella tiene buenos sentimientos. Pero su padre

monta en cólera cuando se entera.

—Esa, con cuatro copas de más hará lo que sea por dinero.

El domingo por la tarde se reúnen los tres en la casa de la calle Encarnación.  
El plan trazado sigue adelante.

Carmen debe morir.

## Capítulo 2

Juan Martínez lleva a sus dos acompañantes a cenar al restaurante Parelladas, en la avenida del Generalísimo Francisco Franco. Los tres cenan en un ambiente de cordialidad donde se habla, como ya es acostumbrado, de negocios, de espectáculos y de cine. Al empresario le gusta rodearse de mujeres bellas y con clase. Es una tapadera que esconde su homosexualidad. Todos lo saben, pero nadie lo dice. En la posguerra nadie dice nada en público. El resto de comensales piensan que es un machote, porque se rodea de mujeres hermosas, y elucubran cómo terminarán la noche: los tres revueltos en el mismo lecho.

Carmen, después del segundo plato les recuerda que se apresuren en los postres, pues ha quedado con su amigo Jesús a la una de la madrugada. Lo imagina desesperado, aguardándola en su calle, en el caso de que ella se demore en acudir a la cita. El empresario conoce a Jesús de alguna correría nocturna en el cuarto de invitados de su casa. Pero como Carmen nunca nombra a otras personas en ausencia de ellas, el empresario desconoce que ella lo conoce también.

Extremis, Juan Martínez propone un cambio de planes y ofrece ir a tomar un coñac a un cabaré de los muchos que hay en la zona. Carmen no secunda la propuesta y se excusa argumentando que la jornada ha sido agotadora y prefiere retirarse a su piso a descansar. Está inquieta por Jesús; aunque no puede decírselo a Martínez. Ella guarda riguroso sigilo sobre sus encuentros con otros hombres. Pero todos saben que el piso donde vive Carmen se lo proporcionó Julio Muñoz, y él es el encargado de costear los gastos de la vivienda. Sospechan que la prisa por ausentarse es porque ha quedado con el empresario, pero no lo comentan para no incomodarla.

—Una última copa —insiste Martínez.

Carmen observa las miradas de los dos compañeros de mesa y acata la obligación de una última copa. Como buena mujer de compañía, nunca rechaza la última.

—¿Dónde? —consulta, aunque sabe que ella no decidirá el lugar a dónde la llevarán sus amigos.

El empresario conduce hasta la Parrilla del Ritz, grotesco nombre que recibe el Grill del Ritz, en plena abolición de los extranjerismos (como ocurrió con el Teatro Olympia, que acabó siendo Olimpia), donde presencian el espectáculo de

June Marlowe: la señorita Tonelada.

La Parrilla del Ritz es un lugar de moda entre la burguesía catalana desde su debut el 3 de diciembre de 1942. Pero el 8 de octubre de 1947, su propietario, el músico Bernard Hilda, decide relanzar el negocio con una selección de comida gala y una amplia oferta que incorpora diversos shows americanos en los que actuarán, según su publicidad, primerísimas figuras artísticas mundialmente reconocidas.

Juan Martínez, una vez que finaliza uno de los espectáculos de la Parrilla del Ritz, y viendo la expresión de agotamiento en el rostro de Carmen, opta por acompañarla a su piso, despidiéndola en la puerta del bloque, pero sin llegar a subir arriba, como hizo en otras ocasiones para prolongar su tapadera. Le da un beso en la mejilla y promete que la llamará al día siguiente. Una cosa sabe Carmen de su acompañante, y es que cuando promete lo que sea lo cumple. En ese instante está a punto de decirle alguna cosa, algo que le afecta. Él forma parte de un macabro plan orquestado por los Navarro y con el apoyo de Viñas. Precisamente son los dos amigos con los que ha quedado a continuación, cuando termina la noche y comienza la madrugada.

—¿Ocurre algo, Carmen? —se da cuenta.

La mira directamente a los ojos. Presiente que su amiga es víctima de un tormento interno.

—No. Nada, Juan. Solo quería agradecerte esta magnífica velada —se disculpa—. Sylvia es una mujer muy bella, me hubiera gustado conocerla más a fondo.

En esos años de incertidumbre, la homosexualidad femenina provoca risas, mientras que la masculina produce rechazo. En ambos casos se considera un vicio inconfesable. Martínez sabe a qué se refiere, porque él mismo debe ocultar su condición. Para eso se sirve de Carmen, ya que nadie sospecha de un hombre que se hace acompañar de una mujer tan hermosa.

Entretanto, en el cine Capitol, y tras finalizar la sesión, Jesús y su novia, Pepita Esteve Montejo, domiciliada en el número 76 de la calle Conde del Asalto, salen del cine y caminan por las Ramblas hasta la calle donde vive ella. Ciertamente, Jesús no pretende casarse aunque tenga novia. Porque también es una tapadera. Él solo quiere pasárselo en grande para olvidar su trabajo en una panadería de la calle Mallorca y la relación con su padre, un experto espadista maestro en la apertura de cajas de caudales y candados a prueba de bombas. Y el plan para que esa vida cambie, pasa por la colaboración de Carmen Broto.

En el trayecto pasan por delante de un comercio donde hay colgado un cartel anunciando que la prestigiosa marca de lejía Conejo, advierte a sus clientes de los riesgos de imitación en las botellas que no lleven el adecuado precinto. En el

mismo panel, a pocos centímetros de distancia, se anuncian diversas sesiones para los casi sesenta cines de la ciudad, entre las que están las películas El motín del Bounty y Tiempos modernos.

En el portal del piso de Pepita, se despide besándola sin demasiada pasión y queda en llamarla al día siguiente, como hace siempre que se despide de ella. Después se aleja con celeridad hasta la plaza Cataluña, donde quedó con Viñas, un chico que trabaja en la cerrajería de su padre y con el que mantiene una indecorosa amistad.

—¿Sabes algo de Carmen? —le pregunta nada más verlo.

—He pasado hace un rato por su casa, pero aún no ha regresado. ¿Y Pepita? —pregunta a continuación.

—La acabo de dejar en su casa —responde azorado, como si le molestara dar tantas explicaciones.

—¿Sospecha algo?

—¿Quién?

—¿Pepita?

—No, Pepita es una ingenua.

Jesús es un joven muy atractivo y, pese a su ambigüedad sexual, Carmen se enamora de él. Es posible que la chica esté harta de rodearse de hombres que solo buscan sus favores sexuales o su compañía y le apetece el cortejo desenfadado y primario de Jesús y sus amigos, como es el caso de Viñas. Sabe que Jesús y Jaime son amantes y que comparten lecho y pasión a escondidas del padre del primero, quién los mataría a los dos en caso de enterarse. Nada más conocerlos no escapa a su observación que esos dos esconden algo. Sus miradas y su complicidad les delata, no pueden evitarlo; aunque se esfuercen en hacerlo. Pero a ella ese misterio entre los dos le aporta cierto morbo del que disfruta. Carmen tiene 27 años, tres más que Jesús y dos menos que Jaime, pero muy aproximados a los que les distancia de los ricos empresarios que la invitan a cenar y a presenciar caros espectáculos de la noche barcelonesa. En ese sentido se siente más a gusto con acompañantes de su generación.

—Si quieres que te diga la verdad, ya no me importa lo que sospeche Pepita de nuestros planes. Lo único que me importa es que tú estés conforme con lo que vamos a hacer —le dice a Jaime, mientras que le coge las muñecas con sus fuertes manos.

Viñas se acerca levemente, pero sin llegar a tocarlo. Si no fuese porque besar a otro hombre en una plaza pública, aunque fuese a altas horas de la madrugada, es motivo de detención por las autoridades, en ese instante le hubiera propinado un beso en los labios.

—Sí. Estoy seguro —afirma.

Los dos se dirigen hacia la calle Pintor Fortuny, donde esa tarde aparcaron el Ford Sedán. Se montan en el vehículo, sentándose Navarro en el puesto del conductor y Viñas a su lado. Pone el motor en marcha, con mucha dificultad debido al frío de enero, y conduce por la avenida José Antonio Primo de Rivera y por el Paseo San Juan, hasta llegar a la fachada del edificio de la avenida San Antonio María Claret.

Al llegar ven, desde la calle, como hay luz en la ventana del piso de Carmen. Los dos se ponen nerviosos.

—¿Bajará? —interroga Jaime.

—Sí. Y si no llamaré a su puerta.

—Podíamos esperar allí —señala con la barbilla hacia la puerta del bar Alaska, que se halla en el chaflán contrario a donde han aparcado.

—No —niega tajante Jesús—. Alguien nos puede reconocer y decir a la policía que nos vio juntos, horas antes de su muerte, en las inmediaciones de su casa.

Al mencionar la palabra muerte, Viñas siente una punzada en su corazón, que achaca al miedo que percibe a que el plan trazado con Jesús no sea tan bueno como en un principio pensaron. Pero es un plan sencillo. Los dos sienten un afecto indescriptible y, para llevar a cabo su relación, deben huir de Barcelona. Dos jóvenes enamorados no tienen cabida en la España de la posguerra. Si alguien supiera de su relación no tardarían en detenerlos y juzgarlos. La familia, los amigos, todos les darían de lado. Jesús le dijo que podían viajar a Palma de Mallorca. Y desde allí podían huir a Francia o Argentina, donde Carmen les había dicho que huiría con ellos, si pudiera. Pero Palma de Mallorca es un trampolín necesario para huir de España. No conocían a nadie, por lo tanto nadie les conocía a ellos. En Palma podían reorganizarse y decidir a dónde ir después. Lo único que necesitaban era dinero. Con dinero se puede hacer todo. Y Carmen tenía dinero. Y mucho. Y los amigos de Carmen aún tenían más, como era el caso del empresario del Tívoli.

—Pásate al asiento de atrás —le ordena a Jaime.

—¿Detrás de ti?

—No, Jaime. No te pongas nervioso ahora, que los nervios no son buenos. Ponte detrás del asiento del copiloto, donde se sentará Carmen.

Los ojos de Jaime se agrandan cuando se sienta en el asiento de atrás y observa el mazo de madera en el suelo. Es un mazo de los que utilizan los hojalateros, de unos 36 centímetros de mango y con una cabeza de un diámetro parecido al de una botella de anís del Mono.

—Cógelo —le ordena Navarro—. Cógelo y acostúmbrate a su peso, a su

forma.

Carmen sale a la calle. En ese momento, Viñas deja el mazo en el suelo del coche y Navarro abre la puerta para que ella los vea desde la portería.

—Aún no sé cómo pudiste liarte con alguien como ella —le reprocha Jaime, como si hubiera sentido un repentino ataque de celos.

—Calla —conmina—. Puede oírte. Ya sabes que no tengo el más mínimo interés en ella, pero sí en sus amigos. Cuando esto termine, y nuestro plan salga bien, porque saldrá bien, no cuestionarás tanto que me haya camelado a esa prostituta.

—¿Y qué se supone que debo hacer con este mazo? —consulta mientras lo balancea en la mano.

—Aplastarle la cabeza en cuanto tengamos la mínima oportunidad —articula Navarro—. Ella no se dará cuenta, porque antes la emborracharemos. Sabe demasiado y podría ir a la policía a contar lo que planeamos. Pero antes tenemos que quitarla de en medio.

—Yo sigo pensando que ella no dirá nada a nadie —resopla Viñas.

—No nos podemos fiar. Es posible que no diga nada, no lo niego, pero esta conoce a mucha gente, gente poderosa. En cualquier momento puede irse de la lengua, sobre todo cuando bebe más de la cuenta, que es casi siempre. No hay otra opción, Jaime, hay que cargársela.

—¿Por qué el mazo y no una pastilla, de las de tu padre?

—Porque la pastilla es para los suicidas y nadie creerá que la Cascabelitos se ha suicidado. Tú hazme caso y todo saldrá bien.

Carmen se detiene delante del portal. Sus manos, recubiertas por unos preciosos guantes de color negro, apresan con fuerza los bordes de su abrigo de astracán para protegerse del frío de enero. Su pelo rubio ilumina la noche barcelonesa.

—Perdón —dice cuando llega hasta el Sedán—. Me ha costado despedirme de mis amigos. —Carmen nunca nombra a las personas con las que mantiene encuentros. No lo hace por discreción, sino que no lo hace por miedo. Hay que tener mucho cuidado con esa gente. Sus amantes son hombres poderosos, y no en el sentido económico; aunque también, sino en el sentido que da el poder político. Ellos, esos hombres, son simpatizantes y afines al poder gobernante. Y en esos años de zozobra, la vida de los que son contrarios al régimen no tiene ningún valor. Y enfrentarse a esos hombres es enfrentarse al régimen—. Si os apetece podemos quedar otro día, hoy estoy realmente agotada.

Navarro mira de reojo a su amigo, que enmudece en el asiento trasero del Sedán.

—Pero, Carmen —muestra incomodidad en sus palabras—, si incluso ha

venido Jaime —lo señala con la barbilla—, para tomar una copa con nosotros.

—Pues mira —acepta—, podíamos ir al Alaska, que aún está abierto, y tomar allí una copa.

Como ni siquiera se sube al coche, no le queda más remedio a Navarro y a Viñas que aceptar la proposición de Carmen y caminar hasta la esquina siguiente, donde está el Alaska. El coche lo dejan aparcado allí, donde saben que no molestará.

Después de la primera ronda de bebidas, los tres deciden seguir la juerga en un bar diferente, desplazándose en coche hasta la calle Rosellón, pese a estar a tan solo quince minutos andando desde el bar Alaska. Puesto que el plan consiste en emborrachar a Carmen, para acelerar la tarea que han previsto durante esa tarde, el interés de Navarro y Viñas pasa por forzar a que ella beba lo máximo posible. Convienen que ir de bar en bar, caminando, puede facilitar que se le pasen los efectos de las copas. Es por este motivo que se desplazan a bordo del Sedán.

Carmen va al aseo en el bar de la calle Rosellón, momento que aprovechan los dos para cuestionar el plan.

—No veas lo que aguanta la tía —protesta Viñas—. Bebe lo mismo que nosotros y está lúcida como una maestra de escuela.

—Habrá que insistir —dice Navarro, antes de que Carmen regrese del baño.

De la calle Rosellón se van a la calle Casanova, que está a quince minutos caminando, pero deciden seguir como hasta ahora, con el coche alquilado. A Carmen le hace gracia que sus dos amigos hayan ido a buscarla en coche para callejear entre bares tan próximos, pero comprende que sus economías no son lo suficientemente boyantes como para andar costeando el gasógeno necesario, por lo que la distancia entre garitos es la más reducida posible. En los trayectos entre bares, Carmen aprovecha para fumar unos cigarrillos rubios de marcas norteamericanas que le van regalando sus ricos amantes, mientras que Jesús y Jaime se conforman con los Ideales.

—Suficiente —dice al salir del último bar, el de la calle Casanova—. Estoy cansada, he bebido demasiado y quiero regresar a mi piso —argumenta con mirada requirente—. Ya no me estoy divirtiendo —amenaza cabeceando como una tortuga sedienta.

Jesús, impasible, se echa en la lengua una pastilla juanola que extrae del bolsillo de su camisa. El olor a regaliz inunda el interior del coche.

## Capítulo 3

En el trayecto de regreso hacia la casa de Carmen, y al desesperarse los dos amigos al percibir que ningún argumento puede convencerla para que ella siga de fiesta, Viñas toma una decisión crucial. Mientras Navarro conduce y Carmen mira a través de la diminuta ventana del Sedán hacia la acera, agarra el mazo que se halla en el suelo, bajo sus pies, y le propina un fuerte golpe en la cabeza.

La cabeza de la chica rebota contra el cristal de la ventanilla. Su bolso se le escapa de la mano, donde lo aguanta, cayendo al suelo del interior del coche. Carmen mira a Navarro con ojos de rabia. En un primer instante piensa que el golpe se debe a una mala maniobra del conductor. Pero enseguida recapacita y comprende que el golpe proviene de la parte de atrás del vehículo.

Se gira y en la penumbra distingue a Viñas sosteniendo en su mano izquierda el mazo de madera. La punta contiene un manchón de sangre. Carmen sabe que esa sangre es suya, pues comienza a sentir como resbala por su pelo y como le moja la nuca. Viñas se recompone de la mirada de odio que le lanza y regresa con un nuevo golpe, temeroso de su reacción. El segundo golpe es más violento e impacta en la frente. El conductor frena bruscamente, obligando a que ella se incline hacia adelante, mientras que Viñas se tumba hacia atrás. La mujer levanta los brazos a la altura de su cabeza y se cubre con ellos toda la cara, teme que su agresor lance un nuevo golpe y quizá este último sea letal.

—¡Jesús! —chilla al conductor—. ¡Ayúdame!

Carmen lo agarra por la ropa mientras que le conmina a que le ayude a detener aquella masacre. La chica no comprende por qué su amigo no hace nada para protegerla, al igual que no da crédito a que Viñas la esté golpeando con aquella furia desde el asiento de atrás. Pero en su desvarío asiente que todo es por no secundar el plan que le propusieron antes de Navidad, el de asesinar al dueño del Tívoli para robarle el dinero y las joyas. Se maldice a sí misma por no haberlo visto venir, pero hasta ese momento no creyó capaces a sus amigos de querer asesinarla. Un asesino es un asesino por la intención de matar, no por las personas que mata. Si ellos estaban dispuestos a acabar con la vida de Martínez, entonces también estarían dispuestos a acabar con la suya.

El coche se golpea contra otro vehículo de los que hay aparcados en la calle Casanova, cuando Navarro es incapaz de controlar el Ford Sedán por la confusión del interior. No se puede conducir y dominar al mismo tiempo una

situación como la que se está produciendo dentro del coche. No es un golpe fuerte, pues la velocidad del automóvil no es muy alta. Pero es suficiente como para alertar a cualquiera que en ese instante ande por esa calle.

—Jesús —balbucea Carmen, con dificultad— Jesús, ayúdame.

Jesús Navarro aparta las manos del volante y le coge los brazos a Carmen. La agarra para que ella no pueda protegerse la cabeza. Su amigo no la está golpeando con la fuerza necesaria para que ella pierda el conocimiento. Antes de fin de año había visto una película en el cine Arnau, en la calle Francisco Layret. La película se titulaba El gánster y la bailarina, y la interpretaban George Raft y Joan Bennett. En esas películas, piensa, los bandidos adormecen a cualquiera hasta con un golpe en la nuca. Y ellos, con un mazo de madera, solo crean confusión y consiguen que Carmen se enfurezca.

—Ahora —le grita a Viñas—. Ahora, Jaime, dale fuerte. Dale por lo que más quieras o esta nos busca la ruina.

El tercer golpe lo lanza al vacío, porque Carmen aprovecha que el coche se ha detenido para abrir la puerta de su lado y bajarse. Está malherida y las piernas le flaquean. Su cabeza está destrozada por los dos mazazos que le ha propinado Viñas. Pierde mucha sangre e, irremediablemente, se desploma sobre la calzada. Se derrumba como si fuese un abrigo desprendido de una percha.

—¡Que no escape! —chilla Navarro.

Viñas abre la puerta de atrás para bajarse del Sedán. Sus movimientos son torpes, el plan no transcurre como lo habían concebido. Se está complicando, y mucho.

—¿Qué ocurre? —se escucha a lo lejos.

Un vigilante del hospital Clínico se asoma fuera de su garita y se acerca apresurado hacia ellos. El hombre camina anadeando a causa del exceso de peso. Detrás de él se pueden escuchar voces radiofónicas que provienen de la radio que está oyendo para soportar el turno de noche.

—Nada, amigo —responde Navarro, mientras recoge del suelo a Carmen, agarrándola por su vestido como si fuese una muñeca rota—. La señora que no sabe beber —arguye, achacando su estado al exceso de alcohol.

—Pero esa mujer está malherida —clama el vigilante—. Seguramente se debió golpear en la cabeza cuando su vehículo chocó —sugiere, valorando con la vista los daños de la colisión.

—El golpe fue por su culpa —argumenta Navarro, haciéndole señas con los ojos a Viñas para que le ayude a subir a Carmen al coche—. Abrió la puerta en marcha, fruto de su borrachera, y ese gesto consiguió que yo no pudiese controlar el vehículo. Y ya ve, amigo, terminé estrellándolo contra ese otro coche, cuyo propietario no tiene culpa de los desperfectos que le hemos

producido. Pero en cuanto averigüe quién es, no dude que se los pagaré.

—No se muevan de aquí —dice el vigilante—. Enseguida regreso con una enfermera para que nos ayude.

—No —rechaza Navarro, enérgico—. Mi amigo y yo —alude a Viñas, que sostiene el cuerpo desmayado de Carmen en sus brazos, manchándose casi por completo la camisa de sangre—, somos médicos —miente—. Disponemos de una clínica privada donde podemos curar a nuestra amiga.

Las situaciones desesperadas requieren soluciones desesperadas. Y Navarro inventa sobre la marcha si quiere que ese sereno no alerte a la policía.

—¿Una clínica privada? —duda el vigilante.

—Sí. En... En... En la calle Nuestra Señora del Coll —dice desconociendo si en esa dirección hay una clínica privada o no, pero le urge quitarse de encima al vigilante, antes de que con sus preguntas curiosas les delate.

—Entiendo —acata—. Pero no comprendo cómo ha podido descender esa mujer del automóvil mientras circulaba, sin haberse matado. Un golpe con el vehículo en marcha la hubiera destrozado.

Mientras habla no cesa de mirar el morro del coche. Analiza la expresión de su interlocutor. Contempla el esfuerzo de su amigo en sostener ese guiñapo de mujer que no se aguanta de pie. Y la sangre. Hay mucha sangre como para que sea un golpe sin importancia.

—Está muy borracha —insiste Navarro—. Por eso, cuando detecté que se iba a bajar es cuando decidí aparcar de imprevisto y por eso hemos chocado con ese coche —lo señala con la barbilla.

—No se muevan de aquí —insiste—. Enseguida regreso con una enfermera — repite—. Esa mujer necesita que la curen de urgencia, está perdiendo demasiada sangre entretanto nosotros perdemos el tiempo hablando.

—Tiene usted razón, señor —se apresura Navarro—, por eso queremos trasladarla cuanto antes a nuestra clínica, en la calle... —como no recuerda la calle que dijo antes, no la repite para no desvelar que mentía—. Cuanto más tiempo perdamos hablando, más sangre perderá la señora. Y usted será culpable de lo que le pase —amenaza.

Finalmente, el vigilante parece convencerse por las explicaciones de Navarro y se siente responsable de la tardanza en trasladar a la señora a la otra clínica. Les ayuda a sentar a la malherida en el asiento delantero del Sedán. Por el modelo del coche y la ropa elegante de la mujer, cree que son gente de la alta sociedad. Además, ellos le han dicho que son médicos. No le conviene a un vigilante nocturno contravenir a gente que presume poderosa.

—Corran —les dice, mientras se sitúa en medio de la calle para detener cualquier otro vehículo que pueda circular en ese instante.

Antes de subirse al coche, Navarro le echa un último vistazo al vehículo para comprobar los daños producidos por el choque. El guardabarros se ha hundido y presenta graves desperfectos en la parte delantera, incluso la matrícula se ha torcido. Pero no tienen tiempo de reparar en esa desgracia, ya que el problema que portan en el interior del coche es mayor que todo eso. Hay que salir de allí lo más rápido posible.

—Gracias, amigo —le dicen los dos a un turbado vigilante que no da crédito a lo que acaba de presenciar.

Se alejan de allí a toda la velocidad que les permite el motor del coche. Circulan por la calle Casanova y se pierden por la esquina de la calle Provenza. En el Paseo San Juan, dirección a la calle Legalidad, la vibración del vehículo reanima a Carmen, despertándose de sopetón. Sus ojos se colocan sobre unas órbitas perdidas. En un esfuerzo sobrehumano lanza su ensortijada mano derecha contra la cara de su otrora amigo Jesús, que conduce concentrando la vista en la calle y deseando llegar cuanto antes a su destino. Carmen hunde sin compasión sus uñas en la cara de Navarro, pero no puede retorcerlas, como es su intención, porque termina desplomándose en el asiento, inclinando su barbilla en su pecho.

—Maldita puta —chilla encolerizado—. No me explico cómo tarda tanto en morir.

—¿Está muerta? —pregunta Viñas desde el asiento trasero, asustado.

—No lo sé —responde Navarro—. Pero al final nos buscará la ruina.

Viñas la agarra desde atrás por el pelo, sin ningún temor, pues la situación no puede ir a peor. Piensa que si en ese momento les detiene una patrulla de los *grises*, les será imposible dar una explicación creíble y coherente de lo que está ocurriendo dentro de ese coche. Y sabe que los agentes suelen solucionar cualquier incidencia, y sobre todo si es de noche, trasladando a todo el mundo al cuartelillo. Una irrupción de una patrulla en ese instante sería fatal.

Cuando Viñas la zarandea, Carmen se queja. Comprueba que aún respira, pero con mucha dificultad. Emite un estentóreo sonido gutural. Le rodea el cuello con su brazo derecho y aprieta con fuerza. Su intención no es estrangularla, sabe que no tiene arrestos para ello, sino impedir que abra la puerta o que vuelva a agredir a Navarro, que sigue conduciendo mientras un hilo de sangre le resbala por su mejilla derecha. Las uñas de la chica han hecho mella en uno de sus carrillos.

El coche llega hasta la calle Legalidad. Navarro aparca junto a la valla del huerto que hay en el número 66. Es el huerto de su padre, que vive en la parte de atrás, en el número 99 de la calle Encarnación, donde tiene un taller de cerrajería. Solo han pasado unas horas desde que los tres se reunieran en ese huerto. Solo unas horas desde que hubieran urdido el plan que ahora se tuerce. Navarro piensa en lo sencillo que fue cuando su padre lo propuso. Entonces

parecía perfecto, y ahora es un completo desastre.

—¿Qué hacemos? —inquire Viñas, sin soltar el mazo de madera de su mano. Lo sostiene como si fuese un trofeo del que no quisiera desprenderse.

—Hay que deshacerse de Carmen —le dice—. Hay que deshacerse de ella — repite—, porque en otro caso estamos perdidos.

## Capítulo 4

En la calle hace acto de presencia el padre de Navarro, Jesús Navarro Gurrea. El hombre se interesa por lo ocurrido, al mismo tiempo que comienza a lanzar preguntas sobre por qué el coche presenta desperfectos y por qué todos tienen manchas de sangre en sus ropas y en sus rostros.

—¿Qué es esta carnicería? —pregunta, visiblemente enojado—. Menudos inútiles estáis hechos —monta en cólera—. Ni siquiera valéis para matar a una puta.

Navarro hijo teme que las voces de su padre despierten a los vecinos, ya que son altas horas de la madrugada. La calle Legalidad se presume de las más tranquilas de Barcelona, por la ausencia de bares y locales de fiesta.

—Calma, papá —habla en voz baja—. El plan no ha salido cómo esperábamos —se disculpa. El padre clava sus ojos en los de su hijo, parece que va a estallar en un ataque de cólera de un momento a otro—. Vamos al huerto —le dice a Viñas—. Ayúdame a sacar el cuerpo de Carmen del interior del coche.

Entre los tres agarran con descuido el cuerpo de la chica y lo trasladan al interior del huerto. La poca luz que los ilumina aporta un aspecto tétrico al hoyo que hay junto a unas tomateras. Viñas, conmocionado, comprueba de un solo vistazo que el tamaño de la zanja se corresponde con las dimensiones del cuerpo de Carmen. «El señor Navarro tiene buen ojo», medita.

—Llévate el coche de aquí —le ordena el padre de Navarro a su hijo—. Lo mejor es que nadie lo vea en la puerta del huerto.

—¿A dónde me lo llevo?

—A dónde quieras —chilla—. Pero lejos de aquí —insiste el padre—. Apárcalo en una calle solitaria. Y cuando regreses no entres por el huerto, sino que accede por la cerrajería.

Viñas se queda petrificado sin saber qué hacer mientras observa a Jesús alejarse hacia el coche. El padre de Navarro expele una rabia nada acorde con una persona de su edad. En ese instante le da por pensar que si ese hombre supiera que su hijo y él planeaban huir juntos a Palma de Mallorca, donde iniciarían una relación amorosa, seguramente le golpearía con esa pala de jardinero que sostiene en sus poderosos brazos.

Sumergido en sus pensamientos, y en el crepúsculo del huerto, percibe que Carmen se mueve ligeramente. La chica parpadea un par de veces de forma

inapreciable.

—Aún está viva —murmura.

Sin mediar palabra alguna, Navarro la golpea en la cabeza varias veces con la pala que sostiene en sus manos. Cesa de golpearla cuando se cerciora de que la chica ya no respira. El gesto del hombre agachándose hasta la altura de la cara ensangrentada para comprobar que ella ya no está viva, atemoriza a Viñas, que lo percibe como un personaje dantesco.

—No te quedes ahí parado como un pasmarote —le dice—. Ayúdame a meterla dentro de la fosa.

Navarro se entretiene en quitarle a la mujer todos los anillos de sus manos, los pendientes de las orejas y las pulseras de ambas muñecas.

—Si no nos ayudas matando al sarasa de tu amigo, al menos nos ayudarás con la venta de tus joyas —murmura.

Cabriola el cuerpo desprovisto de vida. Le arranca una ajorca que pende de su tobillo derecho, con un elefante de marfil colgando.

—Dame su ropa —le dice a Viñas, mientras señala el abrigo que se ha quedado al lado de la puerta del huerto.

Viñas se acerca hasta la entrada, como le indica Navarro. Recoge del suelo el abrigo de Carmen. La sangre está húmeda, pero conserva el tacto suave del astracán.

—Extiéndelo en el suelo —le ordena.

Viñas lo estira como si estuviese haciendo una cama. Luego, Navarro le solicita ayuda para voltear el cuerpo sobre el abrigo, cubriéndolo a modo de mortaja. Entre los dos cogen a la chica. Navarro por los pies. Viñas por los brazos. Y arrojan sin contemplaciones su cuerpo dentro de la fosa.

Antes de sepultar el cuerpo, Viñas observa el guiñapo en que se ha convertido su amiga. La recuerda en el estreno de *Gilda*, en el cine Coliseum, cuando vieron la película unos meses antes, días después de conocerse. Gilda y Carmen eran muy parecidas. Mientras la protagonista se quitaba el guante largo con maliciosa lentitud y lo agitaba en el aire haciendo molinetes, la imagen se congela y aflora alrededor de su deslumbrante cabellera una constelación de manchas grises, como pequeñas burbujas de champán. Viñas suspira cuando verifica que Carmen acaba de arrojar su último guante al público.

Navarro cubre el cuerpo con rápidas y completas paladas. Solo se detiene cuando está seguro de que ha cubierto los despojos de la chica por completo. La tierra que sobra la esparce por el resto del huerto, para que no quede ninguna prueba que indique que allí se oculta un cadáver enterrado bajo la frialdad de enero.

Durante ese tiempo, su hijo Jesús da varias vueltas a la manzana a bordo del

Ford Sedán. Yendo desde la calle Legalidad hasta la calle Alegre de Dalt, torciendo por Encarnación y pasando de nuevo por Escorial, la calle paralela al taller de cerrajería y el huerto de los Navarro. Finalmente decide aparcar el coche en la calle Escorial. Apaga el ruidoso motor y se queda dentro esperando a que su padre o Viñas le hagan alguna señal desde la puerta del huerto, en la esquina de esa misma calle.

Se enciende un cigarrillo. Baja un palmo la ventanilla del Sedán, para que el humo salga al gélido invierno. Entretanto el Ideales se consume en sus dedos, Navarro se entretiene en observar toda la calle. Teme que pase por allí una patrulla de la policía armada y lo identifiquen. Un coche aparcado durante mucho tiempo en una calle tranquila, con un hombre dentro, es lo suficientemente sospechoso como para que la patrulla recele. Y mucho más si se percatan de las heridas de uñas de su cara.

Termina el cigarro y lo arroja al suelo por la ventanilla. Y viendo que ni su padre ni Viñas se asoman a decirle nada, decide poner de nuevo el coche en marcha y da otra vuelta a la manzana. Pero el coche, que funciona con gasógeno, se ha enfriado por las bajas temperaturas y, al arrancarlo, el vehículo produce una explosión fortísima, característica de los vehículos de gasógeno, cuando el combustible no tiene fuerza suficiente como para arrancar el motor y realiza una deficiente combustión. El sonido, que retumba en toda la silenciosa calle, simula el de un disparo. Varias ventanas de las casas de la calle Escorial se iluminan. Un vecino se asoma con un cigarro humeando en su mano.

—¿Qué ocurre ahí?

La calle Escorial pertenece a la zona alta de Barcelona. Jesús sabe que allí no reside cualquiera, por lo que algunos de sus vecinos pueden ser hombres pudientes y simpatizantes de los nacionales. Alguien da aviso a los vigilantes de la zona, seguramente ha sido ese hombre que se asoma a la ventana de su casa, cigarro en ristre.

—Maldito —exclama en el silencio del interior del coche—. Maldito cotilla.

Los silbatos de los vigilantes suenan en la noche. Se asusta. Teme que en no demasiado tiempo llegue una patrulla. Y, con el que ya creía cadáver de Carmen, a pocos metros de allí, lo mejor que se le ocurre es abrir la puerta del Sedán y salir corriendo. Se desplaza a gran velocidad hacia la calle Encarnación, donde tiene su padre el taller de cerrajería. Los serenos lo ven correr y lo increpan.

—¡Oiga! —grita uno de ellos—. ¡Deténgase!

Se echa a correr sin mirar atrás. Pero al pasar por delante de casa de sus padres, ve que no hay nadie esperándole en la puerta. Entonces decide seguir corriendo hasta la siguiente esquina, la de la calle Alegre de Dalt. Los vigilantes, que ya son dos en ese momento, lo siguen mientras hacen sonar sus silbatos. En

varias ventanas se encienden las luces. Alguien grita:

—¡Policía, policía!

Jesús sigue corriendo hacia la calle Legalidad, donde tiene su padre la entrada del huerto. Al llegar a la puerta observa que la valla está cerrada. Sigue corriendo hacia la cerrajería. Pero los vigilantes le pisan los talones y piensa que, si entra por el huerto, pueden descubrir que allí está su padre y Viñas enterrando a Carmen, a la que ya da por muerta. Al llegar de nuevo a la calle Encarnación, con la frente perlada de sudor por la carrera, en la puerta de su casa se topa con su padre que tiene los brazos llenos de barro y la ropa manchada de sangre. Parece un monstruo salido de la película Yo anduve con un zombie. Detrás de él está Viñas, en silencio y conmocionado como si hubiera visto un fantasma.

—¡Papá! —le dice—. ¿Qué ha ocurrido?

—La puta no estaba muerta —maldice como respuesta—. He tenido que acabar la que era vuestra tarea.

—Me siguen unos serenos —lo pone en alerta—. Algún malnacido los ha debido llamar y los grises no tardarán en llegar.

—Adentro —lo empuja—. Entra dentro de la casa y no hables.

La madre, alertada por el ruido producido en la puerta, se asoma al recibidor. Viste una bata de color perla y una sola zapatilla, la otra no ha tenido tiempo de buscarla debajo de la cama.

—¿Qué ha pasado? —pregunta asustada al contemplar a su marido y a su hijo con las ropas manchadas de sangre.

Detrás de ella se distingue un visillo de lunares rojos y verdes.

—Tú no te metas en esto.

—Pero... ¿estáis heridos? Y tú, hijo ¿qué te ha pasado en la cara?

—No, mujer —insiste el padre—. Hemos reñido con unos hombres a la salida de un bar —miente—. Una pelea sin importancia. Mañana los denunciaremos a la policía.

La mujer mira a Viñas, buscando en sus ojos la aserción de las palabras de su esposo, pero el joven esquivo su mirada. Entonces, Navarro cierra la puerta de la calle y echa la llave con dos vueltas de cerradura. Seguidamente apaga la luz del recibidor y ordena silencio.

—Subamos arriba.

Los tres hombres se desprenden de sus ropas y se las entregan a la madre para que las ponga a lavar. Seguidamente se asean en el baño.

—Trae ropa limpia —le exige a su esposa.

Ella echa la ropa al canasto y coge ropa del armario de la habitación de matrimonio y de las cuerdas de tender de la terraza de la planta superior, donde hay un pantalón y una camisa aún húmedas, pero cree las podrán usar para

cambiarse.

—Gracias, señora Navarro —agradece Viñas, el único que muestra gratitud ante su amabilidad.

Los tres se mudan con pantalones y camisas limpias. Se miran entre ellos, buscando restos de sangre en sus rostros. Todo está bien. No hay vestigios de que apenas unos minutos antes hubieran protagonizado una carnicería y un enterramiento en el huerto de la parte trasera de la casa.

—Si alguien te pregunta por esos arañazos —le dice a su hijo—, di que te los hizo un gato callejero que salió de debajo de un coche.

## Capítulo 5

El padre le hace una señal a su hijo para que lo acompañe a una de las habitaciones. Pero Jesús, atribulado por lo ocurrido esa noche, no lo entiende.

—¡Qué vengas aquí, donde estoy yo! —abronca.

Los dos, padre e hijo, acceden a un cuarto de paredes ocre, con abundante humedad que se cuele por una grieta mal tapada del techo. Hay dos camas turcas, una mesita en medio con un hule floreado, una silla de madera cuyo tapiz presenta una raja, un brasero que está apagado y un palanganero para hacer las necesidades que puedan sorprender por la noche. En una esquina, el mueble con la Singer. Al lado dos acericos con varias agujas clavadas, de diversos tamaños.

—Toma esto —le dice mientras alarga el brazo. —Su hijo se retira ligeramente. Después de advertir lo que es capaz de hacer su padre, no siente confianza—. ¿Qué haces, estúpido? Coge esto de una vez.

Extiende la mano. La palma abierta hacia arriba, como si fuese a recibir el golpe de una regla a manos de un maestro estricto con la disciplina. Le hace entrega de todas las joyas que le ha quitado al cuerpo de Carmen Broto. Las recoge con cierto temor; nada había salido como lo planificaron esa misma tarde.

—¿Y ahora qué? —pregunta Viñas, el más atemorizado de los tres, cuando los Navarro salen de la pequeña habitación.

—Ahora a conservar la calma —exhala con furia el padre, mientras abre un cajón del mueble del salón. Del interior extrae un paquete de Lucky Strike que consiguió en una taberna del puerto y que guarda para las ocasiones especiales. Casualmente, Lucky Strike significa golpe de suerte.

Se enciende un cigarrillo y respira hondo, como si fuese un fuelle. De los tres, él es el único que conoce los sótanos de la Dirección General de Seguridad. No quiere volver allí por nada del mundo; aunque es consciente de que si los pillan los condenarán a morir en el garrote vil.

«Antes el suicidio», piensa.

En ese instante recuerda que en su poder aún conserva una caja de pastillas de la tos de los Laboratorios Richelet, conteniendo en su interior varias pastillas de cianuro potásico: la píldora del suicidio, que le entregó aquel alemán, Otto, no recuerda más, al que le instaló una caja de caudales en su piso de la calle Balmes. No duda en que las utilizará si le pillan los grises.

Viñas se va al baño, los nervios le aflojan la vejiga. Jesús aprovecha en ese

instante para analizar las joyas que le entrega su padre. Las pesa en la mano como si fuese una báscula. Con una mueca de disgusto comprende que de allí no puede extraer el dinero suficiente como para vivir a todo tren en Palma de Mallorca, como planeó en un inicio. Poca recompensa para sus actos, medita.

El padre se asoma a la ventana, ve como en ese momento pasa un vigilante por la calle. Los serenos continúan recorriendo la calle en busca del hombre que salió huyendo.

—Si no hubieras salido corriendo no te hubieran seguido —recrimina—. Esos son como perros de caza: solo persiguen a la presa que huye.

El hijo baja los ojos. Se siente molesto por las palabras de su padre, sobre todo porque tiene razón. Fue un inepto al perder los nervios y salir corriendo del interior del Sedán. Pero el miedo es así y causa reacciones imprevistas en quién lo padece.

—¡Esperad aquí. Esperad a que se vayan! —De los tres es quien tiene la mente más fría—. Y tú —mira a su hijo—, márchate de Barcelona durante unos días, ya que te podrán relacionar fácilmente con esa puta. Y tú —señala con la barbilla a Viñas—, ven a trabajar mañana a la cerrajería como si tal cosa. Estad tranquilos que de momento no ha pasado nada y nadie sabrá que Carmen está enterrada en el huerto. Es una propiedad particular y la policía no puede acceder sin una orden judicial.

El sereno de la calle San Luis se une a los dos vigilantes de Escorial y de Alegre de Dalt. Ya son tres vigilantes los que se juntan en la esquina de la calle Legalidad.

—¿Qué ocurre? —pregunta un hombre bastante obeso cuando asoma su enorme cabeza por la puerta de su casa. A pesar del frío de enero va ataviado con una camiseta tipo imperio.

—No ocurre nada —rechaza dar explicaciones uno de los serenos—. Métase en su casa, señor. La policía está a punto de llegar.

El primer vigilante en oír el ruido, que en un principio creyó era de un disparo, conjetura que quizá ha sido un vehículo de gasógeno al ponerse en marcha. Trabajó de chófer de un empresario y conoce el funcionamiento de esos motores. Mientras lo explica alardea de ello.

—Igual no ha sido un disparo —habla expulsando vapor de invierno por la boca—. Hay muchos sonidos parecidos a un disparo que no lo son.

—Entonces, ¿por qué huía ese hombre? —pregunta otro de los vigilantes, buscando una explicación lógica a su fuga.

—Igual tenía miedo de nosotros —sonríe levantando el punzón largo que lleva en la mano.

En la calle Escorial solo hay tres vehículos aparcados: Un Ford Sedán del año

1929, un Wanderer y un lujoso Hispano-Suiza de 1945, que funciona con gasolina. El vigilante de esa zona recuerda que ese Hispano-Suiza ya lo había visto aparcado días antes, incluso hace alusión a que su propietario es un empresario del puerto de Barcelona. Al igual que el Wanderer, que no le es desconocido. Lo que obliga a que los ojos de los vigilantes se posen sobre el Ford Sedán; el único coche sospechoso de estar fuera de lugar.

—¿Y ese coche?

—¿Qué sugieres?

—Que sea propiedad del hombre que salió huyendo a nuestra llegada. Si ese es su coche, ahí quizá hallemos pruebas que indiquen por qué corría.

—Mejor esperamos a la policía —sugiere el tercer vigilante—. La patrulla no tardará en llegar y cuando lo haga le diremos que sospechamos que de ese coche salió un hombre huyendo unos segundos antes de llegar nosotros.

La impaciencia les puede y no esperan a la patrulla de policía y se aproximan hasta el Sedán. Lo primero que comprueban es que las puertas están abiertas. No dudan en abrir la del copiloto, por ser la que da a la acera. Abren despacio, desconocen lo que se pueden encontrar. Revisan el interior en una inspección ocular y descubren un bolso de mujer, abierto. Parte de su contenido está volcado en el asiento del copiloto, en el suelo y en el asiento del conductor.

—Un bolso de mujer —dice el que lo encuentra—. ¿Estás seguro de que el que corría era un hombre?

—Seguro del todo —afirma—. Era un hombre.

Uno de los vigilantes encuentra en el suelo del asiento trasero un mazo de madera con manchas de sangre.

—Aquí hay un mazo.

—No lo toques —recomienda otro vigilante.

Uno de los serenos también anota que en la puerta delantera, la del copiloto, hay sangre sobre el estribo que se utiliza para acceder al vehículo.

—Aquí también hay más sangre —dice señalando el estribo con el chuzo.

Al no hallar rastros de sangre en la acera o en la calzada, sospechan que fuese lo que fuese lo que allí había ocurrido, no fue en ese lugar y que el vehículo había sido cambiado de ubicación, seguramente con el objeto de cubrir pruebas.

—Hay sangre en el coche y en la puerta, pero no en la calle ni en la acera —dice uno mientras apunta con su farol al suelo.

—No toques nada —recomienda otro—, la patrulla está al llegar. En cuanto aparezcan por la calle les informaremos de nuestro hallazgo.

—Es mejor que insistamos —sugiere otro—. A veces las patrullas están ocupadas en otros quehaceres más urgentes y es probable que no acudan con la necesaria celeridad a alertas vecinales sobre escándalos en la calle.

Los tres, por unanimidad, no dudan que, dadas las circunstancias, es necesario comunicar lo sucedido a la jefatura de policía, por lo que proceden a solicitar a uno de los vecinos que se asomó al portal si tiene teléfono en su casa, ya que no todos los domicilios disponen de teléfono.

—Sí, por supuesto —accede. Por su voz pastosa y los ojos terrosos, se nota que se acaba de despertar.

—Será solo una llamada, señor —tranquiliza.

El vecino muestra los pómulos inflados y la expresión de pasmo. A nadie le gusta que la policía armada se acerque a sus calles.

## Capítulo 6

Son las dos de la madrugada del lunes 10 de enero, cuando el teléfono de la brigada criminal de Barcelona comienza a sonar. En ese instante solo hay un agente de servicio encargado de atender las llamadas. Está sentado en la silla más cómoda, de las tres que hay en la sala, y observa con ojos de sueño los restos del café que se tomó al inicio del servicio, ahora ya frío. A su lado, una colilla humeando retorcida en un cenicero de hojalata.

—¿Quién será ahora? —maldice entre dientes—. Sí —dice al descolgar.

—Buenas noches, agente —saluda el interlocutor—. Soy el vigilante de la calle Escorial —se presenta algo nervioso—. Estamos ahora mismo varios vigilantes juntos en la calle y hemos sido alertados por un sonido extraño en nuestra zona de vigilancia.

—¿Sonido extraño?

—Sí. En un principio hemos pensado que se trataba de un disparo —el agente se remueve en su silla—, pero luego, yo mismo —añade con suficiencia—, pensé que quizá se trataba del estruendo de un coche de gasógeno, por la similitud del ruido entre un disparo y el motor cuando está frío en el arranque.

El vigilante da cuenta del hallazgo del Ford Sedán aparcado y con manchas de sangre en su interior, en su puerta, en el estribo, y la localización del bolso de una mujer.

—Ni se les ocurra tocar nada —amenaza—. Una patrulla parte de inmediato hacia donde están ustedes ahora. Permanezcan en el lugar y no se muevan, salvo orden mayor.

—¿Has avisado ya? —le preguntan los otros dos vigilantes cuando regresa de alertar a la policía.

—Sí. Y ahora podéis estar seguros de que vienen de camino —comenta mientras enciende un cigarro temblándole la mano.

No han pasado ni veinte minutos cuando el Citroën de la patrulla accede por una de las esquinas de la calle Escorial. Emite un sonido característico, como si tuviera algún fallo en el motor.

—¿Dónde está el coche? —pregunta el copiloto, un cabo grueso de poblado bigote rubio.

—Allí —lanza el brazo que le queda libre de sostener el farol.

La patrulla distingue a dos serenos al lado de un Ford Sedán. Los dos vigilantes hacen aspavientos con los brazos para que se aproximen hacia donde están ellos.

—¿Es usted el que llamó?

—Sí, he sido yo —se le hincha el pecho, y dice su nombre y apellidos, como si le fuesen a dar una medalla por esa llamada telefónica.

Los agentes no le prestan atención. Ni siquiera anotan su nombre en ningún papel.

En la acera hay varios vecinos, algunos de ellos envueltos en mantas y abrigos. Un chico, de no más de diez años, emite una molesta cantinela relacionada con un anuncio que escuchó en la radio esos días:

—Pies mojados, manos frías, garganta áspera... ¡El catarro acecha! Listerine.

Su padre, justo detrás de él, le propina un coscorrón en la cabeza.

—Calla, hijo, que estos señores tienen trabajo.

—¿Es este el coche? —pregunta el cabo sin bajarse del Citroën 11 de color negro.

Los dos serenos responden al unísono, como si ambos quisieran ser los protagonistas del hallazgo. Ellos saben ya, a esas alturas, que lo ocurrido en esa calle es importante.

—Sí, es este.

Los agentes se apean del vehículo policial. Alrededor varios vecinos, algunos de ellos fumando.

—Yo nunca había visto este coche —dice uno.

—Yo tampoco —dice otro.

—Ni yo —apunta un tercer vecino, que se frota las manos para soportar el frío.

—El Hispano-Suiza sí que es de la calle —observa un señor de mandíbula grande al que le asoman unos dientes enormes—. Su propietario vive en el número ocho.

—¿Está seguro? —solicita confirmación el cabo de la policía.

—Sí, seguro —declara—. Y el Wanderer es de un comerciante de la calle Alegre de Dalt —confirma—. Siempre lo aparca ahí —señala con su enorme barbilla—. En el mismo lugar.

—¿Alguno de ustedes sabe de quién es este coche? —inquire el cabo, señalándolo con una mano cubierta por un guante de color negro.

No hay respuesta. Varios vecinos, a los que mira mientras pregunta, encogen los hombros.

El niño sigue cantando anuncios de la radio:

—Contra la gripe, Ozonopino.

Una mujer muy atractiva, de unos treinta años, coge al niño por el brazo; el padre ya ha desistido de hacer callar a su hijo.

—¡José, entra en casa! —le ordena.

El niño patalea, no quiere irse. Sale corriendo hacia la calle Encarnación, pero se da de bruces con un hombre que exhibe los brazos en jarras, la cabeza pelona y los pantalones anchos de un mono azul descolorido sujetos a la cintura con una cuerda. El hombre agarra al niño por una oreja. La retuerce.

—Entra en casa, idiota —le dice. Por la edad saben que es su abuelo.

—Acerquen la luz al Sedán —ordena el cabo a un vigilante que se halla distraído, observando la escena del niño rebelde, el padre estricto, la madre asustada y el abuelo enérgico.

El vigilante se encandila con la madre del mocosito, es una mujer muy atractiva. Las ojeras que muestra por falta de sueño aún la embellecen más, piensa. Aprovecha que ya no está el abuelo y el marido para resbalar los ojos por su figura. Si lo viera el marido, y le propinara un puñetazo en la boca, aunque fuera delante de los agentes, se quedaría con el golpe, sin poder hacer nada. Ningún hombre puede mirar con lujuria a la mujer de otro, sin arriesgarse a que le rompan algún diente.

—La luz —insiste el policía. Esta vez visiblemente enfadado.

Los serenos cruzan los haces de las luces de sus faroles sobre el coche con el fin de facilitar la labor de inspección de la patrulla. Entre los tres triangulan la escena. Uno de ellos en el morro y los otros dos en las aletas.

Los vecinos dan un paso al frente, la curiosidad les puede.

—¡Ustedes márchense a sus casas! —ordena el cabo—. Aquí no hay nada que ver. ¡Váyanse! —chilla, perdiendo la voz por el esfuerzo.

La calle se vacía, enseguida. Desobedecer una orden directa de un policía armada supone una detención inmediata. Y las consecuencias que surgen, después de aquella desobediencia, pueden ser nefastas. Ahora solo quedan los dos policías y los tres vigilantes. El cruce de las luces de los faroles sobre el Sedán ofrece una imagen espeluznante. Un vigilante de origen gallego, incluso menciona a la Santa Compañía. Otro lo hace callar.

—No es noche de brujas —lo increpa.

—Aquí hay más sangre —anota uno de los vigilantes, el que está sobre la acera, quizá por un afán de protagonismo ante la autoridad allí desplegada—. En el adoquinado —especifica.

Los agentes observan que está en lo cierto y unos metros antes también hay huellas y rastros evidentes de manchas de sangre.

—Es sangre —exclama—. No hay duda.

Reconstruyen el rastro de la sangre y las huellas de zapatos que hay sobre el

adoquinado, ayudados por los faroles de los serenos. Llegan hasta una valla que cerca un huerto de la calle Legalidad, justo en la primera esquina de la calle Escorial. Lanzan la mirada a las casas de enfrente. No hay nadie, ni siquiera luz.

—El rastro se pierde en este huerto —afirma uno de los policías.

El cabo desenfunda su pistola Star S, pues percibe un peligro real, cuando comprueba que los rastros de sangre penetran en el interior del solar, donde desde la calle se intuye un huerto de los muchos que hay. Saben que la gran mayoría de casas de esa zona albergan un huerto en la parte trasera, donde los vecinos cultivan hortalizas para apoyar el sustento que restringe la cartilla de racionamiento.

El otro policía propina un empujón a la valla, cediendo enseguida y dando acceso al interior de lo que ahora están seguros es un huerto.

—Buenos tomates darán estas tomateras —dice cuando uno de los faroles de los vigilantes los alumbrá. Lo sabe porque él mismo tiene un huerto en su casa y también cultiva tomates.

Todos, serenos y policías, circulan por el huerto. Despacio. Delante el cabo que sujeta el arma.

—Abrid bien los ojos —ordena.

Los vigilantes caminan tras ellos clavando los chuzos en la tierra. Aún no saben qué buscan, pero por las manchas de sangre de la calle y las del interior del Sedán, esperan toparse con cualquier cosa.

El silencio es tal que solo se escucha el crujir de la tierra bajo sus pies y la respiración de uno de los vigilantes, que quizá es excesivamente gordo para el trabajo que desempeña.

Descubren con asombro que en uno de los montículos, el que da a la tapia de la calle Escorial, sobresale del resto del terreno. La tierra que lo recubre parece que fue removida recientemente. Observan que apoyada en la tapia hay una pala de jardinería, cuya hoja contiene restos de sangre.

—Aquí —indica el cabo para que los serenos excaven—. Aquí —repite nervioso.

Dos de los vigilantes cogen unas azadas que hallan cerca del montículo y, alumbrados por el tercero, el obeso, inician una tosca excavación sobre la tierra, tratando de desvelar lo que hay debajo.

El policía también colabora alumbrando hacia la zanja, mientras que el cabo enfunda el arma al percibir que el peligro ha desaparecido tras comprobar que en el interior del huerto solo están ellos.

Uno de los serenos, el que sostiene el farol que alumbrá hacia donde están cavando los otros dos, ve algo peludo que surge de la tierra.

—¿Un animal? —consulta.

—Un animal parece —explica el policía encogiendo los ojos.

Para el cabo todo comienza a explicarse. Es posible que se trate de cazadores furtivos y recuerda que desde hace años van detrás de un cazador furtivo que hirió gravemente a un guarda jurado cuando le descerrajó dos tiros que le alcanzaron en la cara. El guarda había sorprendido al cazador furtivo y le dio el alto para identificarlo y multarle. Es consciente de que su teoría no tiene mucho peso, porque los furtivos dominan el campo y ahora ellos están en la ciudad, pero mantiene que quizá es lo que ocurrió en ese huerto.

—¡Seguid cavando! —ordena nervioso.

Cuando desentierran lo que creen un animal peludo, comprueban estupefactos como se trata de un abrigo de astracán. Lo saben porque uno de los vigilantes trabajó de guarda nocturno en la peletería La Siberia, en la Rambla de Cataluña.

—Es un abrigo de astracán.

—¿Está seguro? —interroga el cabo.

—Seguro —asevera—. En esa peletería tenían alguno en exposición —confirma—. Esa piel es inconfundible, muy preciada y destinada única y exclusivamente a las damas de la alta sociedad. —Mientras habla extrae una pequeña agenda del bolsillo de su pantalón y la pone delante del haz de luz de uno de los faroles—. El teléfono de la peletería es el 10373. Y si llaman, el propietario podrá confirmar que es cierto lo que digo.

Un vigilante y el policía tratan de desenterrar el abrigo. Lo agarran con sus manos y estiran con fuerza, aún hay tierra encima que dificulta la exhumación.

—Pesa mucho —protestan.

Y entonces es cuando, para su sorpresa, se topan con el cuerpo de una mujer sin vida.

—¡Dios mío! —clama el policía—, es un cadáver.

## Capítulo 7

Dejan el cuerpo en el suelo, envuelto parcialmente por el abrigo. Es un amasijo de barro y sangre.

—¡Avisa inmediatamente al juzgado de guardia! —ordena el cabo.

—Creo que conozco a la muerta —presume uno de los vigilantes—. Por el abrigo y por la cabellera, a esta la he visto en los toros en compañía de Juan Martínez.

El cabo traspasa la valla del huerto y solicita ayuda a uno de los vecinos para que le deje utilizar su teléfono y así llamar a la central para que estos comuniquen el hallazgo al juez. El otro policía, y los tres vigilantes, se encargan de recoger y preservar las pruebas halladas en el lugar de los hechos, como son el mazo de madera encontrado en la parte trasera del Ford, la pala de tamaño mediano hallada en el huerto, el abrigo de astracán negro, con cuello y hombreras, y el bolso de piel negro, cuyo contenido se descubre desperdigado en el interior del vehículo y bajo la custodia de uno de los serenos, al que el jefe de la patrulla le ordena que se quede al lado del coche hasta que llegue el juez.

—¿Juan Martínez Penas, el dueño del Tívoli? —inquire el policía.

El vigilante que hace el comentario asiente con la barbilla, orgulloso de sus conocimientos adquiridos a través de la lectura de la prensa.

—Ese mismo. La labor de un vigilante es aburrida, lo que deja tiempo para leer la prensa diaria, y varias veces —explica—. Cualquiera que lea la prensa sabe quién es Martínez Penas. Sé que fue en diciembre, pero no recuerdo ni el día ni el año. Ni siquiera me viene a la memoria quién toreaba, pero casi podía arriesgarme a decir que era Manolete.

—¿Está seguro de lo que dice? —amonesta otro vigilante—. Mire que Manolete lleva dos años muerto.

—Pues dos años hace que los vi en la prensa —afirma—. Y si me apuran hasta puede que conserve el recorte en mi casa. Me fijé en la foto por la rubia, no vayan ustedes a pensar que fue por el torero —esboza una sonrisa—. En la foto del diario, el torero, que ya les digo que puede que fuese Manolete, enseña la oreja, o el rabo, ya no lo recuerdo tampoco, mientras alza la mano en alto. Al lado su cuadrilla, que lo siguen con la mirada, como si quien allí estuviera fuese un emperador romano. Detrás, en los asientos, numeroso público. Ese día la plaza estaba abarrotada. Los hombres llevaban gafas de sol y vestían elegantes,

con traje y corbata. Algunos con sombrero; aunque son los menos. Solo hay tres mujeres entre el público. Dos son feas, por lo que estoy seguro de que son esposas. La tercera, la rubia, está de pie. Porta un vestido de color claro. Tan claro que destaca sobre los trajes negros y las gafas de sol de los hombres. Como está de pie se la ve mucho, hasta parece que sonrío a la cámara. El pelo rubio alumbra toda la plaza, como un faro que atrapa a un barco descontrolado. A su izquierda, sentado, está el empresario. Sí, estoy seguro de que era él: Juan Martínez, el dueño del Tívoli —baja la voz.

—Menuda memoria tiene —alaba uno de los vigilantes—. No sé cómo puede recordar una foto de hace dos años como si la acabara de ver ahora.

—La foto es de hace dos años —acepta—, pero la recorté en su momento y la conservo como un trofeo entre mis recortes de prensa.

—Pues sí que le impresionó esa rubia —sonríen los otros dos serenos, como si se estuvieran burlando.

El policía asiste impasible a la conversación. Piensa que esa mujer debía de ser muy guapa en vida, cuando el vigilante la recordaba por una foto de dos años atrás.

—Ya he avisado a la central, que a su vez dará aviso al juez de guardia —informa el cabo al entrar de nuevo al huerto—. El teléfono me lo ha dejado el padre del niño cantor, ese que se sabe los anuncios de la radio de memoria. Y no me extraña —resopla—, el abuelo tiene puesta la radio a todo volumen.

Su compañero ve que se mete una mano en el bolsillo del gabán. Parece que guarda algo, piensa que es el paquete de tabaco. El cabo no le cuenta que la mujer de la casa seguía despierta cuando fue a llamar a la central. Se esperó a que el policía colgara el auricular y le hizo entrega de un poco de tocino seco que cogió de la despensa. Antes de dárselo lo envolvió con mucha pericia en un papel. Ella es consciente de que hay que tener buen trato con los agentes.

—Pongámonos manos a la obra. Hay que recopilar, para ir avanzando, todo lo que se halle desperdigado en el interior del Sedán —recomienda, aunque suena a orden.

Es conocedor que el juez requerirá que así se haga. Mientras esperan, y analizando las pertenencias del bolso, del que ya no existen dudas que sea de la mujer hallada en la zanja del huerto, podrán desvelar qué ocurrió y quién o quiénes pueden ser los asesinos. A uno de los vigilantes se le ordena que se coloque en la puerta de la casa de la calle Encarnación, a donde corresponde la parte trasera del huerto de la calle Legalidad, para evitar que nadie pueda entrar o salir mientras se halla en curso la investigación criminal, iniciada en el mismo instante cuando desenterraron el cadáver.

El jefe de la patrulla coge papel y un lápiz de la marca Sindel y se dispone a

anotar todo lo que contiene el bolso.

—No nos hemos de dejar nada —dice.

Entre los dos vigilantes y el otro policía van extrayendo las pertenencias del bolso y las clasifican nombrándolas en voz alta, para que el cabo las pueda relacionar en su libreta, en la forma más adecuada y ordenada posible.

—Un par de guantes cortos de dama de color negro —dice echándolos a un lado, sobre la acera—. Un lápiz de ojos de la marca *Helena Rubinstein*, —lo muestra un sereno y se espera a que lo anote el policía—. Un pintalabios de color rojo de la marca *Elizabeth Arden* —se lo acerca a los ojos mientras lo alumbra con el faro para leer bien la marca—. Otro pintalabios, este de la marca *Tangee*. Qué nombres más extraños —dice, haciendo un inciso—. Una caja de rímel marca Pinaud. Un pañuelo de tela de mano de mujer de color blanco...

—Un momento —se queja el cabo—. Más despacio.

—Una billetera de mujer conteniendo... Un momento, sí, 280 pesetas entre billetes y monedas. ¿Es necesario desglosarlo? —inquire.

—No, así está bien: ¿Doscientas ochenta pesetas, ha dicho?

—Sí. Entre billetes y monedas, muchas de ellas en duros. Una fotografía tamaño postal donde aparece una mujer rubia, que bien puede ser la víctima, acompañada por otra mujer muy atractiva y dos hombres.

—A ver —pide que se la muestre otro de los vigilantes, el que conserva un recorte de prensa de la fallecida en los toros—. No, no me suena ninguno de los otros —dice—. Aunque esa otra mujer parece una actriz de cine.

—Continúe —conmina.

—Una estampa de Santa Rita de Casia rezando ante una cruz iluminada con una oración, haciendo referencia, en el reverso, a la Abogada de los Imposibles.

—Más despacio cuando lea —demanda el cabo—. ¿Cómo sabe que es Santa Rita de Casia?

—Porque está escrito debajo. Aquí —señala—, en letra bien pequeña.

El cabo ve que el vigilante que le muestra la postal no lleva gafas.

—Que Dios le conserve la vista —le dice.

—Un amuleto con forma de máscara de coral. Un llavín con siete llaves. Una postal con una fotografía de Carlos Gardel y un texto escrito.

—Lea el texto en voz alta —ordena—, para que pueda transcribirlo si no es muy largo.

—Es la letra de un tango.

—Entonces no lo lea, no creo que ese dato sea importante para el juez.

—Es de un tango que, según dice aquí, se titula *Cascabelitos*. La letra es preciosa.

—Más cosas —pide, sin mostrar interés por la letra del tango.

—Una cartilla de racionamiento.

—¿A nombre de quién?

—Esta cartilla pertenece a María del Carmen Brotons Buil, de veintisiete años de edad, oriunda de Boltaña, Huesca, y domiciliada en Barcelona en la calle San Antonio María Claret, número 16.

—¿Brotons, ha dicho? —se interesa el otro policía, mientras se asoma por detrás del vigilante para comprobar que el apellido de la fallecida es el que ha dicho.

—Sí. Eso indica aquí.

—A mí señora le chifla el rímel de esa marca —suspira uno de los vigilantes, mientras señala con la barbilla hacia la acera, donde están bien ordenadas las pertenencias del cadáver.

—¿Qué marca? —se interesa.

—Pinaud —dice con muy mala pronunciación—. Pero no se lo puedo regalar porque es muy caro.

El cabo conviene que hay que vigilar a los vigilantes para que no hagan acopio de las pertenencias de la víctima, algo que ya se había dado en otros asesinatos. Sabe que las cartillas de racionamiento no cubren lo suficiente las necesidades de la cada vez más empobrecida población, por lo que la picaresca y el estraperlo se instituyen como fórmula necesaria para rellenar esas carestías.

—Quédate aquí —le dice a su compañero, pero los dos saben que se trata de una orden—, al lado de los objetos de la acera. Quédate hasta que llegue el juez de guardia.

## Capítulo 8

Ya son las tres y media de la madrugada del lunes 10 de enero de 1949 y el cansancio hace mella entre los vigilantes y policías que permanecen en el lugar del crimen, fumando, conversando y ahuyentando a los curiosos que se acercan a interesarse por lo sucedido.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesa un hombre que viste elegante, sosteniendo en su mano un puro que, por el tamaño y el olor, es un habano.

—No podemos decir nada, señor —rechaza responder uno de los vigilantes.

Otro hombre, este en bata de andar por casa, se acerca hasta el Ford Sedán, cuya puerta, la del conductor, está abierta de par en par, y hace la misma pregunta. El cabo interviene mientras se acicala el bigote.

—Tomen nota de todos los entrometidos —profiere en voz alta—. Quizá estén implicados en el crimen.

En lo que resta de noche, ningún curioso se acerca a preguntar nada más.

Junto a los vigilantes, jefatura dispone una patrulla armada para que proteja las pruebas, el Ford Sedán, los accesos al huerto y a la casa de la calle Legalidad, así como las calles colindantes. La zona se acordona. Hay órdenes de que nadie debe de entrar o salir de ambas calles, sin ser debidamente identificado.

Una vecina, de la misma calle Escorial, se acerca hasta ellos. La mujer va vestida con un abrigo, pero se distingue que debajo lleva una bata. En su mano sostiene algo que por la distancia los agentes no pueden distinguir bien. Cuando está lo suficientemente cerca comprueban que es una bandeja de plata. Sobre la bandeja varias tazas y un plato con galletas.

—Tengan —les ofrece alargando el brazo hacia el centro del corrillo—. La noche se les está haciendo larga.

—Muchas gracias, señora —agradece el cabo, mientras autoriza con los ojos a que los demás hagan acopio de las galletas y degusten el café, que pese al frío aún humea.

Son las siete de la mañana del 10 de enero cuando el juez, perteneciente al juzgado de guardia número 4 de Barcelona, Francisco María Monzón, se persona en el lugar de los hechos escoltado por una patrulla de la policía armada.

—¿Dónde está el cadáver? —pregunta al apearse del Citroën donde lo traslada la policía.

El cabo, con ojos de cansancio, lo acompaña hasta el huerto donde yace el cuerpo de la chica.

—¿Sabemos de quién se trata?

El policía le hace entrega de la cartilla de racionamiento donde figuran todos sus datos.

—Carmen Brotons Buil —lee el juez en voz alta, como si ese nombre le quisiera sonar de algo.

—¿La conoce? —le pregunta el cabo, excediéndose en la confianza.

El juez lo mira impasible.

—Es posible —habla sin emoción—. Es posible que sepa quién es.

Su señoría ordena el levantamiento del cuerpo de inmediato. Siente repugnancia y horror por el estado del cadáver de la chica.

—Nadie merece morir así —masculla entre dientes, como si estuviera masticando piedras.

Una ambulancia traslada el cuerpo al depósito judicial, donde queda a la espera de las indagaciones tendentes al esclarecimiento de los hechos y, en su caso, a la detención de los culpables.

Los policías, ayudados por los vigilantes, recogen los efectos que hay depositados en la acera, ordenados en una hilera, y los trasladan al juzgado, donde quedan a disposición de los investigadores. El Ford Sedán es trasladado al garaje de jefatura, donde queda en custodia a disposición del juez y de la policía. Uno de los policías, el último en marcharse del lugar, cierra la valla del huerto, tras comprobar con un vistazo, y a la luz del día, que en el interior no se han dejado nada.

A las diez de la mañana, los vecinos del barrio transitan por esa calle con aparente normalidad. Nada indica que allí mismo, tan solo hace unas horas, asesinaron a una chica de varios golpes de pala en la cabeza.

La jefatura superior de policía de Barcelona no pierde el tiempo, dado lo escabroso del crimen, y nombra al comisario Tomás Gil Llamas, jefe de la Brigada de Investigación Criminal, para que dirija la investigación de la muerte de Carmen Broto Buil. Gil había nacido en Lorca, ingresando en el cuerpo en el año 1921. Y en 1947 fue nombrado comisario jefe de la brigada. Es uno de los mejores investigadores de la ciudad.

Ese mismo lunes, la brigada casi al completo se pone manos a la obra e inicia una investigación encaminada a esclarecer el suceso del crimen de la calle Legalidad. Con una metodología impecable y un orden estricto en la labor, lo primero que ordena el comisario es que se trabaje con las pruebas reales, con las que cuentan en ese momento. Requiere que el orden debe ser: Pruebas

verdaderas, pruebas circunstanciales, tesis y elucubraciones.

Lo primero que comprueban los miembros de la brigada es que el Ford Sedán pertenece al conocido garaje Roca de la calle París. En las indagaciones que realizan en el mismo establecimiento, que colabora en cada momento con ellos, confirman que el vehículo había sido alquilado la tarde del domingo anterior por un individuo que se identifica como Jesús Navarro Manau. Así pues, ya tienen un nombre contrastado en la lista de sospechosos.

Navarro fue avalado en el alquiler del Ford por Enrique Sallent, un reputado industrial de Barcelona. Los agentes averiguan dónde vive el señor Sallent, ya que es necesario entrevistarse con él y establecer el vínculo entre el alquiler del coche y Jesús Navarro, del que fue aval. Esa relación es importante, ya que el coche forma parte del crimen y su conductor es, con toda probabilidad, el mismo que lo alquiló.

Los agentes se personan en su domicilio, en la calle Aragón. Sallent les abre ligeramente aturdido. Vive solo y no se le conoce mujer o hijos. Enrique Sallent no tiene problemas con la justicia ni con la policía. En los ficheros de la Brigada de Investigación Social, fundada ocho años antes, y conocida popularmente como Brigada Político Social, no figura ningún informe desfavorable sobre él.

—Señor Sallent —requiere un inspector de tercera—. Necesitamos hacerle unas preguntas.

—¿Qué ocurre, agentes? —se ofrece a colaborar en lo que sea.

Los agentes observan detrás de su cabeza. La casa es elegante y decorada con sencillez, con motivos juveniles. Uno de los policías percibe un cierto amaneramiento en los gestos de Sallent. Mira a su compañero de reojo y le sonrío. El industrial se siente molesto. Ha visto otras muchas veces esa mirada hacia su condición homosexual. Pero no es el lugar ni el momento ni las personas para discutir sobre esa condición y su situación personal e íntima.

—¿Conoce a un chico llamado Jesús Navarro Manau?

Sallent desvía su mirada hacia afuera. La puerta está abierta y algún vecino que transita por la calle en ese instante los mira.

—Pasen, por favor —les dice—. No se queden en la calle.

Los policías acceden a la vivienda.

Son las once de la mañana y huele a café recién hecho. Los agentes clavan la mirada en una cafetera eléctrica de dos tazas de la marca *Solanum*. Solo un hombre con desenvoltura económica puede disponer de una cafetera así. Hay fotos de Douglas Fairbanks y Rodolfo Valentino en el salón de la casa. Debajo de la foto de Valentino un recorte de La Vanguardia de noviembre de 1926, con un artículo donde se le homenajea. Hace 23 años que se fue Valentino y uno de los agentes, el más joven, ni siquiera sabe quién fue.

—¿Quiénes son? —le pregunta al jefe de la dotación, un cabo de la brigada.

—Dos maricones —suelta sin tapujos.

Sallent los escucha desde la cocina, pero hace ver que no los oye. No le conviene.

—¿Les apetece un café?

—No —rechaza el policía—. En otra ocasión, quizá. Diga, señor Sallent, ¿conoce al tal Jesús Navarro?

—Sí. Lo conozco —responde incómodo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo estamos buscando por un..., asunto —no da más explicaciones—. ¿Sabe por dónde para?

Sallent cabecea negativamente, pero no habla. Se le encoge la garganta.

—No lo veo desde ayer —dice—. Cuando los dos quedamos frente al garaje Roca.

—¿Para qué quedaron?

—Jesús... El señor Navarro, quería alquilar un coche en ese garaje y necesitaba un aval.

—¿Le avaló?

—Sí, claro. Somos amigos y no pude negarme. ¿Ha ocurrido algo? —insiste.

—Las preguntas las hacemos nosotros —replica el agente—. Usted límitese a responder. ¿Sabe para qué quería el coche?

—No me lo dijo. Pero siendo domingo supongo que sería para dar un paseo por Barcelona.

—¿Le dijo algo cuándo lo alquiló?

—No. No me comentó nada. Pero cuando me llamó hablamos de su boda, que será en fecha próxima.

Los agentes sonríen con cierta malevolencia.

—¿Navarro se va a casar? —preguntan a la vez.

—Eso me dijo —asiente con tristeza.

—Una cosa más, señor, ¿nos puede decir donde vive el señor Navarro?

—Sí, claro. Vive con sus padres en el número 99 de la calle Encarnación.

—Detrás de la calle Legalidad —expele el agente más joven.

—Justo en la parte trasera —confirma.

Mientras conducen hacia la calle Encarnación, los agentes comentan entre ellos que Navarro es conocido por ser amigo de hacer favores de carácter sexual a cuántos empresarios se lo pidan, ya que el chico es atractivo y no se esfuerza demasiado en ocultar su condición ambigua. El agente veterano lo describe como un chapero de lujo. Frivolizan sobre ese tema y llegan a la conclusión de que Sallent y Navarro son amantes, algo que queda patente en la incomodidad de Sallent mientras respondió a las cuestiones que le iban planteando.

—Al final —expele el cabo mientras que su compañero conduce—, esto será un asunto de vicio y sexo.

—Y dinero —replica el conductor—. Es por lo que se mata: por dinero, por celos o por venganza —chasquea los labios.

## Capítulo 9

En la calle Encarnación, justo detrás del huerto donde fue hallado el cuerpo, los agentes son recibidos por una mujer mayor que se identifica como María Manau de Navarro, confirmando que se trata de la madre de Jesús Navarro, el chico que alquiló el Ford Sedán en el garaje Roca. Ya son varios nombres los que añaden a la lista de sospechosos. Y el orden, lo saben, siempre es el mismo: sospechoso, implicado, culpable y condenado.

—¿La señora María Manau Ortiz? —preguntan en la puerta de su casa.

A la mujer se la ve muy nerviosa, tanto que ni siquiera repara que detrás de ella hay tres mujeres en bata de andar por casa, zapatillas, rulos en el pelo y las caras embadurnadas de crema. Están probando unos cosméticos de la marca *Glandermo*. Sobre la mesa del salón de la casa hay una botella de manzanilla marca La gitana, con tres copas al lado. Una de ellas medio llena, las otras dos vacías.

—Sí. Soy yo —responde angustiada—. Ya me disculparán por el desorden, pero es que estoy con unas amigas que han venido de visita.

—Nosotras ya nos vamos —dice una—. No te has de preocupar. Total, ya hemos probado las cremas.

—No se vayan, señoras —tranquiliza el agente—. Solo unas preguntas y los que nos vamos somos nosotros.

La señora es una mujer menuda, de apenas un metro cincuenta. Delgada, muestra el padecimiento de la aún no olvidada guerra. Sus manos son grandes y fuertes, desproporcionadas con el cuerpo. Mantiene una sonrisa que simula ser natural, pero los agentes saben que es forzada. Tiene miedo, según perciben. Les dice que la sigan y los tres se meten en un cuarto de paredes ocre, donde hay dos camas turcas y la humedad se cuela por el techo. Los policías perciben que en esa casa hubo riqueza, pero ahora ya no la hay.

—¿Dónde está su hijo?

La mujer responde solícita a las cuestiones de los agentes, ya que sabe está obligada a ello y para evitar que la trasladen a dependencias de la jefatura de policía, donde el interrogatorio será menos amable que en su domicilio.

—Lo desconozco —responde escueta e imprecisa—. La última vez que lo vi fue esta noche pasada —lamenta—. Me desperté de manera imprevista cuando escuché ruido en la entrada. Mi hijo, mi esposo y un empleado de la tienda —

hace referencia al taller de cerrajería—, accedieron muy azorados y hablando en voz alta, por lo que me despertaron.

—¿Quién es ese empleado? —interrumpe el agente veterano.

—Jaime Viñas Plá —lo menciona de corrillo, sin apenas pensar.

El otro policía lo anota en una libreta que sostiene en su mano. Otro nombre más a tener en cuenta.

—¿Qué había ocurrido?

—¿Qué había ocurrido? —repite pensativa.

—Sí —insiste el agente—. ¿Por qué daban voces cuando la despertaron?

—Los tres portaban sus ropas manchadas de sangre —explica, mientras que los dos policías cruzan sus miradas—. Y mi hijo tenía un arañazo en la cara que le curé con agua oxigenada Foret. Les pregunté qué les había ocurrido y ellos me respondieron que habían tenido una riña con otros hombres en un bar.

—Un bar. ¿Qué bar?

—No me lo dijeron. Pero tampoco lo pregunté.

—¿Les creyó?

—Claro. Yo siempre creo lo que dice mi esposo.

—¿Dónde están ahora?

—Ya les he dicho que no lo sé. Los tres se lavaron y se cambiaron de ropa y salieron de casa. No me dijeron a dónde iban. Tampoco lo pregunté, como les he dicho antes.

Los agentes no replican al darse cuenta de que el señor Navarro no debe tolerar que su esposa husmee en sus asuntos.

—En la parte trasera de la casa hay un huerto —pasa al ataque el cabo. La señora Navarro asiente con la barbilla—. ¿Es de su propiedad ese huerto?

—Pertenece a la casa —afirma—. Pero hace días que yo no entro. Mi esposo es el encargado de su cuidado y mantenimiento.

—Señora Navarro —la nombra el otro agente—, vamos a proceder a registrar su vivienda. ¿Está conforme?

—Sí, pero antes permitan que despida a mis invitadas. No quiero que ellas piensen que soy una prófuga de la justicia.

Los agentes consienten y se esperan en el cuarto.

—Señoras —escuchan que habla desde el salón—. Les ruego que me disculpen, pero no podemos seguir con las pruebas de cosmética, ya que debo atender otros asuntos.

—No te preocupes, María —se oye a lo lejos.

Los agentes esperan a que ella entre de nuevo en el cuarto.

—Pueden registrar lo que quieran de la casa.

En el registro, y para sorpresa de la señora Navarro, los agentes tienen un

cuidado insospechado. Ella sabe que esos registros son descuidados y negligentes. Recuerda el caso de una amiga a la que incluso le rompieron un carillón de pared estilo *Westminster*, que había adquirido en la Industrial Relojera por un importe tan elevado que tuvo que financiarlo a 20 meses. Los agentes lo destrozaron el mismo día que había terminado de pagarlo.

En media hora, que a la señora Navarro se le hace eterna, los agentes descubren varios efectos que creen interesantes para la investigación. Son prendas de ropa que hallan en un cesto de mimbre en muy mal estado. En su interior descubren dos camisas de color blanco, un mono de trabajo de algodón azul, una chaqueta de lino, con forma de camisa, y un sombrero marrón.

Todas las prendas, sin excepción, están manchadas de sangre, siendo las dos camisas las que más tiznadas están. La señora asiste impasible al registro, pero no comenta nada, porque no hay nada que comentar. Todo es tan obvio, piensa.

—¿De quién son estas ropas?

—Las camisas son de mi esposo y de mi hijo —responde—. La chaqueta de lino es de Viñas, el empleado de la cerrajería del que les hablé. El mono de trabajo y el sombrero también son de mi marido.

En el canasto hay más ropa, pero solo esas prendas contienen sangre. En ese instante, los agentes concluyen que los que han cometido el crimen de la prostituta son unos chapuceros. Las evidencias son significativas. El huerto donde hallan el cadáver está en la parte de atrás de la casa. El coche aparcado en la calle Escorial lo alquila Jesús Navarro. El coche tiene manchas de sangre y contiene en su interior el bolso de la víctima. En la casa descubren ropas de los dos Navarro y de Viñas.

Para los agentes no hay ninguna duda: ellos son los asesinos. O al menos participaron de forma activa en el crimen.

—¿Podemos usar su teléfono, señora Navarro?

—Claro —asiente.

Se trata de preguntas hechas por pura cortesía, ya que nadie le niega nada a un policía de la Brigada Criminal. Y menos el uso del teléfono.

—Comisario —le dice cuando descuelga el auricular—. Soy el cabo Cifuentes —se identifica, las comunicaciones no son lo suficientemente audibles como para distinguir la voz del que habla—. Estamos en casa de los Navarro, en la calle Encarnación. Disponemos de una lista extensa de nombres, varios de los cuales pueden estar implicados en el asesinato de la chica, por causas que ya le pondré en mi informe cuando lo redacte. De momento, y para ir avanzando, le diré que detrás del huerto donde fue hallado el cadáver vive una familia: padre, esposa e hijo. El padre se llama Jesús Navarro Gurrea, el hijo se llama Jesús Navarro Manau, y la madre se llama María Manau Ortiz. También tenemos el

nombre de un empleado de la cerrajería que hay bajo la casa, Jaime Viñas Plá.

—¿Qué más? —exige el comisario, que parece está tomando nota de los nombres que le facilita el cabo.

—El Ford Sedán lo alquilaron en la tarde de ayer en el garaje Roca. Lo alquiló Jesús Navarro, mediante aval de Enrique Sallent...

—¿El empresario?

—Sí, el mismo.

—¿Está relacionado?

—¿Con el crimen? Creo que no. Más bien tiene relación con Jesús Navarro. Los dos, bueno, los dos son...

—Sí, entiendo —asiente el comisario.

Comprueba que ha anotado bien los nombres que le facilita el cabo. Ante él una lista de nombres, direcciones y la relación entre ellos. La investigación, recién iniciada, comienza a tomar cuerpo. El huerto donde hallan a Carmen Broto está detrás de la casa donde vive el chico que alquiló la tarde anterior el coche donde parece que la asesinaron. Es tan notorio todo que piensa que deben de investigar más. Si esos hombres han sido los asesinos, no le cabe duda de que son unos mamarrachos. Y el comisario sabe que en toda investigación que se precie se debe establecer un vínculo entre el crimen y el criminal. Siempre hay un móvil, porque sin móvil el crimen no tiene sentido. Y es preciso dotarlo de sentido para entender el porqué de todo crimen. A su mente aflora el recuerdo del crimen de la Garriga, en enero del 48, y en ese caso determinaron que la motivación fue el robo.

Días antes de encargarse del crimen de la calle Legalidad, había leído la novela «¡Fue un asesinato!», de March Evermay. Una reseña sobre esa misma novela le sirve para reforzar su actividad investigadora. El comisario comprende que la literatura aporta mucho a la policía:

*«No se concibe una novela policíaca sin uno o varios asesinatos, de los que el móvil ha sido el mismo o los mismos: el amor y el dinero, ya que, efectivamente la causa de todo crimen, cae de plano sobre las pasiones o el dinero»,* escribe en su cuaderno.

## Capítulo 10

En la misma mañana del lunes 10 de enero, el comisario Tomás Gil recibe en su despacho de jefatura una llamada de un portavoz de la policía armada comunicándole que han hallado un cadáver. El comisario piensa que la reciente academia de policía de Canillejas, en Madrid, está cumpliendo su cometido de instruir a los nuevos policías. Muestra de ello es que comienzan a salir más preparados que sus antecesores.

Al lugar comisiona a un inspector de segunda para que recabe datos. El policía que llama está al tanto de la investigación en curso y lo relaciona con el crimen de la calle Legalidad, sobre todo por la proximidad de las dos direcciones.

Mientras espera a que el inspector informe, repasa sus notas, que cada vez comienzan a ser más abultadas. Hay muchas personas implicadas. Y la fallecida no parece ser una cualquiera. Ya sabe que ejercía la prostitución, pero también sabe que es una prostituta de lujo, de las que bautizan como «mujeres de compañía». Es un eufemismo, pero socialmente aceptado. Sobre todo por la clase alta, que son los principales valedores de esas mujeres.

El enviado llega a la calle Industria y desde allí se pone en contacto con el comisario, a través de una cabina. Su interlocutor le informa de que han hallado un cadáver en el número 246, a unos diez minutos en coche desde la calle Legalidad.

—El cuerpo estaba sobre la acera y no presenta signos de violencia, por lo que podría haber fallecido de muerte natural —le dice—. Es posible que fuese una parada cardiaca; aunque como no soy médico no se lo puedo asegurar.

—¿Me ha dicho que no presenta signos de violencia?

—Sí. Ninguno —asegura el inspector de segunda—. El aviso lo ha dado un taxista, sobre las cuatro de la mañana. Nos ha llamado comunicando que había un hombre tirado en el suelo, al parecer agonizando.

—¿Por qué me han llamado a mí directamente?

—Sí, comisario. Le han llamado porque el cuerpo ha sido identificado como Jesús Navarro Gurrea, hijo de Timoteo y Pilar, natural de Igea, un municipio de apenas mil habitantes de Logroño.

—Jesús Navarro Gurrea —repite despacio—. Ese nombre figura en mis notas sobre la investigación del crimen de Carmen Broto —medita en voz alta.

—¿Lo conoce?

—Sí, ahora lo recuerdo. Lo conocí —dice antes de cortar la comunicación.

El comisario recuerda entonces a ese hombre, sabe de quién se trata. Lo conoció hacía ya unos años, cuando lo recibió en su despacho de la Brigada Criminal. Navarro Gurrea portaba bajo el brazo un libro que dijo haber escrito él mismo, pero que estaba sin publicar. Las editoriales a las que acudió mostraron poco interés en ese manuscrito. Recuerda que el libro se titulaba Técnica del robo, y resumía los largos y fructíferos años de experiencia delictiva del finado, al mismo tiempo que enriquecía las explicaciones con dibujos detallados de cerraduras, cajas de caudales y candados. El comisario Gil lo hojeó delante de Navarro y, sin demasiado interés en el manuscrito, le consultó el porqué le hacía entrega de ese libro. Navarro, que ya era un conocido espadista por parte de la policía, y con múltiples antecedentes penales por robo, se sinceró con el comisario y le hizo partícipe de su intención de no volver a delinquir, aportando como prueba ese libro, con el que quería prestar un servicio a la policía, desvelando los secretos y misterios del arte del robo de las cajas de caudales. Desde esa primera y última vez que lo vio que no volvió a saber nada de ese hombre. Y ahora se entera de que ha muerto.

—Navarro, Broto, Sallent, Viñas... —murmura en la tranquilidad de su despacho.

Varios policías transitan por delante de las máquinas de escribir Olivetti M-40. Uno de ellos repiquetea sus dedos a una velocidad espantosa. Los atestados se acumulan en la brigada. El comisario presiente que tiene entre sus manos un gran caso. Es todo tan obvio, es todo tan sencillo, que hay algo que se le escapa. Pero una cosa tiene clara, y es la relación entre ambas muertes, la de Carmen Broto y la de Jesús Navarro, ya que el cadáver de la primera fue hallado en el huerto del segundo. Y el coche donde hallaron su bolso y el rastro de sangre, había sido alquilado por Jesús Navarro Manau, hijo del fallecido. Lo que relaciona a los Navarro, padre e hijo, con el asesinato de Carmen Broto.

Ampliada una investigación ya iniciada la noche anterior, decide ponerse en contacto con el inspector Agustín García Drago, del que posee las mejores referencias y conoce su probada pericia en la resolución de casos difíciles. Su idea es realizar una investigación paralela, independiente de la brigada que él comanda, dado que lo que en un principio parece el crimen de una prostituta de lujo de Barcelona, comienza a expandirse peligrosamente con el hallazgo del segundo cadáver. Lo que evidencia que no hay un solo implicado, sino que son varias las personas que participan. Y a varias personas unidas en delinquir se las conoce como una organización criminal.

—Inspector García —lo saluda.

—Sí, yo mismo. ¿Con quién hablo?

—Soy el comisario Tomás Gil, de la Brigada Criminal.

—A la orden —saluda con cortesía, no está obligado a ello—. ¿Qué se le ofrece?

La fama del comisario Gil le precede, es un icono entre los demás policías.

—Le quiero solicitar una colaboración —le dice—. Tengo entre manos un caso que presumo complicado.

—Cuenta conmigo para lo que necesite —acepta antes siquiera de saber de qué se trata.— Estoy a su entera disposición.

—Es un asunto reciente y bastante escabroso. El asesinato de una prostituta por parte de unos chapuceros, que de torpes ya sabemos quiénes son. Incluso uno de ellos ha muerto.

—¿Por la policía?

—No. No. Muerte natural.

El inspector piensa que ironiza, ya que los muertos por la policía también se contabilizan como por muerte natural.

—¿Natural, natural, o natural de la otra?

—Vaya —chasquea la lengua—. Creo que no me he explicado bien. Ha muerto horas después de estar implicado en la muerte de la chica.

—Si le apetece quedamos y me pone al día. Y de paso me dice qué requiere de mí.

—Una investigación paralela, eso es lo que busco. Creo que este asunto no es baladí y que por las circunstancias del mismo y los implicados que de momento hemos identificado, no va a ser de fácil resolución. Ya sabe lo que dicen, inspector: cuatro ojos ven más que dos.

—¿Una prostituta, me ha dicho?

—Sí, pero no una cualquiera, esta era de lujo. De alta alcurnia, como se viene a decir. La hemos identificado como Carmen Broto Buil, pero en verdad se llamaba Carmen Brotons Buil.

—...

—Inspector, ¿sigue usted ahí?

—Sí, disculpe. Es que conocí a esa chica. ¿Cómo ha muerto?

—Le destrozaron la cabeza con una pala de jardinero. ¿De qué la conocía?

—Somos del mismo pueblo —responde—. De Boltaña, en Aragón.

—Menuda coincidencia. ¿Tenía buenas relaciones con ella?

—A ella la vi poco, para que le voy a engañar. Pero conocía a su familia...

—Siga, inspector. Le estoy escuchando.

—Sí. Como le decía, conocía a su familia, en especial a un tío suyo.

—¿Conocía? Entiendo entonces que están muertos.

—Sí. Su padre y su madre murieron hace tiempo. A su padre lo atropelló un vehículo en un accidente de tráfico, hará unos tres años.

—Otra coincidencia más, y ya van dos —anota el comisario—, pues su hija también ha fallecido en un vehículo.

—No me ha dicho que fue de un golpe en la cabeza, con una pala.

—Sí, está en lo cierto. Pero la agresión comenzó en el interior de un coche alquilado. ¿Sabe si podemos contactar con algún familiar? Es para comunicar la muerte y que se hagan cargo del sepelio.

—No, no creo que tenga familia aquí.

—¿Y en su pueblo?

—Supongo que sí. Allí aún vive una hermana de su padre. Intentaré contactar con alguien de Boltaña que tenga teléfono y se lo haré saber.

—Una cosa más, por curiosidad.

—Sí, comisario.

—¿De qué trabajaba su padre?

—...

—Inspector, ¿está ahí?

—Sí. Sí. Debemos tener algún problema con la comunicación. La Compañía Telefónica Nacional de España está ampliando las líneas y me consta que hay cortes frecuentes. Pues ahora no lo sé, la verdad. Creo que era un empleado de la construcción.

Tras colgar el auricular, el comisario intuye que el inspector García no le ha dicho la verdad. Aunque no lo conocía de antes, lo percibe nervioso. Sobre todo después de decirle el nombre de la prostituta. Incluso cree que él oculta algo referente a su familia.

Por su lado, el inspector García se muestra perplejo por el ofrecimiento por parte del comisario Tomás Gil de realizar dos investigaciones sobre el mismo hecho, pero de forma paralela, ya que se trata de una experiencia profesional poco frecuente. Por un instante piensa en una especie de cebo, ya que él es el único en toda Barcelona que sabe que Carmen Broto es la sobrina de un guardia civil ejecutado por el régimen de Franco.

## Capítulo 11

Agentes de la brigada logran identificar al tercer hombre que estuvo en el huerto de la calle Legalidad. La madre de Jesús Navarro lo nombra cuando la interrogan y los agentes saben entonces que se trata de Jaime Viñas Plá, con domicilio en el número 14 de la calle Parlamento de Barcelona.

Los agentes se personan en su domicilio, pero no hallan a nadie. Y cuando preguntan a los vecinos tampoco obtienen respuesta de dónde puede hallarse en esos instantes. En la confección de su ficha policial, pues en ese momento ya es un investigado como implicado en un crimen, averiguan que Viñas había nacido en el año 1920. Un vecino con el que se entrevistan lo describe como de estatura alta, con entradas pronunciadas, pelo claro, bigote rubio y ademanes femeninos. Al parecer, el tal Jesús Navarro se relaciona muy bien con hombres de dudosa virilidad. Otro vecino, este más chismoso que el anterior, les dice que conocía de Viñas que había cumplido el servicio militar en el año 1940, en el batallón de cazadores de montaña. Añade, que como profesión estaba registrado como aprendiz de vidriero, siguiendo los pasos de su padre, al que parece conocía, y que también era vidriero obrero. Les dice a los agentes que estuvo trabajando al regresar del servicio militar en una panadería en la calle Mallorca, no recuerda el nombre, pero sí el número, el 95. No sabe si tiene relación con Jesús Navarro, al que no tiene el gusto de conocer. Pero otro vecino, este más colaborador, les asegura que Viñas está empleado en la actualidad en la cerrajería del padre de un conocido chaperero, de nombre Jesús Navarro, en la calle Encarnación.

—Los propios ciudadanos son los mejores cómplices de la policía —inquire uno de los agentes a su compañero—. Y eso que no les hemos apretado —sonríe—, porque en ese caso hubieran reconocido haber matado a Manolete. —En el mes de agosto de dos años antes, en 1947, había muerto el diestro Manolete, corneado por un miura con mala baba, de nombre Islero. La importancia del diestro es de tal calibre que dos años después aún se le recuerda y forma parte de las conversaciones tanto de los taurinos, como de los que no lo son tanto.

El agente joven lo observa con admiración, reconoce que debe aprender mucho de su compañero. En apenas unos minutos saca más información sobre el tal Viñas, que en horas de investigación escarbando en los ficheros policiales. Confirma algo que ya sabía, que el trabajo a pie de calle es más rentable que el de una oficina, ya que en la inmensa mayoría de ocasiones no sirve para nada.

En su reflexión recuerda que son precisamente los trabajos de oficina los mejor pagados, en contraposición a los trabajos donde uno se mancha las manos, que casi siempre se tienen como empleos de clase baja y, por lo tanto, mal pagados y mal reconocidos.

Por su parte, el inspector Agustín García se dirige al domicilio de la familia Navarro. Tiene el deber de anunciar a la mujer que su marido ha sido hallado muerto en la calle Industria y su cuerpo trasladado al depósito judicial, donde está a la espera de realizar la preceptiva autopsia. Pero el motivo de que sea él quien anuncie la defunción es porque quiere aprovechar para interrogarla y recabar cuántos datos pueda sobre su hijo o amigos o circunstancias relacionadas con la muerte de Carmen.

La señora Navarro muestra su consternación al conocer la muerte de su esposo, pero también comprende que hay algún aspecto oculto y misterioso en ello y reconoce que la noche anterior, cuando él, su hijo y el amigo de ambos acceden a su vivienda con las ropas manchadas de sangre, significa que ocultaban algo. El inspector se percata de que ella ya preveía algún tipo de desgracia y no la percibe excesivamente afligida por la muerte de su marido.

—¿Dónde está su hijo?

—No lo sé —cabecea negando—. Pero se puso novio con una chica, Pepita, con la que tiene previsto casarse en no demasiado tiempo.

—¿Dónde vive la tal Pepita?

—En el número 76 de la calle Conde del Asalto —responde sin evitar que una lágrima le asome por uno de sus ojos. Es evidente que la mujer sufre con todo lo acontecido.

—¿Puedo utilizar su teléfono?

La señora Navarro sabe que no puede negarse, pero el inspector lo pregunta primero por una cuestión de cortesía profesional. Los dos conocen que nadie niega el uso del teléfono a un agente de policía.

—Si me disculpa —le dice a la señora Navarro, cuando descuelga el teléfono.

Ella se ausenta del salón para que el inspector pueda hablar sin que haya nadie a su alrededor. Aprovecha esos momentos para llorar. Siente compasión de sí misma y lamenta el precipicio por el que discurre su propia vida. Rememora como las cosas eran distintas antes de la guerra. Su esposo había nacido en Igea, Logroño, en el año 1896. Era un hombretón atractivo de metro setenta de altura y ochenta kilos de peso, por lo que no estaba ni gordo ni delgado. Se habían casado en el año 1923, pero Jesús tenía una hija de una relación anterior, a la que no conocía pero sabía que se casó con un torero de poca fama. Antes de la guerra las cosas les iban muy bien, incluso habían regentado un almacén en la Gran

Vía, que luego pasó a llamarse avenida de José Antonio Primo de Rivera. Al finalizar el conflicto tuvieron que abandonar el almacén y se trasladaron entonces a la calle Parlamento, en Pueblo Seco. Allí, en el número 13, adquirieron una churrería, donde también vendían aceite. Se había iniciado la era del estraperlo, pero ellos no eran estraperlistas y no habían obtenido el beneplácito de los vencedores de la guerra. Cuando concluyó la guerra europea, el declive fue tal que ya no pudieron afrontar las deudas. La miseria los envolvió y malvendieron la churrería y la casa y se trasladaron a la calle San Martín, en el barrio Chino. María no soportaba vivir allí. En tiempos habían sido una familia acomodada y no se conformaba con el declive que aconteció en su vida. Su esposo hace buenos negocios con su otra actividad, la de espadista. Bordea la ley, lo detienen en alguna ocasión, pero logra salir airoso. Es hábil en lo suyo. Con el beneficio obtenido con el ingreso de algún dinero extra, se trasladan a la calle Encarnación, en el barrio de Gracia, donde establece una cerrajería. Es su verdadera profesión, para la que tiene tino. Incluso en sus ratos libres redacta un manual titulado Técnica del robo. Pero ninguna editorial se lo quiere publicar.

Con algún ingreso extra arrienda un huerto en la calle de atrás de su casa. Allí se pasa los fines de semana quitando hierbajos y cultivando alguna hortaliza. El día que le dijo que había arrendado ese huerto tuvo un fatal presentimiento. Fue como si sospechara que ese huerto albergaba algo tétrico. Esa mañana, cuando vinieron las clientas a probar los productos de cosmética, una de ellas ya comentó que había ocurrido algo en la calle Legalidad, porque un vecino dijo haber visto mucha policía por la mañana, cuando salió de su casa para acudir al trabajo. Entonces pensó en su esposo y en su hijo y en el empleado de la cerrajería, y recordó cuando la noche anterior entraron en la casa con el terror dibujado en sus ojos. Y la sangre. Y comprendió que, fuese lo que fuese lo que hubieran hecho, tenía relación con el huerto, porque recordó la frase que le dijo su esposo cuando lo alquiló:

«Ese huerto no solo me servirá para cultivar tomates, sino que lo emplearé para enterrar a todo malnacido que busque mi ruina».

El inspector Agustín García informa de las últimas novedades al comisario Tomás Gil, al mismo tiempo que recomienda la detención de María Manau. Ya no existe ninguna duda de que los dos: padre e hijo, están implicados en el asesinato de Carmen Broto. Al igual que el tercero, el empleado de la cerrajería, Jaime Viñas.

—¿Por qué? —le pregunta el comisario cuando atiende su llamada.

—Ella sabe demasiado y puede poner en alerta a su hijo.

—...

—¿Comisario?

—Sí, inspector, estoy pensando —se disculpa—. No creo que esa señora suponga ningún peligro para la investigación —le dice—. Para mí es inocente y no tiene conocimiento de lo que tramaban su esposo e hijo. Ha de tener en cuenta que está colaborando en todo momento y no ha ocultado ninguna prueba. De ser culpable —argumenta—, bien hubiera escondido las prendas manchadas de sangre. Además, la patrulla que la interrogó esta mañana me ha dicho que cuando llegaron a su casa ella estaba con unas amigas probando productos de cosmética, lo que sugiere que es ajena a todo este embrollo.

—Seguiré su criterio —acepta el inspector.

El comisario valora la información de su colega, pero rechaza la sugerencia porque piensa que bastantes problemas tiene la señora Navarro con la muerte de su esposo, como para andar alertando a su hijo, al que en esos momentos ya apuntan como el asesino de Carmen Broto.

—La jefatura ha decretado una orden de busca y captura contra Jesús Navarro Manau, por el asesinato de la mujer hallada en el huerto de la calle Legalidad —le dice—. Así que lo mejor es que te dediques a indagar sobre esa chica, la prostituta asesinada —le recomienda—. Sospecho que hay demasiados flecos sueltos y que en los próximos días nos llevaremos más de una sorpresa con este asunto.

—¿Qué propones, entonces?

—Investiga la vida privada de la fallecida. Sus amistades, relaciones, con quién se acostaba, quién le pagaba el piso donde vivía, quién le compraba las joyas, el abrigo de astracán. Todo, investiga todo sobre esa mujer. Me dijiste que la conocías y que habías conocido a su familia, ¿no es así?

—Así es.

Al cortar la comunicación con el comisario, el inspector recuerda, a modo de flash, que años antes había sido hallado un cadáver dentro de un coche, en la calle Industria, exactamente donde se halló el de Navarro. Pero no le dio mayor importancia, creyendo que se trataba de una coincidencia. En aquella ocasión el fallecimiento se había producido cuando el coche se estampó contra un árbol. Una acacia deshojada fue la causa de la muerte. Pero recuerda que cuando se le practicó la autopsia, el médico forense concluyó que el finado había muerto antes del choque. Determinaron, al no hallar pruebas criminales, que había sido por un paro cardíaco que derivó en el fatal accidente.

Intrigado por ese caso, ocurrido en la misma calle donde murió el espadista, decide consultar los ficheros de la policía. El muerto era un conocido prestamista. La actividad de prestamista se había depauperado tras la guerra, por los riesgos que conlleva. No había garantías de que el destinatario del préstamo pudiera afrontar la deuda, por lo que los prestamistas principales eran los bancos.

Los particulares o entidades otorgaban prestamos para la construcción acogida a la Ley de Bonificables. Lo que no eran ni más ni menos que anticipos bancarios durante la tramitación, a un interés del 3%. En la avenida República Argentina estaba la Gestoría Castañeda, especializada en este tipo de trámites, pero pensar en la posibilidad de que un particular se dedicara a ofrecer prestamos a particulares, sugería de por sí que ese préstamo se iba a destinar a un negocio ilícito. Y en caso de ser lícito, la obtención del préstamo por parte de un particular, no asociado a ninguna agencia o entidad pública, también sugería lo ilegal del uso que se le iba a dar a ese dinero.

En el caso de la muerte de ese prestamista había un trasfondo oscuro que la investigación llevada a cabo no logró aclarar. Pero el inspector Agustín García no podía destinar más tiempo y recursos a esclarecer una muerte cuyas pruebas indicaban que había sido por accidente.

Finalmente, y después de revisar el atestado que él mismo tramitó entonces, decide que no tiene relación y no informa de esta coincidencia al comisario Tomás Gil.

## Capítulo 12

Siguiendo instrucciones del comisario, una pareja de miembros de la brigada se dirigen al número 76 de la calle Conde del Asalto, donde vive Pepita Esteve Montejo con su familia, con intención de interrogarla. En el salón de la casa, y acompañada por sus padres, unos modistos muy conocidos de Las Ramblas, que vestían a muchos artistas y gente del teatro, Pepita, muy emocionada, relata el noviazgo que mantiene con Jesús Navarro.

—¿Ha muerto? —pregunta la madre.

—No, señora —responde uno de los agentes sin dar más detalles.

Los padres de Pepita saben que si el novio de su hija no ha muerto y en el salón de su casa hay dos impertérritos policías de la Brigada Criminal, entonces significa que ese novio anda metido en líos.

—Di la verdad —le recomienda la madre—. Di la verdad, hija.

Pepita les relata como había salido con Jesús la noche anterior, la del domingo, y como habían ido al cine a ver la película Alma en suplicio. Ese detalle no les parece importante, pero no interrumpen a la chica para que no se distraiga y siga hablando. Al salir del cine, y viendo que hace mucho frío, deciden regresar a casa, por lo que Jesús la acompaña hasta el portal de la calle Conde del Asalto, donde se despide con el protocolario beso de amor.

—¿Qué hora era?

—Sobre las once y media. No les puedo concretar más, aunque fue poco después de terminar el pase de la película.

—¿Qué hizo usted al llegar a casa? —pregunta bajo la insidiosa mirada de sus padres, que desaprueban las preguntas de los agentes.

—Lo de siempre —asiente—. Me despedí de mi novio en el portal. Subí hasta la casa. Saludé a mis padres que estaban en el salón escuchando el parte de la radio. Y me acosté.

—¿Ha vuelto a ver a su novio desde ayer?

—...

—Conteste, por favor —insiste el agente—. No nos obligue a acompañarla a jefatura.

—Responde, hija. Responde a las preguntas de los agentes.

—Sí. Nos vimos de nuevo...

—¿Cuándo? ¿Cuándo se vieron?

—Esa misma noche. Nos vimos esa misma noche, un poco más tarde.

Los dos agentes dan un respingo en el sofá cuando escuchan decir a Pepita que había visto a su novio esa misma noche. Temen una coartada para situar a Navarro en un lugar distinto al del crimen.

—¿Esa misma noche? —ahondan—. ¿A qué hora?

—Pasadas las cinco de la mañana nos despertaron unos golpes en la puerta de casa. Fueron golpes de nudillo, según pude percibir. Mi padre —dice mirándolo—, bajó a la calle a abrir, pues a esas horas no es recomendable que lo hagan las mujeres, por el peligro que ello comporta.

—Se trataba de Jesús —interviene el padre—. Nada más verme se disculpó por lo intempestivo de la visita y el horario, pero me rogó que lo recibiera en mi casa, pues, según me dijo, había sido testigo, de nuevo, de una pelea entre sus padres; muy acostumbrados a discutir. Incluso aseguró que su padre le había pegado cuando medió en la trifulca y señaló unos arañazos que tenía en su cara.

—¿Los padres de Navarro no se llevan bien? —se interesa uno de los agentes.

—No, nada bien. Son constantes las discusiones entre los dos, entre Jesús y su esposa María. El novio de nuestra hija ya nos lo había referido en varias ocasiones.

—Y..., bueno, no tiene que ver con nuestra presencia aquí, pero sí para la investigación en curso, ¿por qué discuten? O más concretamente, ¿por qué discutieron ayer por la noche?

—Por lo que discuten las parejas.

—¿Celos?

—No. Por celos no se discute, por celos se pelea —dice el padre, ante la mirada extraña de su esposa y de su hija. La presencia de una fotografía de Jorge Negrete en el comedor de la casa explica esa actitud por su parte. Quizá, concibe uno de los agentes, se ha contagiado de la simbología que representa el cantante—. Las discusiones de los Navarro son por el dinero. Por lo que son todas las discusiones familiares.

—¿Tienen problemas económicos?

—No es eso, papá —interviene Pepita.

—¿Y qué es? —insiste el agente.

—No tienen dinero por culpa de la guerra —explica la novia de Jesús—. Antes de la contienda ellos tenían un negocio familiar que les procuraba ingresos suficientes como para vivir de forma desahogada. Pero la situación actual es bien distinta, las deudas les oprimen.

—Sigamos —anima el policía—. ¿Qué le dijo cuando regresó ayer noche?

—Yo ya sabía que sus padres discutían —sigue explicando la chica—. La relación entre los padres de mi novio ya es complicada, pero esa noche nos

refirió que había sido la discusión más cruenta y violenta que había presenciado jamás. Y nos hizo partícipes de que había tomado la decisión de huir del domicilio familiar hasta que se estableciera finalmente conmigo, después de que se consumara el matrimonio.

Los agentes cruzan sus miradas.

—¿Cómo iban a casarse si él no tiene dinero?

—...

—Sí, Pepita, responda a nuestra pregunta: ¿De dónde pensaban sacar el dinero para la boda, el viaje de novios, la casa, etcétera?

—De su trabajo.

—¿En la panadería de la calle Mallorca?

—Sí. Es un trabajo tan digno como otro cualquiera.

—No lo dudamos —fuerza una sonrisa el jefe de los dos agentes—. Y usted, señor Esteve, ¿qué hizo cuando regresó Jesús a su casa?

—Le dejé entrar, por supuesto. Y le invité a que pasara la noche aquí, en la habitación de invitados.

Pepita se retrae en la silla, piensa que sus respuestas no han estado a la altura de las cuestiones que plantean los agentes.

—¿Y ya está? —pregunta confundido uno de los policías.

—Sí, mi esposa y yo regresamos a la cama y los chicos se fueron a dormir, cada uno a su habitación.

Pepita abre la boca para hablar.

—¿Sí?

—Cuando mis padres se fueron a dormir, Jesús vino hasta mi habitación. — Los ojos del señor Esteve se abren de par en par—. No pasó nada, no temáis — los tranquiliza—, quería hablar conmigo y me propuso que aquella misma noche nos fuéramos en el primer barco que partiera hacia Palma de Mallorca, donde nos casaríamos tal y como ya habíamos planeado semanas antes.

—¡Pepita! —protesta el padre—. No nos habías dicho nada de eso.

—No, porque rechacé la propuesta de Jesús nada más oírla. Le dije que nunca tomaría una decisión de semejante trascendencia sin vuestro consentimiento.

—¿Y qué ocurrió a continuación? —se interesa de nuevo el agente. Su compañero lo censura con la mirada, ya que parece que tiene interés en saber si la pareja terminó la noche en la misma cama.

—Yo me fui a dormir a mi cama. Sola —añade—, ya que estaba vencida de sueño por la hora tan intempestiva. Pero creo que Jesús se quedó sentado en el salón el resto de la noche; aunque cuando nos levantamos ya no estaba. Pero dejó un cenicero lleno de colillas.

—¿Le dijo a dónde iba?

—No. No hablamos más esa noche.

—¿Se ha citado con él en algún lugar y en alguna hora?

—No. Jesús es muy independiente y con toda seguridad volverá por aquí en los próximos días, a no ser que...

—¿A no ser qué?

—A no ser que haya hecho algo malo —termina la frase.

—Si lo ven —concluye uno de los agentes—, no duden en avisar por teléfono a la policía.

—No nos han dicho qué ocurre —se interesa el padre.

—De momento nada —rechazan dar más explicaciones—. Pero tenemos interés en hablar con él para que nos responda a unas cuantas preguntas.

## Capítulo 13

Puesto al corriente por los policías que interrogan a la familia Esteve Montejo, el comisario da orden para que una pareja de agentes de la brigada vigilen la salida de barcos desde el puerto de Barcelona con destino a Palma de Mallorca, ya que, y según la declaración de Pepita, hay riesgo posible de fuga por parte del sospechoso. También dispone que se vigile la salida de aviones con cualquier destino, por lo que una pareja de agentes son destinados al aeropuerto de el Prat.

Para el comisario no existe ninguna duda de que el sospechoso se pondrá más temprano que tarde en contacto con su novia, dado que en la situación actual, y con la policía pisándole los talones, no puede regresar ni a su casa ni a la de Enrique Sallent, por estar ambas vigiladas. El cerco para atraparlo se estrecha. Desde la Brigada, y sin demora, se interviene el teléfono de la familia Esteve, no siendo necesaria orden judicial, pues al tratarse de una investigación criminal la policía tiene potestad para practicar cuantas intervenciones telefónicas crea necesarias.

En una entrevista posterior entre el inspector Agustín García y el jefe de la investigación, el comisario Tomás Gil, el primero le manifiesta su preocupación por la muerte de Carmen Broto, ya que la víctima tenía entre sus amistades y contactos a personas de mucho prestigio en la ciudad, como los empresarios Fornells y Muñoz y el pintor Coll Doménech, y lo peligroso e intrincado que sería tomar declaración a esas personas por su afinidad al Gobierno. El comisario le dice que si es necesario interrogarles así debe de hacerse, al mismo tiempo que le comunica que la autopsia de Jesús Navarro Gurrea determina que murió por envenenamiento al ingerir una alta dosis de cianuro potásico, lo que enreda aún más la ya bastante intrincada muerte de Carmen Broto.

Agustín García entiende que si Jesús Navarro se ha suicidado, es porque es culpable. El suicidio, en este caso, solo puede obedecer a que sabe que no saldrá airoso del crimen de Carmen, por lo que opta por la peor solución. Pero también recuerda un artículo que leyó tiempo atrás en La Vanguardia, firmado por el periodista César González Ruano, donde hablaba de un extraño suceso ocurrido en un parque zoológico donde un orangután se había suicidado. El artículo aseguraba que el suicidio del animal se había producido cuando este amarró, inteligentemente, una cuerda en la parte más alta del barrote de su jaula, haciendo un perfecto nudo corredizo y metiendo dentro la enorme cabeza y

lanzándose al vacío. El parque zoológico se conformó para el animal como una prisión, y su única escapatoria pasó por arrancarse la vida, para que su mente se dispersara por el universo que lo contenía. El orangután no puede agarrar con sus manos una estilográfica y sobre un papel lleno de lágrimas transmitir sus últimas voluntades. Muere de tristeza o, lo que es peor, humanizado. La humanización de su pensamiento es el verdadero asesino.

Justo aflora ese recuerdo a su mente, relacionándolo con la muerte de Carmen, y se echa a llorar. Cree que esa chica no merecía semejante muerte y promete honrar su memoria y descubrir a los culpables para que paguen por ello, y al mismo tiempo proteger su recuerdo. Nadie debe saber quién era su tío. Al menos no hasta que Franco muera. Cuando muera el dictador se podrán hacer públicas muchas cosas que entonces están prohibidas, concibe como un sueño alcanzable.

La escucha telefónica del teléfono del domicilio de Pepita Esteve arroja los primeros resultados a las cuatro de la tarde del miércoles 12 de enero de 1949, cuando suena el teléfono y los agentes escuchan como Viñas llama para preguntar por Jesús Navarro.

—Hola, Pepita. Soy Jaime.

—Hola, Jaime.

—¿Sabes dónde puede estar Jesús?

—No lo sé. Pero...

Los agentes oyen como ella le dice, al igual que había hecho cuando la interrogaron, que desconoce el paradero de su novio. Sorprendentemente, Viñas corta la comunicación sin dar más explicaciones. Temen que sospeche que el teléfono está intervenido. Y es el peor de los temores de un investigador, que los investigados sepan que son objeto de un seguimiento. Ese temor se fundamenta no solo en las precauciones que puedan tomar para no ser pillados, sino en que sus acciones dejan de ser naturales y reflexivas y pasan a ser grotescas e irreflexivas. Incluso impredecibles. Los investigadores solo anhelan que Jesús Navarro no sepa que están investigando su entorno más inmediato.

A las siete de la tarde del mismo día, el teléfono de la casa de los Esteve vuelve a sonar, y esta vez se trata del propio Navarro. Los agentes saltan en sus sillas.

—¡Es él! —exclaman.

Escuchan como Navarro le recrimina a su novia que no haya acudido al café Trinkal, donde habían quedado esa misma tarde, según sus propias palabras. Pepita niega de inmediato que así hubiera sido, o no lo recuerda. Por su reacción parece que ella sí que sospecha que el teléfono de su casa puede estar intervenido.

—No me ha sido posible —le responde con manifiesta sinceridad—. La policía ha estado en casa y creo que nos están vigilando, porque mi padre dice que ha visto un coche de *secretas* en la calle.

—Está bien, no pasa nada —le dice visiblemente nervioso—. Coge ropa de abrigo, pero sin equipaje que llame la atención. Sal de casa y dirígete a la Rambla Santa Mónica, hacia el quiosco donde alguna vez hemos comprado la Vanguardia. ¿Recuerdas a qué quiosco me refiero?

—Sí, el de...

—No lo digas —la corta para que no siga hablando—. No es necesario. Ve a ese quiosco y espera delante, yo comprobaré si te están vigilando o no. Tengo dos billetes para Palma de Mallorca.

—¿En barco?

—No. En avión, es más rápido. Además seguro que el puerto está vigilado.

—¿Y el aeropuerto, no?

—Es más complicado —asegura—. Están siempre en obras ampliando las pistas y hay mucha confusión de camiones y obreros.

—¿Y mis padres?

—No te preocupes por ellos. Cuando llegemos a Palma los podrás llamar por teléfono y decirles que estás bien.

—¿Qué ha ocurrido, Jesús?

—Nada. No ha ocurrido nada. Has de fiarte de mí. ¿Confías en mí?

—...

—¿Confías en mí, Pepita?

—Sí.

—Pues en Palma te lo contaré todo y sabrás que no soy culpable de nada.

—¿De dónde has sacado los billetes para el avión?

Pepita sabe que un vuelo en avión entre Barcelona y Palma de Mallorca cuesta 155 pesetas por persona. Más de la mitad de un buen jornal. Luego los dos billetes le habrán costado a su novio cuatro semanas de la paga de un empleado de una modesta panadería.

—Lo tenía ahorrado —miente.

Agentes de la brigada escuchan la conversación en tiempo real y comunican las novedades, de manera inmediata, al comisario que coordina y dirige la investigación.

—Comisario —le habla uno de los agentes—. Jesús Navarro ha llamado a Pepita Esteve y ambos han quedado en verse. Por lo visto planean huir a Palma de Mallorca, en avión.

—¿No viajan en barco?

—En principio no, a no ser que sea una estratagema. En la conversación

hemos oído «avión». Estoy seguro de ello.

Es el propio comisario el encargado de trazar el plan de captura. Da instrucciones precisas a todos los integrantes del operativo. Incluso les ordena que aplacen otras investigaciones menos importantes. La captura de Navarro es vital para el esclarecimiento del crimen de la calle Legalidad. Las Olivetti se silencian en la oficina de la Brigada Criminal, la gran mayoría de los agentes están afuera, pateando las calles bajo el frío invierno de enero.

Ante la posibilidad de que pueda escapar de la ciudad en coche, ya que le consta que Navarro es un chapero de cierta reputación y tiene amigos adinerados que le pueden prestar ayuda, dispone una vigilancia discreta en las salidas más importantes de la ciudad, en especial la carretera que va a la costa. La comisaría de Mataró recibe un aviso desde Barcelona y sitúan uno de sus vehículos en medio de la vía, en previsión de que el huido pueda pasar por allí.

Y por último, y en el supuesto de que los dos, Jesús y Pepita, estén compinchados y hayan pactado previamente la fuga, y la conversación telefónica forme parte de una estrategia para despistar a los agentes, el comisario también da instrucciones de que sean precavidos y observadores en las personas que salgan del bloque donde viven los Esteve, ya que, recuerda, es invierno y pueden utilizar ropas de abrigo para camuflarse. Una mujer con una chaqueta amplia y una peluca postiza podría pasar delante de sus narices sin que la patrulla de vigilancia se diera cuenta.

## Capítulo 14

Pepita sale de su casa, tal y como le requiere su novio, y se encamina hacia el lugar del encuentro. En el trayecto no detecta nada anormal, pese a girar la cabeza en diversas ocasiones, por lo que incluso llega a pensar que los ‘secretas’ de los que le habló su padre han desistido de vigilarla. Cuando llega al quiosco, tiene que esperar casi media hora hasta que Jesús da señales de vida. Durante ese tiempo no sabe qué hacer, ya que una chica sola y joven, en medio de la Rambla, transmite una confusa idea a los transeúntes, sobre todo si son hombres.

—¿La puedo ayudar en algo? —se ofrece un señor vestido con elegancia, mientras se quita el sombrero de la cabeza y lo sostiene sobre su mano envuelta en un pañuelo blanco.

—Estoy esperando a mi novio —rechaza seguir hablando.

El señor continúa caminando calle abajo. Pepita ve a lo lejos como ese hombre le hace la misma pregunta a una chica con un vestido rojo que está de pie en la esquina siguiente. Con ella debe acertar, porque observa como los dos se pierden por una de las calles que desembocan en la Rambla.

Al volver los ojos hacia la parte de arriba, se cruza la mirada con Jesús, que en ese momento camina hacia ella.

—Perdón por la tardanza —se disculpa.

Escudriña como su frente se ha humedecido a pesar del calor. El pelo desordenado, como si hubiera dormido sobre una almohada de esparto. Y la herida de la cara, lejos de cicatrizar sigue supurando.

Antes de que Pepita pueda decir nada, varios miembros de la brigada criminal, vistiendo ropas de paisano, los cercan. Entre cuatro de esos fornidos agentes apresan a Jesús, cogiéndole por los brazos y los hombros. Él, atrapado, no muestra ningún tipo de resistencia. Sabe que no le va a servir de nada. Al contrario, empeorará su situación.

Uno de los agentes que forma parte del dispositivo de captura llama al comisario desde una cabina de teléfonos de la Rambla.

—Los pájaros están en el nido —dice.

El comisario sonrío por la frase tan ocurrente.

Jesús y Pepita son trasladados por un furgón policial a la sede de la jefatura de Barcelona. Navarro como partícipe en el asesinato de Carmen Broto. Pepita como colaboradora. Aunque en el caso de la novia de Navarro, la policía no

dispone de pruebas que la acusen para prolongar la detención más allá de lo estrictamente necesario.

En el momento de la detención le intervienen a él joyas por valor de 150.000 pesetas, más tarde sabrán que son propiedad de Carmen Broto. Navarro no tiene más remedio que confesar su participación en el asesinato de la prostituta, al mismo tiempo que acusa a su padre de ser el planificador e inductor del crimen. Y el autor material de su muerte.

—Mi padre fue el que le arrebató la vida —confiesa.

—Menudo desgraciado —escupe uno de los agentes que participa en la detención—. Como sabe que su padre está muerto, le echa la culpa.

Dado que el señor Navarro falleció dos días antes, no hay posibilidad de cotejar la declaración de su hijo. Los policías le pregunta de forma insistente, quieren saber la verdad. Les explica que el plan de su padre era robarle las joyas a Carmen, puesto que sabían que ella tenía muchas y muy valiosas en su piso. Pero en ningún momento habían previsto en quitarle la vida. Les dice que las joyas casi nunca las lleva encima, por lo que habían ideado distraerla tomando copas por los garitos de la noche barcelonesa, para que una vez borracha, algo habitual en ella, se ofrecieran a acompañarla a su piso y allí le robarían las joyas mientras ella dormía la mona.

—Ese era el plan —asegura, convenciendo a los investigadores.

Navarro se explica con inteligencia y parece que no deja ningún cabo suelto a las preguntas que le formulan.

—¿Y si no queráis asesinarla, por qué le golpeasteis la cabeza con el mazo de madera que hemos hallado en el interior del Sedán?

Responde que movidos por el miedo y la impaciencia, y viendo que era imposible emborracharla por su aguante a ingerir bebidas alcohólicas, se apresuraron a golpearla con un mazo en la cabeza con intención de atontarla.

—Un golpe en la cabeza es similar a estar borracho —sonríe—. ¿Es que no van ustedes al cine? —comenta con un gracejo que arranca una sonrisa a los policías que participan en el interrogatorio.

Navarro reconoce que el plan se les fue de las manos y que lo que se inició como un robo, acabó en un asesinato. Pero el autor de la muerte de Carmen, insiste, es su padre, cuando la golpea con una pala de jardinero.

—Nosotros —asegura—, solo la atontamos con un golpe sin importancia en la cabeza con un mazo de madera que ya estaba en el coche cuando lo alquilé. Ni siquiera fui yo quién le propinó el golpe, ya que fue Jaime.

Lo que no sabe Navarro, es que el dueño del garaje Roca que les alquiló el Sedán había negado esa posibilidad y dijo a los agentes que cuando se lo entregó no había ningún mazo en el asiento de atrás ni en ningún lugar del interior.

—¿Por qué quiere huir a Palma de Mallorca?

—Porque muerto mi padre sabía que toda la policía de Barcelona me acusaría a mí de la muerte de Carmen. Prefiero marcharme y esperar a que las cosas se arreglen.

—¿Arreglarse? ¿Cómo se iban a arreglar? —Navarro se silencia. Por primera vez desde la detención, los agentes lo perciben decaído. Está acorralado y saben que no va a seguir mintiendo. Lo azuzan un poco más para que les diga la verdad —. ¿Quién mató a Carmen Broto? —gritan.

—Mi padre —responde—. Fue mi padre el que atizó con la pala y el que la mató. Mi padre es el asesino —insiste.

—En el huerto ya había una zanja antes de que llegaran ustedes con la prostituta. ¿Quién cavó esa zanja?

—Ya se lo he dicho. Fue mi padre el que lo planeó todo y el que cavó la zanja del huerto.

—Sí, eso ya lo ha dicho. —El policía lo mira con desprecio—. Pero atienda a mi pregunta. Si no habían planeado asesinar a Carmen, como aseguró hace un instante, ¿cómo es que su padre ya había cavado una zanja esa tarde para enterrar el cuerpo?

—¡Y yo que sé! —rechaza dar una explicación coherente—. Quizá esa zanja no era para enterrar a la puta, sino que la había cavado para otra cosa.

—¿Cómo qué?

—Para plantar algo. Mi padre siempre estaba plantando hierbas en su huerto. Para eso lo había arrendado, para cultivarlo —dice con ojos llorosos.

—Está bien —desiste el policía—. ¿Por qué cree que su padre podía querer asesinar a la prostituta?

—...

—¡Responda, señor Navarro! Responda a mi pregunta: ¿Por qué piensa que la asesinó?

—Para robarle sus joyas.

—Se refiere a las mismas joyas que llevaba usted encima cuando le hemos detenido —ironiza el agente.

—Sí. Pero yo las llevaba encima porque mi padre me las entregó para que las custodiara.

—¿Y por qué haría eso su padre, si él era, según sus palabras, el interesado en robar a la muerta?

—Por miedo. A él ya le constan antecedentes policiales por otros delitos. Sabía que ustedes irían a por él en cuanto relacionaran el huerto con su casa. Por eso me entregó las joyas, para que se las guardara —suspira.

Los agentes no le creen.

—Una cuestión más: ¿Por qué necesitaba el dinero?

—Porque estaba arruinado. Y esas joyas —señala con la barbilla las joyas que los agentes han apilado encima de una mesa que hay al lado de la sala de interrogatorios—, le sacarían de la miseria.

—¿A usted también?

—...

—Digo, señor Navarro, que a usted también le sacarían de la miseria. Por lo que usted también es autor del crimen, porque participó activamente.

—¿Saben algo de Viñas?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco. Ni lo sé ni me importa —murmura.

—Entonces, si no le importa, ¿por qué pregunta por él?

Desde ese momento Navarro se silencia y ya no es posible arrancarle ninguna palabra más referente a los hechos que se investigan.

## Capítulo 15

El sábado 15 de enero, el propietario de una pensión sita en la calle Mendizábal, muy cerca del puerto marítimo, en el barrio del Raval, alerta a la policía de que una de las habitaciones de su hospedería se halla cerrada con llave por dentro desde hace dos días y el huésped no responde a los requerimientos del dueño. El informador dice que teme que le haya ocurrido algo, ya que el huésped es un conocido de la pensión y suele frecuentarla acompañado de otros hombres.

Una patrulla de la policía se persona en la pensión y, tras comprobar que nadie del interior de la habitación responde, fuerza la puerta golpeando con un mazo que les presta el propietario. Al derribar la puerta hallan el cadáver de un hombre sobre la cama. El requirente lo conoce, pues ya le había alquilado en el pasado, y en diversas ocasiones, una habitación. Les dice que ese chico suele acudir allí acompañado de otros hombres, algo de lo que ya había informado cuando les llama por teléfono. Añade que esos hombres con los que se hace acompañar son mayores que él, y son los que pagan la habitación por adelantado. Se reafirma en su intención de colaborar con la policía y nada más lejos de su ánimo que el de tener problemas en un negocio que, repite en diversas ocasiones durante su alegato, es legal.

Los agentes, con ayuda del propietario, identifican el cadáver como el de Jaime Viñas Plá. Es el tercer y último sospechoso del crimen de Carmen Broto, al que tenían pendiente de localizar. La habitación solo dispone de otra salida a través de una pequeña ventana que da a un patio trasero. Hay una ventanilla de pequeñas dimensiones en el baño, pero comprueban que es imposible que un hombre adulto pueda franquearla. Uno de los agentes se asoma por la ventana del tragaluz y comprueba que tampoco nadie pudo saltar por ahí. En las pesquisas tratan de descartar que el hombre que yace sobre la cama hubiera sido víctima de asesinato.

—¿Sabe si estuvo con alguien más en esta habitación?

Cabecea negando de manera enérgica.

—No, en absoluto —dice—. Entró solo y solo ha estado.

Desde la propia pensión llaman por teléfono al comisario.

—Sí, es él —asegura el cabo primero—. Su cuerpo está tumbado encima de la cama sin expresión de sufrimiento y no hay señales de violencia.

—¿Suicidio?

—Con toda seguridad. Hay una nota sobre la mesilla de noche.

—¿Una nota? ¡Léamela! —le ordena.

—*No se culpe a nadie de mi muerte. Soy inocente. La vida es un sueño.*

—Recoja la nota y guárdela para entregármela personalmente cuando me vea. Esperen en el lugar de los hechos hasta que su señoría ordene el levantamiento del cuerpo.

La autopsia practicada al cadáver de Viñas determina que falleció por ingesta de cianuro potásico. Al igual que Jesús Navarro. Con esta última muerte, el comisario Tomás Gil concluye que la investigación ha finalizado al aclararse cualquier extremo sobre el asesinato de Carmen Broto. El desarrollo de los hechos, las declaraciones tomadas, incluida la del propio Navarro Manau, y las pruebas ciertas, más las circunstanciales, llevan al comisario a redactar un atestado de lo sucedido en el huerto de la calle Legalidad.

María Manau Ortiz y Pepita Esteve Montejo son puestas en libertad a los pocos días de la detención de Jesús Navarro Manau. No hay ninguna prueba, de las reunidas hasta la fecha, que las incriminen como participantes en el asesinato de la prostituta. Ni siquiera tienen la consideración de cómplices o encubridoras.

Sorprende a los investigadores que Jesús Navarro, casi inmediatamente después de ser condenado a muerte mediante sentencia firme, sea indultado por el propio Generalísimo, permutando la condena a muerte por una condena a largos años de cárcel.

### **Martes 2 de mayo de 1950**

**AUDIENCIA. JESÚS NAVARRO CONDENADO A MUERTE.** —*El Tribunal de la sección primera de esta Audiencia ha dictado sentencia en la causa por asesinato de María del Carmen Broto, condenando a la última pena al procesado Jesús Navarro Manau, único superviviente de los autores del hecho. Además de la sentencia de muerte, el Tribunal ha impuesto al citado Navarro 50.000 pesetas de indemnización a la familia de la víctima y cuatro meses de arresto y 1.000 pesetas por inhumación ilegal del cadáver de la interfecta.*

### **DECRETO del 12 de octubre de 1951. MINISTERIO DE JUSTICIA.**

*Visto el expediente de indulto de Jesús Navarro Manau, condenado por la Audiencia Provincial de Barcelona en sentencia de primero de mayo de mil*

*novcientos cincuenta, confirmada por la Sala Segunda del Tribunal Supremo, a la pena de muerte, como autor de un delito complejo de robo con homicidio, con las agravantes de premeditación, alevosía y nocturnidad, y teniendo en cuenta las circunstancias que concurren en el hecho:*

*Vistos la Ley de dieciocho de junio de mil ochocientos setenta, reguladora de la gracia de indulto, y el Decreto de veintidós de abril de mil novecientos treinta y ocho;*

*Oídos el Ministerio Fiscal y la Sala sentenciadora, el Fiscal del Tribunal Supremo y la Sala segunda de dicho Alto Tribunal, previa deliberación del Consejo de Ministros y a propuesta del de Justicia.*

*Vengo en conmutar a Jesús Navarro Manau la pena de muerte que le fue impuesta en la expresada sentencia por la de treinta años de reclusión mayor, accesorias legales correspondientes e interdicción civil.*

*Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a veintiocho de septiembre de mil novecientos cincuenta y uno. FRANCISCO FRANCO. El Ministro de Justicia: Antonio Iturmendi Bañales. B.O. del E Número 285.*

El comisario no se sorprende por el indulto de Navarro, donde Franco le conmuta la pena de muerte por la de treinta años de reclusión mayor. Reconoce que el crimen de Carmen Broto está rodeado de un misterio que no es capaz de desvelar. Y, si bien, nadie del entorno de la víctima ha frecuentado su despacho interesándose o mediando en la investigación, sí que es consciente de que en determinados niveles políticos no es necesario hacerlo, pues pueden influir directamente en la justicia. La justicia es justa según a quien se le aplique.

Esa sentencia tan benevolente es interpretada como el resultado de oscuras manipulaciones de los poderosos personajes que se mueven alrededor de la prostituta de lujo. Afianzándose finalmente esa impresión cuando años después, Jesús Navarro es indultado por el propio jefe del Estado mientras este cumple condena en el penal de Ocaña. La prensa bosqueja la noticia con callado sigilo. Los medios de comunicación, dominados por el régimen, no se hacen eco del indulto, porque un indulto es una decisión del Generalísimo. Y las decisiones de Franco se acatan sin discusión o debate posible.

Navarro, al quedar en libertad ni siquiera se marcha a Palma de Mallorca, su destino soñado, sino que se establece definitivamente en Barcelona, donde montó una tienda en la calle Hospital. Cuando entró en la cárcel, días después de su detención, su novia Pepita estaba embarazada. Quizá aquella última noche que se vieron en su casa, cuando él regresó a pedir cobijo por la pretendida discusión de sus padres, intimaron mientras el cuerpo de Carmen estaba bajo un

montón de tierra húmeda en el huerto de su padre.

Se casaron en prisión y Pepita tuvo una hija, a la que bautizaron como Isabel. Años después tramitaron el divorcio, siendo posible gracias a la intervención de la curia diocesana. Argumentando que Jesús y Pepita no habían consumado el matrimonio, al estar en la cárcel.

En 1955, el comisario Tomás Gil publica un libro con editorial Planeta con el título 'Brigada Criminal', donde narra su experiencia al frente de la brigada de Barcelona desde el año 1944 hasta el 1953, donde con un ánimo de escarmiento y para satisfacer la curiosidad de un público que desea saber cómo trabaja su policía, relata una docena de casos. El libro se vendió al precio de 30 pesetas. En la publicidad indicaron que si no lo encontraba en su librería, se podía pedir a reembolso, sin ningún gasto extra. Razón en Editorial Planeta. Maestro Pérez Cabrero, 7. Barcelona.

**La Vanguardia Española. Martes 5 de septiembre de 1950**

**JEFATURA SUPERIOR DE POLICÍA ASCENSO DE DON TOMAS GIL LLAMAS.**

*El jefe de la Brigada de Investigación Criminal de esta Jefatura Superior, don Tomás Gil Llamas, ha sido ascendido a la categoría de comisario de primera. El señor Gil Llamas que lleva veintinueve años de servicio activo, es igualmente muy querido y considerado por sus jefes y subordinados, y con dicho motivo recibe estos días numerosas felicitaciones a la que unimos la nuestra más sincera.*

\* \* \*

**La Vanguardia Española. Sábado 18 de julio de 1955.**

**HOMENAJE A DON TOMAS GIL LLAMAS.**

*La colonia de Lorca en Barcelona ha organizado un acto de homenaje a su ilustre paisano don Tomás Gil Llamas, tan conocido y estimado, en Barcelona con motivo de publicarse la segunda edición de su libro «Brigada criminal». El homenaje se celebrará el Centro Cultural de la Unión Mercantil Hispano Americana en Plaza de Cataluña número 4, principal, mañana, domingo, día 19 a las once de la mañana.*

*Dada la personalidad del agasajado, puede anticiparse al éxito del acto el que han de asociarse infinidad de representaciones ciudadanas.*

## Capítulo 16

El viernes 28 de febrero de 1936, en el Diario ABC de Madrid publican la noticia de que el teniente coronel de la guardia civil de Murcia, don Francisco Brotons Gómez, que había prestado grandes servicios en esa comandancia, es ascendido y trasladado. Es uno más de los muchos movimientos del personal de la guardia civil que hay en esas fechas. La guerra está a punto de estallar y la Benemérita distribuye a sus mandos.

Cuatro meses después, el miércoles 10 de junio, una Orden del Ministerio de la Gobernación confiere los traslados del coronel don Mario Juanes Clemente, ascendido del décimo en plaza de superior categoría, al segundo tercio. Y don Francisco Brotons Gómez, ascendido, del sexto tercio, en plaza de superior categoría, al tercer tercio.

El ya coronel Brotons es un hombre fuerte de la República y un gran estratega. Ya en el 6 de octubre de 1909, siendo aún teniente, fue dispuesto en Melilla, junto a otros 50 guardias civiles de infantería y 30 de caballería, para mantener el orden público en el interior de la plaza africana y evitar incidentes análogos a los ocurridos el día de la ocupación del Gurugú. Su hoja de servicio es impecable.

Pero dos cosas preocupan al coronel ese año: la defensa de Barcelona contra las tropas de Franco. Y Carmen, su sobrina. Ella está en Boltaña, pero no le gusta. Es un pueblo demasiado pequeño para las aspiraciones de una niña inteligente. Él se siente responsable de su cuidado desde que fallecieron sus padres. Y el coronel sabe que los nacionales acabarán entrando en el pueblo, porque en Boltaña no hay defensa. Fusilarán a hombres en juicios sumarísimos. Y solo Dios sabe qué harán con las mujeres. Carmen tiene 14 años, pero despunta que será una mujer muy atractiva. Es más alta que las niñas de su edad y no puede ocultar que está bien dotada. Su tío piensa que quizá en Barcelona estará más segura, así que lo organiza para que la chica se vaya a vivir allí. Pero no con él, una comandancia de la guardia civil que sirve a la República no es un sitio seguro. No en esos años.

Llama por teléfono a un amigo de Boltaña. Fue policía en el pueblo, y sabe que ahora está en Barcelona. Es un conocido inspector de la brigada criminal. Se llama Agustín García Drago y está destinado en jefatura.

—¿Quién es?

—¿Agustín García? —consulta el coronel.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Brotons —le dice—. Paco Brotons —se familiariza con él.

—¡General! —exclama el policía al reconocer su voz—. ¡Qué alegría saber de usted!

—No me ascienda aún —sonríe—. Soy coronel —aclara—. Me gustaría hablar con usted.

—¿Por teléfono?

—Mmmm, mejor que no. —Sabe que no hay nada más sencillo que pinchar un teléfono de la brigada criminal y quizá allí todos los teléfonos estén pinchados—. Si tiene un instante podemos quedar en un bar.

—Sí, por supuesto —acepta—. Hay uno en el número 15 de Vía Layetana, cerca de jefatura, donde podemos tomar un café mejor que el que sirven en cualquier cafetería de las Ramblas.

Los dos hombres quedan en el bar, llegando primero el inspector de policía, por ser el que más cerca está de la dirección donde se citan. Cuando llega, Agustín García no se espera en la puerta, sino que accede al interior ocupando una de las dos mesas que aún están libres. Un gigantesco cartel anuncia «Cafés de Brasil por toda España» con un enorme titular: *“Exigid los cafés del Brasil, son los más finos y aromáticos”*. García piensa que con esa propaganda es imposible no resistirse a solicitar al camarero uno de esos sabrosos cafés.

En la mesa de enfrente hay una chica joven, calcula que no tendrá más de dieciocho años. Viste con decoro y su cabeza está adornada con un elegante sombrero de color rojo. Sobre la mesa, delante de ella, hay un periódico abierto. García puede ver a esa distancia como en la sección de anuncios hay un círculo rojo, con toda seguridad trazado con un rotulador. La chica llama al camarero y le entrega el dinero de la consumición. Al marcharse deja el diario sobre la mesa, el inspector piensa que será del bar, así que se levanta y lo coge para leerlo mientras espera a que llegue el coronel. El anuncio marcado en rojo reza:

*«SEÑORITAS Para dedicarse a la venta perfumería a sueldo y comisión necesitan Layetana, 15 de 6 a 8 tarde.»*

—Señor García —escucha que lo nombran a su espalda.

Se gira y se topa de bruces con la amplia sonrisa del coronel. En la puerta del bar distingue la silueta de dos uniformes, sabe que lo acompañan. Es el mes de junio de 1936 y la guerra está a punto de estallar. Un mando de la guardia civil

debe ir escoltado cuando viste de uniforme, y en esos días todos visten de uniforme.

—¿Qué se le ofrece, mí coronel? —lo saluda mientras se pone en pie y estrecha su fuerte mano.

Los dos se conocen de Boltaña, en Aragón. El inspector es más joven, pero Francisco Brotons lo recuerda perfectamente, como si no hubiera pasado el tiempo. Ahora son importantes. Uno dirige una brigada de investigación criminal, el otro la guardia civil que tiene que defender Barcelona de la entrada de los Nacionales. Uno servirá a quién gobierne, sea quién sea, porque los agentes de la Ley defienden la Ley, independientemente de quién mande. El otro servirá a la República, porque para él la República es el gobierno democráticamente establecido.

—¿Se acuerda de Carmen? —inquire.

—¿Su sobrina? Claro. Carmencita, como olvidarla. Es una chica preciosa y simpática. La recuerdo siempre sonriente. ¿Ha ocurrido algo?

—No —cabecea negativamente el guardia civil—. Ella está en el pueblo, en Boltaña. Vive allí con mi hermana.

—¿Encarna?

—La misma.

—¿Cuántos años tiene ya?

—Camino de quince.

—Una mujercita.

—Una niña atrapada en el cuerpo de una mujer —tuerce el gesto el coronel—. Carmen es alta y llamativa y quien la conoce cree que es mayor de lo que aparenta, pero yo sé que es una cría, porque piensa como una niña. No quiero que esté en el pueblo cuando lleguen esos salvajes. No quiero ni imaginarme lo que harían con ella si la vieran.

—Vamos, coronel, no sea exagerado. Tampoco creo que sea para sacar las cosas de madre —rebaja la tensión del militar.

—De la manera que habla, amigo Agustín, parece que sea simpatizante del bando nacional.

—No me ofenda, don Francisco. Soy un policía y solo sirvo al ciudadano. Pero hemos de ser realistas y conformarnos con que esta guerra la ganarán, si no la han ganado ya, ellos.

—Yo no pierdo la esperanza.

—Esa es la diferencia entre nosotros. Usted siempre será fiel a la República; aunque no exista. Yo seré fiel a quién gobierne, sea quién sea.

—¿Aunque sea un dictador?

—Aunque lo sea. Dirija quien dirija, el país debe continuar. Aquí viven

personas y debemos darles amparo —esgrime el policía—. Francamente le tengo que decir que al principio, tras el fracaso del golpe de Estado de Mola, percibí la situación claramente favorable a la República.

Un camarero los interrumpe y les pregunta qué desean tomar.

—Un café solo —pide el militar.

—Lo mismo —repite el policía.

El camarero se aleja recogiendo dos tazas de la mesa de al lado, que coloca en su mano izquierda, y con la derecha pasa una bayeta húmeda dejando la mesa preparada para el siguiente cliente que se sienta.

—La República —sigue hablando el policía, pero esta vez bajando la voz para que los pocos clientes del bar no puedan escucharlo—, hasta hace un año controlaba más de la mitad de la superficie del territorio nacional y cerca de catorce millones de habitantes, frente a los algo más de diez millones que había en la zona de los sublevados. Disponía de la industria, incluidas las tres zonas mineras más importantes de España, como son Cataluña, el País Vasco y Asturias. Buena parte de la agricultura, entre un tercio y la mitad, incluyendo los cultivos más rentables y competitivos del Mediterráneo. ¿Sabe usted que las Bolsas de Valores están en territorio republicano, así como los dos tercios de las oficinas bancarias y de las cajas de ahorros, donde se generan las tres cuartas partes de los recursos captados por el sistema financiero? —El coronel balancea la cabeza negando—. La República dispone también del Banco de España y de sus inmensas reservas en oro. Y, además, domina las comunicaciones, ya que los principales puertos marítimos y la mayor parte de la flota mercante sigue en su poder. ¿Se da cuenta, señor Brotons? Todo apunta a que son ustedes los que ganarán la guerra.

El coronel se siente incómodo, el inspector García le habla como si fuesen oponentes. Y lo son, pero también son amigos de Boltaña, donde se habían conocido años antes. Allí, en aquel bar de Barcelona, no era necesario que manifestaran su disconformidad con el transcurso de la inminente guerra. Allí no hay bandos, solo hay personas.

—No le he citado para hablar de la guerra —interrumpe el coronel—. O sí, pero no de la que se avecina, sino la que me concierne a mí. A mi familia. —El camarero se acerca hasta ellos y posa dos tazas de café sobre la mesa—. Desde que falleciera mi hermano, que soy el responsable de lo que le ocurra a su hija. Quiero traer a Barcelona a Carmen, pero no quiero que viva conmigo —coge aire mientras habla—. Lucharé hasta el fin, pero debo reconocer que el ejército de Franco ganará la guerra porque tiene las tropas mejor entrenadas del ejército español y al poder económico y a la Iglesia católica de su lado. Además, los vientos internacionales soplan a su favor.

—Eres más rojo que Negrín —sonríe el inspector de policía. Brotons acepta la broma—. Pero estoy dispuesto a ayudarle en lo que esté en mi mano —se ofrece.

—¿Conoce alguna casa de familia bien donde ella pueda emplearse como asistente o lo que sea? No quiero limosnear, quiero que Carmen se pague con trabajo la ayuda que le puedan prestar.

—A ver, déjeme pensar. Conozco un matrimonio que vive en el barrio de Gracia. Me consta que son leales al bando nacional y el marido está bien relacionado, su sobrina estará protegida y segura.

—¿Podrá mediar por mí?

—Claro, no hay inconveniente. Viven en la calle Verdi y redactaré con gusto una carta de recomendación. Aunque habrá que esperar a que cumpla los dieciséis para que ese matrimonio pueda emplearla en su casa. Con menos de esa edad las autoridades no permitirán que esté como sirvienta; incluso denunciarían al matrimonio.

—¿Haría eso por mí?

—Ya le he dicho que sí, no se preocupe. Pero no solo por usted, coronel. Lo haré por Carmen, por Boltaña, por los viejos tiempos y porque en el futuro las cosas vuelvan a ser como antes.

—Usted tampoco cree que la derrota de la República sea algo bueno, ¿verdad?

—Las derrotas no son buenas para nadie. Siempre que hay una derrota, significa que hubo un vencedor. Y siempre que hay un vencedor, es porque queda un derrotado. Los derrotados son vengativos, porque no admiten su derrota. Y la rebelión constante de los derrotados obliga a que los vencedores sean crueles con ellos. ¿No sé si me entiende?

—Le entiendo bien, amigo Agustín. Lo que no entiendo es de qué bando está usted.

—Del bueno, coronel. Estoy del lado bueno.

Los dos hombres se despiden y quedan en reencontrarse cuando Carmen esté a punto de cumplir los dieciséis años. Entonces el inspector de policía entregará la carta de recomendación al matrimonio de la calle Verdi.

## Capítulo 17

En 1938 el ejército nacional entra en Boltaña y fusilan a muchos hombres, entre ellos a algunos parientes de Carmen Brotons, por lo que se asusta y adelanta su viaje a Barcelona, donde piensa que el ejército republicano contendrá al cada vez más creciente ejército nacional. En Barcelona estará bajo la protección de su tío. Pero el coronel, sabedor de los tiempos turbios que corren, y vaticinando una victoria de las fuerzas franquistas, le sugiere que el tiempo que permanezca en Barcelona se desvincule de su protectorado y media para que se emplee en una fábrica de cajas de cartón de Molins de Rei, en la calle Francisco Layret. Está convencido el coronel que, al trabajar en el extrarradio, ella estará más segura y lejos del bullicio del centro de una ciudad de la talla de Barcelona. Pero el dueño es un avaro que apenas le da 45 pesetas al mes.

—Acéptalo —le recomienda—. Aunque sea poco, tendrás un trabajo.

Durante los primeros meses, el sueldo se le va al completo en el alquiler de la pensión, por la que paga 40 pesetas al mes. Y es consciente de que tiene suerte de residir en Molins de Rei, porque en una pensión de la Rambla, como podía ser La France, hubiera tenido que pagar 150 pesetas al mes.

—Lo que te falte te lo doy yo —ofrece el coronel.

Entonces, Carmen solo tiene dieciséis años y avanza unas formas de belleza *hollywoodense* a caballo entre Joan Fontaine y June Marlowe.

Su tío recurre al policía de Boltaña y le recuerda el favor que le pidió dos años antes. Este le redacta, tal y como le prometió, una carta de recomendación que presenta en el piso del barrio de Gracia, en la calle Verdi, donde el señor Pedro Domenech Clariana la acoge sin hacer preguntas, porque en el año 1938 nadie hace preguntas. El policía de Boltaña, que luego se emplea en la brigada criminal de la jefatura de Barcelona, se llama Agustín García Drago, justo el mismo policía que en el año 1949 colabora en investigar su crimen, junto al notable comisario de la brigada criminal, Tomás Gil Llamas.

Para sorpresa de Carmen, en esa casa de la calle Verdi hay abundancia de productos que escasean en toda Barcelona, como los botes de leche condensada, que la Consejería Regidora de Abastos había previsto que llegara a todos los niños, pese a costar 2,50 pesetas el bote. La casa dispone de una abacería repleta de todos esos productos, sin que a los señores de la casa se les escuche

mencionar, en ningún momento, la palabra “restricción”. Pero comprueba, por otra parte, que no hacen ostentación de puertas hacia afuera del contenido de su despensa, ni ofrecen esos productos como comercio para ganar dinero. Sacos de harina de avena, a 0,77 pesetas kilo. Harina de algarroba a 0,67. Harina de habas a 0,90. Harina de maíz a una peseta. Pastas para sopa a 2,80 pesetas kilo. Y patatas a una peseta.

El matrimonio ronda los cincuenta años y no tienen hijos. Carmen sabe unas semanas después que tuvieron un hijo, pero murió cuatro años atrás en Marruecos, aunque quién le da esa información no le especifica cómo murió. Se lo dice, Isabel Perales, otra sirvienta de una de las casas del barrio con la que hace amistad. En esos años aún existe un falso romanticismo amparado en los conflictos bélicos que azotaron Europa y el norte de África. Cualquier muerte o desaparición no aclarada se achaca a la guerra. Además, desde el centro de Europa llegan constantemente noticias desalentadoras sobre los movimientos que está iniciando el gobierno Alemán en sus fronteras. Carmen lee en algún periódico local que en marzo de ese año, Hitler había presionado a Austria para la unificación con Alemania e incluso se atrevió a entrar en Viena con sus poderosas y numerosas tropas. El 16 de marzo de 1938, Londres, y en concreto la Cámara de los Lores, comienzan a debatir sobre los últimos acontecimientos en Austria. Y, aunque no lo mencionan en los diarios, todo el mundo sabe que se está cocinando una gran guerra en Europa, que será, de llevarse a cabo, más devastadora que la de 1914. Hay quien dice que es probable que alcance a otros países fuera del continente europeo, lo que extendería la guerra al resto del mundo. Ramón Serrano Suñer, escribe en una columna del periódico:

*«En la guerra actual no caben espectadores ociosos, ya no hay pueblo alguno con personalidad histórica al que sea indiferente el resultado de esta contienda. Consideraciones especiales, pero nunca la indiferencia, son causa de que algunos se mantengan en estado de «no beligerancia». Y es que esta guerra, que pesa principalmente sobre Alemania, no puede ser considerada como una guerra de Alemania».*

Esos meses de angustia bélica, la vida en el piso de la calle Verdi transcurre ajena a lo que ocurre fuera. Una vez a la semana les visita Tomás, un chico del que nunca supo su apellido, a bordo de una bicicleta que porta un canasto de mimbre sobre el manillar. El primer día que se conocieron, el chico, con un alarde de hombría le ofreció un cigarro y Carmen lo rechazó. Hacía unos meses que la chica había probado a fumar, pero le disgustó porque el tabaco engañaba al olfato: olía bien, pero sabía mal.

Durante los primeros días, ese chico hace entrega a Carmen de huevos, jabón, leche fresca, lentejas y pan, ya que ella es la encargada de recoger los alimentos de la casa. Una vez los mete en la despensa, repasa la lista leyendo los productos y el precio en voz alta. Algo bueno habían de tener las enseñanzas de la tía Encarna, que cultivó a una mujer en los tiempos que les estaba vedado el conocimiento.

—¿Sabes leer?

—Claro —responde, presumida—. ¿Tú no?

—No lo necesito —rechaza orgulloso—. Mi padre dice que leer solo sirve para los libros. Y los libros solo dicen tonterías.

—No dicen tonterías —se enfada Carmen. En su voz aflora su verdadera edad, que está a caballo entre una niña y una mujer—. Los libros contienen la única verdad que nos hará libres.

—¿Dónde has aprendido a leer? ¿En la escuela?

—No, de donde vengo no hay escuela. Me enseñó mi tía.

—Yo también tengo un tío. Pero mi tío me enseñó a trabajar. Me dijo que trabajando se gana dinero, mientras que leyendo no creo que se gane nada.

El chico, un mozo de apenas veinte años de edad, tiene el brazo izquierdo más corto que el derecho y, además, lo mueve con dificultad, lo que, y así se lo confiesa a Carmen, le ayudó a librarse de la guerra, que ese año ya estaba a las puertas de Barcelona.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —coquetea con él.

—Es de nacimiento —responde.

Carmen observa como el brazo es normal en tamaño e incluso la mano de ambos brazos es idéntica en forma. Pero con una observación más prolongada se da cuenta de que la diferencia está en el hueso.

—Ya lo veo —le dice mientras el mozo saborea, o hace ver que saborea, un cigarrillo que se consume en sus labios—. Tienes el cúbito y el radio del brazo izquierdo más cortos que los mismos huesos del brazo derecho.

Carmen repara que la diferencia de longitud del brazo no afecta al húmero, pero sí que es prominente en el antebrazo. El chico, cuyos bíceps destacan por encima de una camiseta imperio que en tiempos debió ser blanca, pero que había perdido su color original a causa del sudor y la suciedad, se sorprende con las palabras que menciona la chica. Sobre todo porque recuerda que su madre, cuando él aún era muy pequeño, las había repetido tal cual en la consulta del médico en las diversas revisiones que le habían hecho buscando el origen de su malformación.

—¿Cúbito y Radio, has dicho?

—Sí —confirma Carmen—. Son los huesos que sostienen por dentro el brazo,

en la parte del antebrazo. Seguramente los tuyos son más cortos y de ahí la diferencia de longitud.

Tomás no sabe qué decir y no comprende cómo es que una vulgar sirvienta, que no tendría más años que él, ya que Carmen le engaña diciéndole que ya ha cumplido los dieciocho, puede conocer el nombre de los huesos del brazo. Y como hombre no tiene mejor ocurrencia que alardear sobre el tamaño, pero no del brazo, algo muy recurrente en los chicos de su edad.

—Uf —chasquea la lengua—. Menos mal que no se me ha encogido el hueso del... —le guiña un ojo mientras su cabeza se inclina hacia abajo.

Carmen sonrío, ya que le parece gracioso el comentario del repartidor. Pero no le dice que de bien pequeña la hermana de su padre le enseñó a leer y escribir, además de contar, por lo que conoce el precio de los productos que entran en la casa donde sirve. Y, teniendo en cuenta que de niña había vivido en un pueblo de Aragón donde no había nada, ni siquiera médico, era menester que las mujeres de la casa y los hombres del campo tuvieran conocimientos básicos de medicina, como era su caso. Es por eso que ella conoce los huesos internos de los brazos y de las piernas y de las costillas, para determinar y, en su caso, concretar una lesión y decidir si es grave o requiere reposo. Y tampoco le menciona al chico que su órgano sexual no tiene hueso, para no decepcionarle.

—Adiós —se despide—. Adiós, señorita Carmen...

—Broto —termina la frase del repartidor.

—Carmen Broto —suspira Tomás, la última vez que se vieron.

Esa tarde, la del miércoles 16 de marzo de 1938, la aviación legionaria italiana bombardea puntos estratégicos de Barcelona con el ánimo de amedrentar y desmoralizar al ejército rojo, pillando por sorpresa a Tomás cuando circulaba a bordo de su bicicleta de reparto por una calle aledaña del Ensanche. En la última conversación que mantuvo Carmen con él, había modificado levemente su apellido, pues pensó que llamarse Carmen Brotons la podía relacionar con su tío, por lo que decidió en mantener, a partir de entonces, que su nombre fuese Carmen Broto. Y así lo indicaría a cualquiera que se lo preguntara.

### **La Vanguardia. Martes 22 de marzo de 1938.**

*Los gobiernos británicos y francés han enviado una nota a los insurrectos españoles manifestando su horror ante los salvajes bombardeos de Barcelona. El Vaticano ha intervenido cerca de los facciosos insistiendo para que estos renuncien al bombardeo de la población civil. Los gobiernos británico y francés declaran los bombardeos fascistas contrarios al derecho de gentes.*

## Capítulo 18

Los días pasan en la casa de la calle Verdi, como si la inminente guerra fuese ajena a Carmen. La chica se siente como si dentro de aquella casa se hallara como en un búnker de hormigón en que nada, ni las bombas ni el hambre ni los saqueos ni la pobreza, pudiera traspasar. Se halla como en esos cuentos de Alicia en el país de las maravillas donde siempre se está a salvo, porque todo es una fantasía. En esa casa el mundo es de color rosa y está protegida de cualquier calamidad que hubiese fuera y la despensa contiene alimentos suficientes como para resistir varios meses sin necesidad de salir a la calle.

Pero pese a la opulencia que se respira, Carmen trabaja muchas horas a cambio de un sueldo modesto. Le pagan 60 pesetas al mes, bastante más que en la fábrica de cajas de cartón, pero mucho menos de lo necesario para una chica de su edad, y sola. Esa cantidad se corresponde con la establecida como sueldo mínimo por la Comisión Mixta del Trabajo en el Comercio de Barcelona del año 1920. Y ya habían pasado dieciocho años desde entonces. Pero lo que valía para 1920 ya no servía para 1938. Se lo había dicho su tío hacía unos meses y recordaba haberlo leído en La Vanguardia, periódico que llegaba cada día a la casa y cuyos números atrasados almacenaban como plataforma para cubrir el suelo recién fregado.

Ese día termina de fregar el salón y extiende varias hojas del diario, comprobando que se corresponden con el 20 de mayo de 1937, un año antes. Allí hay escrito un Manifiesto de La Naval, un sindicato marítimo del puerto de Barcelona que aboga por la reorganización de los servicios marítimos y la nacionalización de la flota mercante. Entre sus propuestas destaca la de un sueldo mínimo de 300 pesetas, donde se incluye un plus de guerra. A Carmen le parece indignante que ella trabaje todo el día en esa casa por tan solo 60 pesetas al mes, cuando un marino cobra cinco veces más, por lo que se convence de que esa familia la engaña.

A finales de 1938, el señor Domenech le aconseja que no salga de la casa nada más que para lo estrictamente necesario. Y que no se aleje del barrio de Gracia, en el caso de que no le quede más remedio que salir a la calle. Los rumores de los altercados en la zona del Ensanche son cada vez más comentados. Los repartidores de alimentos y de prensa ya no vienen a diario y hay días en que es la propia Carmen la que tiene que ir a buscar algún encargo a alguno de los

colmados de la calle Torrente de la Olla, a pocos metros de donde viven ellos. En el trayecto suele detenerse ante una perfumería cuyo escaparate le atrae como una trampa pantanosa de la que no pueda zafarse; aunque lo intente. En el cartel colgado en la puerta hay escrito:

*«El más fijo y delicioso lápiz de los labios se lo ofrece “Dorothy Gray”, por 17 pesetas».*

—Ojalá me sobraran 17 pesetas para pintarme los labios, como Dorothy — musita cada vez que pasa ante la puerta y observa el cartel.

Comienza a pasar por delante de esa perfumería dos veces por semana, cada vez que el señor Domenech la envía a buscar tabaco, diarios o pan. Comprueba como cada semana cambian el cartel de la puerta por uno distinto:

*Dorothy Gray informa que una de las mejores especialistas de sus salones de París, Mademoiselle Arion, recibe en el Instituto de Belleza de Sociedad Anónima Vidal-Ribas, en la Rambla San José, número 1, donde efectuará demostraciones prácticas sin compromiso.*

Le parece increíble que con la guerra a las puertas de Barcelona, el glamour norteamericano se haya colado por una rendija en las calles de una ciudad que se muestra más sucia cada día. Esos escaparates son para ella como una ventana por la que ansía introducirse. Es como la pantalla de un cine, donde los actores se mantienen eternos. La felicidad de los sueños materializada en una secuencia de imágenes con sonido. Un escaparate inalcanzable.

Se sienta en un banco de piedra que hay frente a la perfumería. Desde allí se recrea avizorando la puerta de entrada. Analiza a las mujeres que acceden en compañía de sus maridos. Los elegantes vestidos de color café. Las faldas tubo que disimulan la carencia de medias. La guerra acabará con muchas cosas, pero sobre todo con la seda y el nailon. Portan sus largas cabelleras recogidas en peinados ondulados que rematan con diademas y horquillas. Y esos cabellos rubios que no pueden ocultar, aunque lo disimulen, que son teñidos.

A través del escaparate ve como esas mujeres hacen acopio de lápices para delinear sus labios rojos donde la marca Tangee monopoliza el mercado. Ojos grandes que arquean con pinzas en rituales prolongados frente al espejo. Guantes y perlas. Los hombres visten con elegantes chaquetas, que adquieren en los almacenes Jorba, sin saber que esos almacenes han recibido unos meses antes a soldados de la 43 División del Ejército Popular de la República. Una representación de esa División los visita para agradecer el donativo de una

biblioteca de mil volúmenes que entregan los trabajadores a la División.

Las últimas semanas de 1938 no son días de neutralidad, son días de decantarse hacia un lado o hacia otro. Los empresarios deben inclinarse y apostar al ganador, que cada vez está más claro quién va a ser. En esa época muchos comienzan a levantar el brazo en actos públicos. Y no por indignidad, sino por una cuestión de supervivencia. No solo se trata de sobrevivir a la guerra, sino a lo que venga después. Las guerras pasan, pero quedan los que las han organizado.

Carmen finge esperar a alguien delante de la perfumería, sentada en un gélido banco, mientras lee aventuras antiguas del Ratón Miguelín, publicadas años antes en el diario.

*Nuevo Producto «Dorothy Gray»: el «Masque Frappe», crema mascarilla, tónica, refrescante, que da belleza definitiva. La preferida por las «Stars» de Hollywood. Pida el tarro, a 20 pesetas en: Sociedad Anónima Vidalribas, calle Hospital, número 2.*

Todos los anuncios de la parte alta de Barcelona remiten a la parte baja de la ciudad, en la zona del Ensanche, donde está prohibido circular por el miedo a los bombardeos. Y mientras los bombardeos prosiguen, una nota del Ministro de Gobernación indica los proyectos futuros para la República.

*«Lograr que la República, al triunfar, tenga el crédito moral que a su victoria conviene».*

Ya nadie se cree esas salvas al vacío. Ya nadie se cree nada.

—Buenos días, señorita —la saluda un elegante señor, ataviado con una chaqueta negra y un sombrero.

Carmen lo mira con vergüenza. El señor se peina su largo bigote mientras contempla con disimulo forzado a su izquierda y a su derecha.

—Buenos días —responde sin moverse del banco.

En ese momento no sabe si debe ponerse en pie, saludar con algún gesto, sonreír o mentir y decir que está esperando a alguien.

—La llevo observando desde hace varios días —le dice—. Y veo que suele sentarse en este banco a leer el diario —señala con la barbilla un número atrasado donde ella lee las viñetas—. ¿Me permite que la acompañe? —consulta.

Ella cabecea asintiendo, sin musitar palabra alguna. En ese instante salen de la perfumería una pareja. El hombre lleva una caja en la mano con el logotipo de algún perfume, que a esa distancia es imposible distinguir, por ser de letras

pequeñas. El hombre debe rondar los sesenta años, aunque se le ve bien conservado, y la chica no tendrá más de treinta.

—No son marido y mujer —anota el extraño.

—¿No?

—No. Los conozco —dice con suficiencia—. Él es un industrial del sector textil. Tiene varias fábricas con muchos empleados. Ella —baja la voz porque la pareja camina por la acera de enfrente y no quiere que lo oigan—, es una dama de compañía.

Es la primera vez que Carmen escucha esa expresión para referirse a una mujer:

«Mujer de compañía».

—¿Una prostituta? —dice despacio, como temiendo alguna reacción airada de su interlocutor.

El hombre apoya las dos manos sobre el bastón que le sostiene y sonríe por debajo de su poblado mostacho.

—¿Has oído hablar de los *Meublé*?

Carmen balancea la cabeza negando. Comienza a sentirse incómoda, pero al mismo tiempo es incapaz de rechazar la compañía de aquel intruso que le hace preguntas extrañas.

—¿Sabrás qué es un estraperlista? —pregunta a continuación.

—Creo que ya es tarde y debo marcharme —se excusa poniéndose en pie.

—Vaya, eres realmente una mujercita muy alta —dice con admiración.

—El señor en la casa donde trabajo estará preocupado por mi ausencia.

—¿Dónde trabajas?

—En la calle Verdi.

—Está aquí al lado —resopla—. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El hombre para el que trabajas.

—No solo trabajo para él, es una familia. Los señores Domenech —dice.

—Ah, el bueno de Pedro Domenech —sonríe afable—. Lo conozco —afirma pletórico—. No le importará que llegues un poco más tarde. Espera aquí un instante, enseguida regreso. Quiero hacerte un regalo en prueba de nuestra amistad.

## Capítulo 19

El hombre cruza la calle cojeando. Carmen se percata de que arrastra el pie derecho ligeramente, de ahí la necesidad del bastón. Por sus modales, su edad, y su forma de hablar, tiene la impresión de que es un mando del ejército, ya retirado, posiblemente, a causa de heridas de guerra.

Mientras espera, unos soldados pasan por la calle a bordo de un vehículo militar. El copiloto, sin ningún tipo de pudor ni educación, profiere unas palabras malsonantes

—Niña, mira lo que tengo aquí para ti.

Los demás soldados se ríen.

En ese instante piensa que quizá no ha sido tan buena idea sentarse en ese banco. Se siente desprotegida y desvalida y reconoce un cierto temor a estar sola en manos de esos soldados. Algo de lo que ya su tío la había prevenido que ocurriría en el caso de que se hubiera quedado en Boltaña.

«La guerra no solo crea enemigos, sino que forja bestias», le dijo.

—Veo que sigues aquí —le dice el desconocido cuando sale de la perfumería y cruza la calle para reencontrarse con ella. —Carmen cabecea, pero tampoco dice nada—. ¡Ten! —alarga el brazo que tiene libre de sujetar el bastón—. Esto es para ti.

Le entrega un paquete envuelto. Carmen lo apresa con sus dos manos, temiendo que se caiga al suelo. No quiere que, sea lo que sea lo que aquel señor le entrega, acabe rompiéndose por una torpeza suya.

—¡Ábrelo! —conmina.

Carmen coloca el paquete con cuidado sobre la parte que queda libre del banco de piedra y deslía la cinta que lo recubre. Al desvelar el interior se queda sorprendida. Se trata de un fino y delicioso lápiz de labios de la marca *Dorothy Gray*, cuyo precio de 17 pesetas figura en una etiqueta.

—Gracias —le dice—. Pero no lo puedo aceptar, señor. Es demasiado caro.

El hombre muestra enojo.

—Es de muy mala educación rechazar un regalo —expele—. Haz lo que quieras con él, pero debes aceptarlo.

Carmen teme una represalia por parte del desconocido, por lo que opta por asentir y acepta el regalo. Luego, con el lápiz de labios entre sus dedos, lo mira a los ojos. Quiere preguntarle por qué le hace aquel regalo y qué contrapartida le

va a solicitar. Los mofletes de la chica se amoratan cuando concibe lo que aquel hombre le puede pedir.

—No soy una prostituta —suelta sin pensar demasiado.

El hombre abre los ojos y contrae el rictus. Luego bosqueja una sonrisa en sus labios para liberar una sonora carcajada que retumba en toda la calle Torrente de la Olla.

—Una prostituta, querida niña —le dice—, es una mujer de malvivir que se acoda en las barras de los locales de moda nocturnos a la espera de algún estraperlista eufórico que tenga muchas ganas de dejarse una indecente cantidad de dinero en conmemorar el cierre de algún jugoso negocio. Una vez contactan, los dos quedan en un discreto Meublé donde consuman la relación. Y el negocio —añade—. Tú, evidentemente, no eres una prostituta. Ni pretendo con mi obsequio hacer que lo seas.

Carmen no dice nada y se produce un silencio incómodo. Durante unos largos segundos, que se convierten en un minuto, el silencio se apodera de la calle. Incluso parece que no se escuchan los coches ni las risas de las mujeres que surgen de las perfumerías. Solo se oye el latido del corazón de una adolescente que se asoma al mundo. Al de verdad, no al de los cuentos ni al del cine.

—Entonces, ¿por qué me hace usted este regalo? —pregunta sin soltar el lápiz de labios que apresa en su mano.

—No todos los ricos requieren los servicios de prostitutas. Hay que conservar el estatus, porque las apariencias hoy día lo son todo. No solo hay que ser, sino demostrar que se es —hace un juego de palabras que a Carmen le cuesta entender—. Cualquier hombre que se precie debe tener como mínimo una esposa y una querida. Si un hombre puede mantener a dos mujeres, demostrará sin ningún tipo de duda que es un hombre de posibilidades. Una mujer de compañía no es una prostituta ni una amante ni una querida ni una sirvienta ni una mantenida —coge aire al terminar de hablar, produciendo un sonido estentóreo con la garganta—. Una mujer de compañía es un intercambio comercial y beneficia a ambas partes.

—...

—Sí, no me mires así, niña tonta. La mujer de compañía es una mujer de confianza que acompaña al hombre aportando estatus e imagen, interviene incluso en sus trapicheos, ayudándole a establecer nuevos y mejorados contactos influyentes que colaboran en sus negocios. A cambio, el hombre la compensa montándole un piso y pasándole una cantidad mensual por sus servicios. Llamémosle sueldo, si así lo entiendes mejor.

—Tengo que irme, lo siento —se disculpa—. Me estarán esperando en la casa donde sirvo. Tenga —extiende la mano con el pintalabios al final de sus dedos

—. Esto es suyo.

—No me has entendido —le dice—. No quiero una prostituta. No eres una prostituta. Lo que quiero, lo que necesito, es una mujer. Una mujer que comparta mi riqueza, mi ocio y, sobre todo, mi compañía.

Carmen agacha la cabeza sin decir nada. Espera a que ese hombre odioso se ausente, para correr al piso de la calle Verdi, donde planea no salir más hasta que el ejército republicano barra a todos los miserables como ese de la ciudad. Se imagina a ella misma contándole lo sucedido a su tío, y luego ve al coronel descerrajando un tiro en la cabeza de ese hombre codicioso que la acecha.

—Ya nos veremos de nuevo —amenaza—. Quédate ese lápiz de labios y aprende a usarlo. Estoy seguro de que esos labios tienen que devorar a muchos hombres. Nos veremos cuando tengas la edad suficiente para entender que las chicas que son como tú no pueden aspirar a más de lo que te estoy ofreciendo. Y date prisa, mocosa, pues cuando envejecas ya ni para eso servirás.

El hombre echa a caminar hacia la perfumería cruzando la calle de nuevo. En ese momento vuelve a pasar el coche militar con los soldados a bordo.

—¡Hermosa! —grita uno de ellos—. Píntate con ese pintalabios.

Los militares, distraídos con la chica que sostiene en su mano el lápiz de labios y esperando a que fuese a utilizarlo, no se percatan del hombre que cruza y le pasan por encima con las cuatro ruedas.

La calle se llena de gritos de las señoras que salen de las perfumerías. Unos hombres corren en dirección al accidente. Los brazos extendidos, como si quisieran hacer algo, pero ya no hay nada que hacer. Aquel extraño sucumbe bajo las ruedas del vehículo militar que lo arrastró varios metros, volteándolo y convirtiéndolo en un amasijo de vísceras irreconocible. La calle se tiñe de rojo. Los soldados se bajan del vehículo. El conductor tiene la cara desencajada, no se explica qué ha ocurrido. Ninguno de los soldados se lo explica.

—Hay que avisar al capitán —menciona el copiloto.

Carmen recoge el paquete, mete el lápiz de labios dentro y se encamina, despacio, hacia la calle Verdi. Ese día todavía tiene de preparar la comida de los señores Domenech.

## Capítulo 20

—¿Sabes que eres una mujer muy bella? —pregunta Domenech, cuando ella retira los platos del salón.

Se atreve a efectuar ese comentario porque Carmen y él están solos, ya que su esposa, Rosario, se ha marchado al piso de unas amigas con las que se reúne una vez a la semana para jugar a las cartas.

—Gracias —responde visiblemente avergonzada.

Él la sigue hasta la cocina, donde ella retira los cubiertos y se dispone a lavar la vajilla.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta arrugando los labios, como si quisiera simular una deshonestidad que ella percibe como asquerosa.

—Dieciocho.

Carmen no puede decir la verdad entonces, porque desde que se empleó en la casa había mantenido que esa era su edad. En la carta de recomendación del policía amigo de su tío, no indica cuántos años tiene. Y ella mantiene esa edad porque tener dieciocho años la dota de una mayoría que la hace menos vulnerable.

—Pareces más joven —anota, mientras sus manos se posan sobre sus muslos y comprueba que son fuertes y lisos.

Le arremanga ligeramente la falda del uniforme. Afloran unas nalgas blanquecinas que lo excitan y resbala la mano por su pierna esperando a que ella lo rechace. Pero Carmen no dice nada, si bien tiembla ligeramente por la incomodidad y brusquedad de la situación. La cocina se empapa de olor a *Floïd* y ese temblor es malinterpretado por Domenech; lo concibe como un atisbo de lujuria por parte de la chica. Los amos imaginan a las sirvientas como objetos sexuales que forman parte del conjunto de su propiedad y creen que lo que a ellos les excita, también sirve como calentura para ellas.

—Sigue con lo que estabas haciendo —ordena.

—¿Perdón?

—Sí, que sigas con lo que hacías.

Carmen le da la espalda y se dispone a lavar los cubiertos y los platos. Mientras lo hace escucha un gemido que no comprende al principio, por lo que cree que al señor Domenech le ocurre algo extraño. Se gira y mira de reojo, asustándose cuando ve que el dueño de la casa se ha sentado en una de las sillas

de la cocina y, con el pantalón bajado, desliza su mano sobre su miembro, parcialmente erecto, mientras la observa con ojos depravados.

—Dios mío —exclama perpleja por la escena.

—¡Calla! Y sigue con lo que estabas haciendo.

Confusa, se gira de nuevo dándole la espalda y comienza a resbalar el estropajo de aluminio por la sartén.

—Dame ese trapo —le dice cuando acaba con lo que estaba haciendo.

Ella le entrega en mano un trapo de cocina y él lo utiliza para limpiarse los restos de su depravación.

Carmen comprende que le excita la escena de ella de espaldas, con el vestido de sirvienta, mezclada con el ruido del estropajo frotando la sartén.

Unos policías andan haciendo preguntas por el barrio acerca de un accidente de tráfico que hubo en la calle Torrente de la Olla. Un testigo al que toman declaración cuenta que momentos antes del atropello vio como el teniente que falleció en el fatídico accidente, un miembro destacado de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista), se despedía de una muchacha muy joven que estaba sentada en un banco de piedra frente a una perfumería. La policía indaga entre los vecinos de las calles aledañas por si alguien pudiera dar razón de esa señorita. No la conciben como culpable, pero sí que quieren escuchar su testimonio para aclarar el suceso.

Nadie del barrio dice saber nada ni del suceso ni de la chica y en unos días los agentes se olvidan del asunto, calificando el atropello de accidente fortuito.

Carmen, alertada por lo peligroso que es salir a la calle en esos días de conflicto, decide, en las ocasiones que tiene que ir a comprar, limitarse al recorrido estricto entre la casa de la calle Verdi y los comercios de Torrente de la Olla. En esta última calle no se detiene más de lo estrictamente necesario, pues aún persiste el recuerdo del desgraciado tropiezo con el hombre que pereció atropellado y de cuya conversación con él salió escaldada. Sale de la casa, camina en línea recta sin pararse a hablar con nadie y regresa en cuanto concluye los encargos.

En esos días comienza a teñirse el pelo de un rubio más claro para disimular su aspecto. No quiere que la relacionen con ese hombre que atropellaron en la calle. Se entera de que era un militar retirado. Y la muerte de un militar se investiga durante más tiempo que la de un cualquiera. Está tentada en visitar a su tío y contarle el suceso, pero el coronel tiene muchos líos que lo atolondran en esos días y ya convinieron que se verían más adelante, pero no en Barcelona. Él no quiere que nadie los vea juntos.

Una tarde, después de cenar, y siendo aún muy pronto, le da por pintarse los labios con el lápiz que le regaló aquel desconocido. Es la primera vez que utiliza un producto de cosmética, pero en el espejo de su aseo se contempla como una mujer atractiva. Ciertamente, el color rojo de aquel lápiz realza sus labios agrandándolos por la sombra que proyecta sobre ellos.

No se acuerda de limpiarse y es visible cuando después de cenar Domenech, ella recoge la mesa. Ese día él cena solo, ya que su mujer está ausente, por motivos que desconoce.

—Hoy estás especialmente guapa —le dice, cuando la asalta en la cocina.

Se interpone entre la mesa y la pila de piedra donde lava los platos, lo que dificulta que Carmen pueda seguir caminando. Él la mira directamente a los labios, como si quisiera descubrir por qué esa noche la ve tan guapa, pero al parecer no atina a distinguir el motivo. No repara en que tiene el pelo más rubio y los labios más rojos. La mezcla del rojo y el amarillo quizá le recuerdan a la bandera española. Posiblemente la botella de *Raymat* vacía tiene mucho que ver en su reacción confusa y revestida de un patetismo que no percibe hasta entonces la chica. Es la primera vez que Carmen lo ve borracho.

—Gracias, señor —le dice—. Si me permite voy a limpiar la vajilla.

—Claro, claro —refunfuña—. Limpia la vajilla que está sucia, pero hazlo con el estropajo de aluminio —suplica.

Por algún motivo que Carmen no alcanza a comprender, el sonido del estropajo con la sartén le produce una excitación inexplicable.

Ella se gira y comienza a limpiar las sartenes, mientras él le arremanga la falda desde atrás y, sin contemplaciones, le baja las bragas hasta los tobillos. Carmen abre los ojos de par en par y sabe en ese instante que va a ser violada, lo que le produce una parálisis incomprensible. Está allí, en la cocina de la casa donde sirve, con el dueño de la misma, solos los dos y sin más defensa que alguno de los cuchillos de la pila de piedra. Su instinto de supervivencia le dice que debe coger uno de aquellos cuchillos de cocina de acero forjado y clavárselo con todas sus fuerzas en el pecho. Es sencillo. Tan sencillo como los terneros que mataba su tía Encarna en Guaso, cuando ella era pequeña.

Anulada totalmente, comienza a restregar la sartén con el estropajo de aluminio. No se gira para no enfurecerlo. Incluso llega a pensar que si lo hace, la golpeará. Siente como se baja los pantalones, los tirantes que los aguantan le rozan la espalda, pero sigue sin musitar palabra alguna y sigue restregando el estropajo.

Hay unos instantes de murmullos, que se transforman en maldiciones en voz alta.

—La madre que parió al tren —escucha.

El hombre intenta introducir su miembro flácido en el sexo de Carmen, y cuanto más lo intenta más flácido se le pone. La chica permanece completamente paralizada, sin capacidad de reacción. Pero él está tan borracho que le es imposible mantener una erección aceptable para consumir la penetración, algo que ella agradece, porque hasta ese día aún no había mantenido relaciones sexuales con ningún chico y rechaza que la primera tenga que ser con aquel hombre tan repulsivo.

—Vamos, vamos —murmura.

Siente como se roza con ella y espera, como le había contado un chico en el pueblo cuando ella tenía doce años, a que la penetre. No sabe si le va a doler o no. Ni siquiera sabe si será placentero o desagradable. Pero lo que sí sabe es que le están entrando arcadas de sentir como aquel asqueroso barrigón puja por penetrarla desde la parte de atrás.

—Sigue frotando, guarra —exhala de improviso, como si esa expresión le excitara.

De repente, y para su sorpresa, siente como un líquido viscoso le resbala por la pierna derecha. El hombre eyacula sin ni siquiera penetrarla, cuando consume su excitación con el solo roce de su miembro en los apretados y lisos muslos de Carmen. Él se retira un metro hacia atrás y, sin decir nada, se sube los pantalones y sale de la cocina. Cuando se queda sola rompe a llorar de impotencia. Y de rabia.

## Capítulo 21

Por la noche, siendo las diez aproximadamente, Rosario regresa de dónde quiera que hubiera ido. Domenech se ha dormido en el sofá del salón y Carmen se sienta en su cuarto a leer la prensa de días anteriores. En agosto de 1938 los diarios se esfuerzan en mostrar la cara más positiva de la guerra.

*El pueblo español está ofreciendo un ejemplo por completo inédito en la historia de todos los pueblos. Jamás un país en guerra se había preocupado del avance de la cultura; antes por el contrario, toda lucha, toda guerra, apenas iniciada hundía a las gentes en la barbarie y significaba un retroceso, no ya de años, sino de siglos, en el ritmo cultural de la nación... Pero esta guerra, nuestra guerra, tiene especiales características que señalan a la República española un camino y una meta. Nuestra lucha es, justamente, una lucha a muerte con la barbarie y el retrogradismo, y no puede, por lo tanto, realizarse si no es aunando el ansia de libertad e independencia con el anhelo de progreso y cultura... En nuestra guerra se lucha por el pan, pero también por el saber al alcance de todos; por un reparto más justo, no solo de bienes materiales, sino también de riquezas del espíritu.* Diario La Vanguardia, 11 de agosto de 1938.

—¿Ha cenado bien el señor? —le pregunta a Carmen, abriendo ligeramente la puerta de su cuarto para que ella pueda escucharla.

—Sí, señora. Ha cenado muy bien.

La señora Domenech es una mujer fea. Su estatura no sobrepasa el metro cuarenta y cinco, rechoncha, de brazos gruesos y bigote que trata de disimular depilándolo casi a diario con unas pinzas. A pesar del dinero que tiene Rosario, adquiere todos los productos en las rebajas de los almacenes Los Alemanes. Carmen la llegó a ver salir un día de diario por la mañana y regresar al mediodía con una bolsa llena de esponjas de goma, limas para uñas, navajas de afeitar para su esposo, cepillos de dientes, cepillo para la cabeza y un termo para el café. Y por todo pagó 10 pesetas, a lo sumo.

Pero pese a su aspecto y su racanería exacerbada, es una mujer amable.

—¿Y tú cómo estás? —se interesa.

Carmen medita si decirle a la señora lo que ocurrió en la cocina esa tarde. Valora que quizá si ella se entera de lo que su marido ha hecho, le monte una

escena y él cese en su acoso, que se incrementa conforme pasan los días.

—Bien —responde sin mucho interés.

La señora se da cuenta de que algo ocurre. Percibe a la chica más triste que otros días.

—¿Te has teñido el pelo?

—Sí.

—Y también te has pintado los labios.

—Sí. Es usted muy observadora.

Rosario se quita la chaqueta.

—Espera —le dice—. Voy a dejar la chaqueta en la habitación de matrimonio, quiero hablar contigo.

Carmen se asusta, se siente como la protagonista de un folletín. La intriga le corroe porque es la primera vez, en el tiempo que lleva trabajando en la casa de la calle Verdi, que la señora quiere hablar con ella. Y justo el mismo día que su marido la asaltó en la cocina.

—He comprobado que el señor duerme en el salón. Seguramente, como acostumbra a ocurrir con demasiada frecuencia últimamente, ha bebido en exceso —dice cuando regresa a la puerta de la habitación de Carmen—. Quería decirte una cosa, que quizá no es de mi incumbencia. Pero me encuentro en el deber de hacerlo, porque te aprecio. —Carmen abre los ojos de par en par—. Esta mañana, al salir a la calle, he pasado por una perfumería que hay en la calle Torrente de la Olla, donde tengo mucha amistad desde hace años. Me han contado que hace unos días hubo un atropello en la calle, donde falleció un militar retirado. La perfumera me ha dicho que recuerda que ese militar estuvo hablando contigo unos minutos antes de que lo atropellaran.

—Se lo puedo explicar.

—Espero tu explicación antes de entregarte a las autoridades —amenaza—. Lo iba a hacer esta tarde, cuando me he cruzado a una patrulla de la policía en la calle. Pero prefiero darte una oportunidad y escuchar lo que tengas que decirme al respecto.

—No soy una puta —profiere con enfado—. Si es a eso a lo que se refiere. A ese señor no lo había visto en mi vida. Se lo puedo asegurar.

—¿Y por qué hablabas con él?

—Yo estaba sentada en el banco de piedra que hay enfrente y fue el señor el que vino en mi búsqueda. Supongo que buscando conversación. U otras cosas peores, que es mejor no mentar.

—¿En el banco de piedra, dices? ¿Y qué hacías allí sentada? ¿Esperabas a alguien?

—No, señora. Me senté algún día porque me gustaba oler el perfume de la

perfumería que hay enfrente. Cada vez que abren esa puerta es como si una ventana de aire puro limpiara las calles.

Rosario sonrío, confía en que las palabras de Carmen son sinceras.

—¿Y entonces no lo conocías? —insiste.

—No, señora. Ni siquiera sé cómo se llama. Se llamaba, quiero decir. Me regaló un pintalabios, pero no lo quise aceptar. Entonces el hombre se enfadó y me dijo que los regalos había que aceptarlos, que para eso eran regalos. Lo cogí y él se despidió. Entonces, cuando cruzó la calle, fue cuando lo atropellaron.

—Te podías haber quedado hasta que llegase la policía, para poder testificar sobre lo ocurrido.

—Lo pensé, debe creerme. Pero en el momento del atropello yo no estaba mirando, pues ya me había puesto en pie e iniciado el recorrido hacía esta casa, por lo que no vi nada de lo sucedido. Mi testimonio hubiera sido inútil.

—Está bien, no te molesto más. Descansa.

Cuando Rosario se retira de la puerta de la habitación, Carmen se mete en la cama y apaga la luz. En unos cinco minutos ya ha conciliado el sueño.

El domingo siguiente, Domenech le hace entrega de 25 pesetas, diez más de las que le suele pagar a la semana, por lo que Carmen capta que es un pago por el servicio extra de la cocina. Pronto comprende que contentar a los hombres ricos es un modo de dejar atrás un pasado de privaciones.

Los meses siguientes, hasta que las tropas de Franco entran en Barcelona, sigue trabajando en la calle Verdi, acumulando dinero que no gasta de su sueldo de 100 pesetas al mes y permitiendo que el señor de la casa se masturbe en sus muslos, sin llegar a penetrarla; algo de lo que ya desistió.

Pese a todo, y a ese bienestar que supone pasajero, se siente sucia al equiparar su situación a la de las pajilleras de cine de barrio que masturban a los mutilados de guerra mientras ellos ven películas de *Joan Crawford* o de *Rita Hayworth*. El paso por esa casa donde sirve le induce a buscar el medio más rápido y fácil de llegar a poseer aquello que ve y desea, sin necesidad de cocinar, servir o limpiar.

Domenech comienza a hacerle regalos sin importancia, que él denomina ‘detalles’, pero en unas semanas acaba regalándole medias negras, camisones transparentes y combinaciones de raso, ligas con puntillas, bragas y sostenes. Y el único requisito exigible para mantener el sueldo de cien pesetas al mes consiste en que, cuando no estuviera Rosario, ella se paseara por la casa vestida de esa guisa.

El extraño hombre que murió atropellado en la calle Torrente de la Olla, fue quien abrió el melón de las posibilidades que ofrece una guerra en Barcelona a una mujer atractiva y deseable. Solo contaba dieciséis años, pero ya percibía las

miradas obscenas de los hombres. Era bella e irradiaba belleza. Cuatro años antes, en 1934, cuando Carmen tenía tan solo doce años, había enamorado perdidamente a los zagales de Boltaña. No fue un amor adulto, porque es bien sabido que el amor es un sentimiento que macera en el espíritu con el paso de los años. Un compañero de su calle le había dicho que lo de enamorarse es algo de personas mayores, que ellos, los muchachos, lo único que sentían era una pasión juvenil ligada al sexo. Pero lo que esos jóvenes de la preguerra sintieron por Carmen fue amor, puro amor adolescente. Les cautivó su belleza, su larga cabellera rubia y su mirada profunda. Una mirada que los traspasaba no como si quisiera bucear dentro de ellos, sino como si quisiera ver detrás. Carmen era lejanía, distancia, pero al mismo tiempo pasión. Todos esos muchachos que la vieron aquel día pasear por el pueblo, conservaron su recuerdo. Pensaron que ella quería apoderarse de sus almas. Quizá, años más tarde, regresaría para hacerlo.

## Capítulo 22

Con tan solo 26 años, el empresario Julio Muñoz Ramonet ya se había convertido en una leyenda viva de la Barcelona de 1938. Elegante, solía vestir con trajes de colores claros y corbatas oscuras, no le faltaba el sempiterno puro habano que apresa en su mano izquierda como si fuese un punzón dispuesto a agujerar el pecho de algún contrincante. Después de la guerra se acuñó una frase que los definía muy bien tanto a Julio, como a su hermano, Álvaro:

*“Después de Dios, los Muñoz”.*

El 26 de enero de 1939, cuando las vanguardias del cuerpo de ejército nacional y del cuerpo marroquí llegan hasta el Tibidabo, Julio Muñoz accede a un mundo de relaciones privilegiadas y organiza banquetes de lujo donde no se repara en gastos para honrar a los vencedores, en una ciudad donde se pasa hambre y carestía de productos de primera necesidad. Pero con la protección del régimen, el empresario multiplica su riqueza gracias al estraperlo y a los negocios corruptos. Ellos, los Muñoz Ramonet, forman parte de un amplio grupo de gente que no puede ser cuestionada, investigada o interrogada.

*«En el cielo manda Dios, y en la tierra, los Muñoz».*

En el mes de febrero de 1939, Pedro Domenech lo invita a tomar café en su piso de la calle Verdi. Solo faltan dos meses para el comunicado del general Francisco Franco dando fin a la guerra. Esa tarde, Rosario ha quedado con unas amigas y en la casa solo está Carmen. Domenech le solicita que prepare café, ya que vendrá, según le dice, un amigo suyo a pasar la tarde, con el que hablarán de negocios.

A las cuatro y media suena el timbre de la puerta y al abrir, Carmen se topa de bruces con Julio Muñoz, en la primera vez que los dos se ven. Muñoz, muy mujeriego, resbala sus ojos risueños por la magnífica y estilizada figura de la chica. Ella le reprocha su mirada de lascivia con una mirada antipática. A Muñoz le gusta su bravura y le guiña un ojo.

—¿Está Pedro? —le pregunta.

Carmen mira tras él y ve un lujoso y enorme automóvil aparcado. En algún

lugar de la calle suena una radio cuya musicalidad se entremezcla con los ladridos de los perros de las huertas cercanas. Dos mozalbetes, de ropas raídas y cuerpos desmedrados, se aproximan al coche y observan el interior con expresión de asombro. El invitado del señor Domenech los increpa.

—Eh, zagales —grita—. Salid de ahí o llamo a la policía.

Los niños se van corriendo calle abajo.

—Sígueme, señor...

—Llámame Julio —sonríe.

Carmen entorna la puerta de la calle, sin llegar a cerrarla del todo, y camina por el pasillo hasta el salón, donde les espera el dueño de la casa. Muñoz desliza su mirada desde atrás, encandilándose con el vestido azul oscuro de una pieza con el que va ataviada la chica, y que combinado con un delantal de color blanco y el lazo del mismo color, con el que recoge su larga cabellera rubia, le producen una excitación similar a la que siente cuando acude a alguna casa de citas.

—Ah, señor Muñoz —lo saluda el dueño de la casa cuando llegan al salón.

Domenech se pone en pie y estrecha su mano. Carmen se retira a la cocina a terminar de preparar el café, mientras que los hombres se quedan conversando y fumando sendos puros que cogen de una caja de madera con motivos tallados que hay sobre la mesa.

Carmen no conoce a Julio Muñoz, pero ha oído hablar de él en casa de los Domenech cuando otros hombres, que los visitaron semanas antes, lo mencionaron. Por lo visto el tal Muñoz es un boyante empresario de mucho dinero y pasión desmedida por la ostentación, mientras que la mayoría de la población barcelonesa malvive en la miseria. En las conversaciones que no puede evitar escuchar oye que la familia Muñoz exhibe el lujo conseguido con el estraperlo, los fraudes y la corrupción que aporta una guerra. Pero también comentan que Muñoz hace muchos favores que le reportan influencias, sobre todo en el bando nacional, que son los que están ganando la guerra. Así que llevarse bien con Julio Muñoz es más una cuestión de supervivencia que de simpatía. Al final una guerra se reduce a eso: a sobrevivir.

—Oye —le comenta Muñoz a Domenech, cuando se sientan en el salón—, ¿de dónde has sacado a esa chiquilla?

—Es Carmen —le dice—. Es una chica de un pueblo de Aragón. Un amigo común me dio buenas referencias de ella y la empleo en mi casa como sirvienta. Es buena chica.

—¿Cómo de buena? —se interesa, guiñándole un ojo.

—Oh, bueno, ya sé por dónde vas. Pero no es lo que piensas, es una chica decente.

Domenech no puede eludir que fue recomendada por un inspector de la brigada criminal.

—¿Decente, eh? —sonríe Muñoz, girando la cabeza hacia la cocina. En ese instante calcula, en un ejercicio comercial, como esa sirvienta se podría abrir paso como bailarina en el mundo de la farándula del Paralelo—. Esa belleza puede ser la estrella de locales como el Selecto o el Moderno —comenta.

La visión empresarial de Muñoz no tiene límites y todo lo que ve o toca se convierte de manera instantánea en dinero. Prueba de ello es que años más tarde sobrevive a un fusilamiento después de comprar a todo el pelotón para que hierre el tiro. Decían de él que cuando iba a los lavabos de los cabarés tenía la costumbre de vaciar una botella de «*Chanel N.º 5*», para que olieran bien. Incluso decían que la guardia urbana y municipal de Cataluña había hecho la vista gorda después de que atropellara a un peatón en la Rambla y este muriera por las heridas producidas en el accidente.

—La empleo en mi casa —le dice—, porque la recomendó un inspector de policía.

—¿Un inspector?

—Sí.

—¿Qué clase de inspector?

—Uno que conozco de la jefatura. Me entregó una carta de recomendación y me solicitó que ayudara a esa chica.

—¿Y qué interés tiene ese policía en ella?

Domenech se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero tampoco es de mi incumbencia. Solo sé que se conocen del pueblo y quiere ayudarla.

—Entiendo —dice antes de propinar una prolongada calada al puro que sostiene en su mano—. ¿Me dejas hablar con ella? A solas —incide.

—No conseguirás nada —reprocha Domenech—. Ella no es de esas —la defiende.

—¿Y cómo es? —consulta Muñoz con cierta prepotencia.

—Es inteligente. Sabe leer y escribir, además de contar. Tengo constancia de ello. Por otra parte, es buena conversadora.

—Has hablado con ella, ¿entiendo?

—No, lamentablemente. La relación entre patrón y trabajador debe mantenerse incólume —sonríe—. Pero la he escuchado hablar con otras personas, es inteligente y resuelta.

—Una mujer de compañía —murmura Muñoz, sin que Domenech pueda entenderlo.

—¿Cómo dices?

—Nada. Cosas más —rechaza dar explicaciones.

Domenech concierta una entrevista entre Carmen y Muñoz esa misma tarde. Muñoz muestra fascinación por esa joven de Boltaña, al mismo tiempo que percibe un futuro mejor del que tendrá en esa casa, haciendo cafés, cocinando y limpiando.

—Carmen, ¿tienes un momento?

—Sí, señor Domenech. ¿Qué desea?

—El señor Muñoz desea hablar contigo. A solas —agrega—. Os dejaré solos para que podáis conversar.

—Señor Domenech —lo mira con los mismos ojos de un cordero camino del matadero—. ¿Quién es ese hombre?

## Capítulo 23

En esos años se habló mucho de Julio Muñoz. Se contaba que encendía los puros habanos con billetes de mil pesetas, que en su casa siempre se comía a la carta y en vajilla de oro o que cuando viajaba en avión compraba todo el pasaje de primera clase y así viajaba solo con su séquito de mujeres de compañía.

—Es un hombre que te interesa conocer y llevarte bien con él —responde Domenech.

Carmen se adentra en el salón y se sitúa de pie al lado de la mesa, a la espera de una orden que surja de la boca del empresario. Muñoz la mira sonriendo y con la palma de su mano izquierda propina dos leves golpes sobre la parte del sofá que queda libre.

—Ven —le dice—. Siéntate aquí, a mi lado. No tengas miedo, no te voy a hacer nada. —Ella accede, nerviosa—. Si hay algo de lo que me vanaglorio —suspira retorciendo el puro en sus labios—, es de conocer a las mujeres. Pero no es por lo que puedas pensar, es porque trato mucho con vosotras. Os conozco. Os comprendo. Para mí las mujeres sois un pilar fundamental de nuestra sociedad. De la sociedad que estamos construyendo entre todos. ¿Qué esperas conseguir aquí? —mira alrededor mientras habla—. ¿En esta casa?

—No lo sé. No espero nada, la verdad.

—Barcelona es un paraíso de posibilidades para una mujer como tú. —Ella lo observa con suspicacia. Piensa que ese hombre la quiere como prostituta—. ¿Sabes lo que es una mujer de compañía?

Para su desgracia ya escuchó esa expresión anteriormente.

—Sí, lo sé. Pero yo no soy una mujer de compañía —se ofende.

—Está bien. Está bien —Muñoz no pierde la sonrisa—. Si necesitas cualquier cosa no dudes en contactar conmigo —le dice mientras le entrega una tarjeta de visita.

En la tarjeta están los datos de contacto:

Julio Muñoz Ramonet, la dirección y el teléfono. Al pie indica donde se confeccionó esa tarjeta: librería Castells, de Ronda Universidad, número 13. Teléfono 10374.

—Descuide, señor Muñoz, si alguna vez necesito algo le llamaré a este teléfono —dice aprisionando la tarjeta en su mano.

—Una chica como tú no merece trabajar en un lugar como este. Una chica

como tú no debería trabajar —concluye.

Muñoz es un lince para los negocios, no hay ninguna duda de ello. Alguien explicó en una ocasión que cuando necesitaba un crédito para llevar a término alguna operación comercial, lo primero que hacía era llamar directamente al director de la entidad financiera. El director, al reconocerlo, y dado el prestigio que lo avala, no duda en ponerse a su disposición, máxime cuando está convencido de que servir a un cliente de su talla beneficia no solo a la entidad financiera, sino a la consideración como gestor de la misma.

—Señor Muñoz, no sabe lo contentos que estamos de que usted haya confiado en nuestra entidad.

—Lo mismo le digo, señor director.

—Comprenderá, no obstante, que antes de concederle el crédito que solicita y, en virtud de lo elevado del mismo, nos vemos en la obligación financiera de certificar la solvencia de su empresa.

En esos años, antes de conseguir dinero había que demostrar que no se necesitaba. Los principios económicos no han cambiado, ni cambiarán nunca.

—Por supuesto. Estoy a su entera disposición, al igual que mi empresa.

Al llegar a la primera fábrica que tenían que inspeccionar para comprobar la solvencia del empresario, el director en persona, y el consejo de administración de la agencia bancaria, se quedan con la boca completamente abierta. La planta donde recaía la petición del crédito se halla llena hasta arriba de balas de algodón, una materia que en esos años va muy buscada a causa de la escasez de los cupos. Por lo visto, Muñoz no parece tener problemas en conseguir la cantidad que quiera.

Pero hay truco. Y el truco consiste en que esa misma mañana envió a varios de sus trabajadores a recoger todas las balas de algodón a un hangar del ejército con el que tiene buen trato, con instrucciones de que las trasladasen al almacén que tenían que revisar en primer lugar los enviados de la entidad financiera.

Finalizada la visita a la primera fábrica, el empresario convida a los expertos financieros a una comilona en el restaurante Siete Puertas. El ágape se alarga el tiempo necesario para que sus empleados trasladen las balas de algodón desde la fábrica visitada por la mañana a la que tienen que visitar por la tarde. Cuando después de la comilona, los representantes de la entidad comprueban que la segunda planta tiene la misma cantidad de material que la primera, se marchan convencidos de la liquidez de Muñoz. Consigue el crédito y la confianza de la entidad financiera, que nunca más volverá a dudar de la solvencia del empresario.



## Capítulo 24

El Consejo de Guerra contra los militares se inició el 27 de enero de 1939 con la detención del coronel Francisco Brotons. Y la sentencia no llegó hasta marzo, cuando condenaron a muerte al coronel y a los tenientes coroneles Lara Molina, Moreno Suero y Juan Aliaga Crespi, y al comandante Mariano Aznar Monfort, mientras que el comandante Espinosa Ortiz fue condenado a cadena perpetua. Todos por un delito de rebelión militar. El proceso seguido contra ellos se centró en la figura de Brotons Gómez y en su trayectoria desde que llega a Barcelona el 25 de junio de 1936, como jefe del Tercer Tercio, y el importante papel que tuvo entre los jefes de la guardia civil para posicionarse contra el alzamiento militar.

Destacan que su actuación durante los días 19 y 20 de julio de 1936 fue pasiva, permaneciendo en Gobernación y evitando enfrentamientos en la calle. Pero en septiembre fue nombrado jefe accidental de la Quinta Zona de Cataluña, hasta que un año después el Ministerio de Gobernación procede a su depuración, disponiendo que pasara a la situación de retirado por su deslealtad al régimen republicano.

Fue el 27 de enero de 1939, el día siguiente de la entrada de las tropas franquistas en Barcelona, cuando el coronel de la guardia civil acude a presentarse a las fuerzas de ocupación, siguiendo las órdenes que habían divulgado. En ese instante es detenido por Amado Sarasa Valdés, brigada del instituto armado. Las diligencias se practican con rapidez y se inician de forma inmediata, teniendo en consideración el testimonio de dos suboficiales que se presentaron a declarar contra Brotons en el mismo día de la detención. El tribunal consideró a los acusados como rojos-separatistas.

El 10 de marzo se celebra el consejo de guerra y se dicta la sentencia: pena de muerte para todos los jefes, excepto para el comandante Espinosa Ortiz, condenado a 30 años de reclusión mayor.

El delito de rebelión militar se juzga en juicios sumarísimos, denominados así por la claridad de los delitos que se juzgan. En la sala de casación del Palacio de Justicia se constituye el consejo de guerra de oficiales generales. Lo preside un general de brigada. Los vocales son en su mayoría generales de brigada, también, y coroneles. En representación del Ministerio Fiscal actúa un teniente coronel. Y tanto en defensa como en instructor relator, actúan dos alférez. El

consejo de guerra es abierto, por lo que puede asistir el público.

El procesado es conducido hasta la sala del consejo por varios números de la guardia civil. Toma asiento en el banquillo. Y comienza el consejo.

El relator da lectura del apuntamiento, muy nutrido, y a la prueba testifical, así como la declaración del acusado. Seguidamente se lee el informe del juez instructor.

A continuación el fiscal interroga al procesado. Seguidamente el desfile de testigos. Informe del fiscal. La defensa. Y la sentencia.

La ejecución se lleva a cabo la madrugada del 24 de marzo, poco después de que Franco diese el protocolario «enterado». La condena reposa en la tesis de que la guardia civil fue la responsable directa del fracaso del alzamiento en Cataluña y, en consecuencia, del estallido de la guerra civil.

Una semana después, Franco proclama:

*«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».*

Carmen se entera de la ejecución del coronel porque se lo dice una sirvienta de otra casa de la calle Verdi. Isabel es una atractiva andaluza de veinte años. Es agitanada, que no es lo mismo que gitana. Le gusta vestir de negro, pues dice que ese color disimula algún kilo que le sobra. Es alta como Carmen, el pelo casi siempre rematado con un moño, que no la afea, al contrario: la realza. Los dientes muy blancos, anacarados, llenos de encanto. Es la única persona que sabe que el coronel de la guardia civil es el tío de su amiga.

—Cascabelitos, mi niña —le dice—. Cocinando en casa de los señores escucho la radio. Hay consejos de guerra, sentencias y ejecuciones. No hablan de otra cosa. Qué ingrata es la vida —reflexiona—, juzgan por un delito de rebelión militar aquellos que fueron los rebeldes.

El padre de Isabel también fue guardia civil, pero murió mucho antes, en el 36, cuando formó parte de la columna de milicianos populares, guardias civiles y el ejército republicano, que partieron para Zaragoza con intención de reducir a los fascistas rebeldes. Se quedó sola, al igual que Carmen, pero no tuvo que cambiarse el apellido, ya que su padre solo fue un “número”.

—¿Sabes los nombres?

Sus ojos se van a un paquete de tabaco que tiene encima de la mesilla de noche. Hace poco que fuma y cree que hacerlo la tranquiliza. Alarga la mano y coge un cigarro sin boquilla.

—Todos no, pero he memorizado el que creo que te interesa.

—¿Brotons?

—Sí, Francisco Brotons Gómez —dice deprisa, como si temiera olvidarse del orden.

—Es mi tío —expulsa todo el aire que contienen sus pulmones, necesita espacio para llenarlo con el humo del cigarro que se introduce en los labios.

Carmen se siente desolada y llora con desesperación y desconsuelo. Sabe que nunca más podrá utilizar el apellido Brotons, por el peligro de que la relacionen con el coronel.

Isabel se sienta a su lado y le pasa un brazo por el hombro y la envuelve. Son brazos largos, fuertes, de mujer que ha trabajado en el campo. La besa en la cara.

—Lo siento, mi niña. No sabes cuanto lo siento.

—¿Qué ocurre ahí? —habla alguien desde la puerta del cuarto de Carmen.

—Nada, señora Rosario —rechaza dar explicaciones—. Estoy con Isabel, la sirvienta de la casa vecina —contiene el sollozo.

—No hagáis cosas malas —dice. Seguidamente se marcha.

—Estoy harta de este trabajo —protesta Carmen—. En cuanto tenga la menor oportunidad me marchó.

—¿Al pueblo?

—No. No creo. Allí no hay nada, todo lo que tengo está..., estaba aquí.

—Me tienes a mí —le coge la mano—. Nos tenemos las dos.

Se funden en un abrazo.

—Gracias, amiga.

—¿Irás al entierro?

—No sé si habrá entierro —deduce por la forma en que han ejecutado a su tío y a los otros guardias civiles que lo acompañaban—, pero en cualquier caso no puedo aparecer por allí. Desde hoy —coge aire—, desde ahora, ya no soy una Brotons. De serlo, mi vida corre peligro.

—Será nuestro secreto. Nadie lo sabrá, al menos por mi boca.

Carmen da una fuerte calada al cigarro que se consume en sus dedos. Tuerce la boca. Isabel se da cuenta de que algo le preocupa.

—¿Alguien más lo sabe?

—Sí. Un policía de mi pueblo que conoce a toda mi familia. Ahora está aquí, en Barcelona. Creo que en la Brigada Criminal.

—Bah —rechaza Isabel, sonriendo—. Igual ni se acuerda de ti.

—Sí que se acuerda, sí. Este trabajo que tengo ahora fue gracias a una carta de recomendación que le pidió mi tío como favor.

—¿Y por qué hizo eso?

—Estaba preocupado por mi estancia en Barcelona, ya que comencé trabajando en Molins de Rei, en una fábrica de cajas de cartón donde pagaban muy mal. Al conocer a ese policía pensó que tendría mano para ayudarme a

emplearme aquí. Desde que fallecieron mis padres, él se sintió responsable de mi cuidado.

—En cuanto cumplas los veintiuno —le avanza—, nos iremos a vivir las dos juntas. Solas y sin servir a nadie. Solo nos serviremos a nosotras mismas.

Sellan su compromiso con un beso en los labios.

Durante los días siguientes, Carmen se sume en una catastrófica depresión y la mayor parte del tiempo la pasa encerrada en el cuarto que tiene en la casa de la calle Verdi. Los señores Domenech se dan cuenta de que a la chica le ocurre algo que la descoloca, pero no se lo preguntan porque creen que no es de su incumbencia. Carmen llora con facilidad y sufre constantes descuidos cuando cocina o limpia. Se llega a dar la circunstancia de preparar una cafetera sin café o fregar el suelo con agua sin detergente.

Al quinto día de prolongar su estado anímico, la señora Rosario decide intervenir y le manifiesta a su esposo la preocupación que tiene porque la empleada no cumple con las tareas por las que está cobrando.

—¿Te has dado cuenta? Cobrar bien que cobra, pero trabajar, lo que se dice trabajar, bien poco.

—Y mucho que cobra —añade para disgusto de su esposa.

—¿Mucho? ¿Cuánto es mucho?

Domenech no responde. Cree que si le dice la cantidad que cobra Carmen, ella sospechará que se trata de un excesivo dinero por su labor. No cree que exista ninguna empleada del hogar en toda Barcelona que gane cien pesetas de jornal. Él hace tiempo que medita acerca de lo sumisa que es esa chica con su abuso, el cual tolera sin protestar, por lo que llega a la conclusión de que Carmen lo consiente porque extrae beneficio económico. Una mujer que cede sus encantos a un hombre y cobra por ello, tiene un nombre muy antiguo que la define. Y ella accede a esos tocamientos cuando están a solas, porque jamás los rechazó; al menos de manera explícita. Al igual que no se niega a vestirse con las medias negras, camisones transparentes o combinaciones de raso, que él le regala.

—¿Sabes que le ocurre a Carmen? —le pregunta Rosario a Isabel.

Isabel no sabe qué responder. Pero sí que sabe que no puede decir la verdad. Es un secreto que prometió guardar a su amiga, y las promesas se hacen para cumplirse.

—Mal de amores —dice.

El mal de amores es difícil de diagnosticar y no caben preguntas para ahondar en la causa, por lo que esa respuesta la entiende como suficiente para que Rosario no interpele más sobre lo que atolondra a Carmen.

—¿Qué te ha dicho la sirvienta de los Urquijo?

—Me ha dicho que la chica anda de noviazgo —responde su esposa—. En ese caso ya se le pasará más pronto que tarde. En cuanto se case —se burla de su marido.

—¿Y te ha dicho quién es el agraciado?

—¿A qué viene ese interés?

—No, por saberlo. Ya sabes que la chica dispone de una habitación en nuestra casa y es interés nuestro saber con quién anda o con quién se junta.

—Por eso no hay discusión —le dice—. Saben las sirvientas que no pueden traer extraños a las casas donde sirven.

## Capítulo 25

Una mañana de finales de marzo de 1940, la prensa festeja el aniversario de la liberación de Madrid y Valencia. El repartidor del periódico lo acentúa cuando hace entrega de los rotativos, como una gran noticia digna de destacar en ese día soleado y espléndido con el que amanece Barcelona.

—¿Has visto, Carmen, que día más estupendo hace hoy?

La sirvienta de los Urquijo acude a la casa de los Domenech y se adentra en el interior de su cuarto.

—Sí —rechista Carmen con ojos llorosos—. Franco ha liberado a todos menos a nosotras —bosqueja una sonrisa entre lágrimas.

—Hay que saber leer el periódico —le dice Isabel—. Nosotras debemos fijarnos en las últimas páginas —sugiere dejando la prensa abierta por la sección de espectáculos—. Mira lo que tenemos hoy.

Carmen se limpia los ojos con un pañuelo y observa el diario. Isabel pone un dedo encima de un anuncio.

Teatro APOLO {Teléfono 15948}— *Tarde, a las 4'30: «Luisa Fernanda», por M. Rossy, Estrada, García Guirao, y «Al dorarse las espigas», por Soler, Gimeno, Alcañiz.*

—No tengo ánimo —rechaza— Hoy hace un año que...

—Sí, mi niña. Has de hacer de tripas corazón y decidir que mañana comienza un nuevo día. El uno de abril te levantarás como si te despertaras de un sueño, con la memoria perdida y con el alma marchita. Cascabel, Cascabelito; ríe, ríe y no llores, que tu risa juvenil tenga perfumes de tus amores. Cascabel, Cascabelito; ríe, no tengas cuidado, que aunque no estoy a tu lado te llevo en mi corazón.

—Que tonta eres —suspira—. Me has hecho reír.

—Claro que sí. Sal ahí, al ruedo, y enfréntate a esos toros de la vida. Arréglate para esta tarde. Pinta tus labios de rojo y tiñe tu pelo del amarillo más amarillo que exista. Esta tarde iremos al teatro Apolo a ver el espectáculo porque el espectáculo debe continuar.

—Buenos días, Isabel —saluda la señora Rosario cuando se la cruza en el recibidor.

—Buenos días, señora Rosario —devuelve el saludo—. Esta tarde, con el permiso de ustedes, Carmen y yo nos iremos al teatro.

La señora no pone ninguna objeción.

Son las cuatro de la tarde cuando las dos se suben a un Citroën Landolet de color negro que las espera en la esquina de la calle Verdi. El conductor viste gorra que le protege del frío, pues el techo solo cubre a los pasajeros que se sienta detrás, mientras el chófer conduce al aire libre.

—¿A dónde las llevo?

—Al teatro Apolo —responde Isabel.

Unos señores que transitan por la calle levantan sus sombreros cuando pasa el taxi. Carmen e Isabel están exultantes, por unos instantes se sienten como unas damas.

—Lástima no poder hacer esto a diario —le dice Isabel elevando la voz, pues el sonido del taxi es muy aparatoso. Y unido al tembleque de sus puertas y al roce del adoquinado, dificultan que las dos se puedan entender mientras conversan.

—El dinero.

—Sí, Carmen. Con el dinero solo pueden hacerse dos cosas: ahorrarlo o gastarlo. Pero no las dos a la vez. Los que amasan dinero y no lo gastan, tienen mucho; pero no lo disfrutan. Los que lo gastan no tienen, y lo disfrutan poco.

Carmen se limita a sonreír mientras su amiga habla. Están circulando por la Rambla y se encandila con la rapidez en que se olvida una guerra. Un año solo de la toma de Barcelona y de la muerte de los defensores en injustos Consejos de Guerra y por allí, por la aorta principal de la Ciudad Condal, parece que no hubiera pasado nada.

—¿Un duro por tus pensamientos? —la distrae Isabel.

—Pienso en lo frágil que es nuestra memoria.

Cuando llegan a la puerta del Apolo aún faltan unos minutos para que abran. Enfrente se concentran muchas personas. Los hombres fuman sendos puros en señal de opulencia, pues es hora de sobremesa. Y algunas de las mujeres están tocadas con sombreros de señora, de los que Carmen ha visto en una tienda de la calle Diputación a 20 pesetas.

—Esperaremos aquí a que abran —dice Isabel ante la mirada distraída de algunos hombres.

Dos mujeres jóvenes llaman la atención cuando están solas. Uno de ellos, uno de esos hombres que fuma un habano conversando en un corrillo, repara en ellas. Sus ojos se desplazan hacia donde están Isabel y Carmen. Pero enseguida

concreta más su mirada. Es a Carmen a quién mira.

—No mires —le sugiere Isabel—. Pero más atrás, en la fila de en medio, hay un señor que no te quita ojo.

Carmen se revuelve con discreción. Hace como que busca a alguien entre el tumulto. Y localiza al hombre que menciona su amiga.

—Se ve un caballero —le dice.

—E importante —añade Isabel—. Solo has de ver como los demás lo escuchan cuando habla y como se le acercan para conocerlo.

Un matrimonio de avanzada edad pasa al lado de ellas. El hombre luce un espléndido y pomposo bigote blanco que le cubre toda la cara. La mujer camina con cuidado, pues los tacones quizá son más altos de lo que su robustez se puede permitir. La pareja se detiene al lado del hombre que momentos antes las observaba. Viste muy elegante, con un traje gris que se ve está hecho a medida. Sonríe constantemente y no rechaza ninguna de las manos que lanzan para estrecharla con la suya.

Un Fiat 8 se detiene delante del teatro. El copiloto se baja sosteniendo en sus manos una cámara fotográfica. Se acerca hasta el hombre que en ese momento suelta una enorme bocanada de humo que se pierde en el cielo de Barcelona.

—Señor Martínez —le dice—. Una foto para la prensa.

El hombre se gira. Mira al fotógrafo y sonríe.

—Juan Martínez —musita Isabel.

—¿Quién es? —le pregunta Carmen.

—Uno de los empresarios más importantes de Barcelona —responde.

—No sé quién es.

—¿Has oído hablar del teatro Tívoli?

—Sí.

—Pues el dueño —anota Isabel—. La de pesetas que tendrá ese.

## Capítulo 26

En el mes de abril del año 1940, Isabel cumple los veintiún años, mientras que Carmen ya tiene dieciocho. Durante un tiempo, a todo el que se lo pregunta, le dice que tiene veintiuno, sumando tres años a su edad.

Con la mayoría de edad de Isabel, las dos deciden que ha llegado el momento de independizarse. Están hartas de servir en las respectivas casas de la calle Verdi. Allí no les espera ningún futuro. Han trabajado duro durante los dos últimos años y ahorran mucho dinero, con el que calculan podrán resistir un tiempo hasta que encuentren una ocupación mejor. Las dos se despiden el mismo día de las respectivas casas donde trabajan. Carmen lo hace por la mañana, aprovechando que se cruza con el señor Domenech y su esposa en el salón. E Isabel lo hace al mediodía, en la sobremesa. Ninguno de los dos matrimonios objeta nada al respecto. Esos días la bolsa de trabajo se llena de gente que se emplea por cualquier sueldo que les puedan dar. Incluso hay hogares donde llegan a servir a cambio de una habitación y un plato de comida.

En un principio, y como desconocen cuánto tiempo estarán en esa situación que consideran transitoria, y si podrán pagar un alquiler, las dos deciden alojarse en una pensión de la calle Hospital, por un precio muy reducido. Es un albergue misérrimo, pero cuenta con dos camas y un baño comunitario. El importe les deja margen como para invertir los ahorros en diversión.

Los primeros días se dedican a disfrutar. Salen a menudo, alternan y frecuentan locales de fiesta de la zona donde residen. Isabel le cuenta que antes de trasladarse a Barcelona había tenido un novio que trabajaba en el campo. Pero en unos meses no solo se dio cuenta de que no le quería, sino que no sentía nada por él como hombre. Carmen aún no ha estado con ningún hombre y todavía desconoce si le gustan o no, pero siente un enorme afecto por Isabel.

A principio del verano el dinero ahorrado se agota y las chicas ya no pueden afrontar ni siquiera el alquiler de la pensión. Urge una solución que se prevé complicada. No hay trabajo y el que hay es muy precario. Ni Carmen ni Isabel están dispuestas a emplearse como sirvientas o en una fábrica cargando peso. El resto de empleos donde pueden ser útiles, como perfumerías o relojerías, están cogidos y se han minimizado las ofertas de trabajo en ese sector.

Una amiga de Isabel, a la que hace tiempo que no veía, le dice una noche,

cuando coinciden en un bar de copas de la Rambla, que un poco más abajo de donde están en ese momento hay un local que buscan chicas. Le dice que se llama Casa Carola y que junto con Casa Raquel, Casa Maruja y Madame Rita, son los prostíbulos más importantes de la Rambla.

—Yo no soy una puta —rechaza Carmen, en cuanto Isabel comparte su idea para salir de ese bache económico en el que andan sumergidas.

—Está en el número 24 de la Rambla —le dice—. Y es de los más respetuosos de la zona. Mi amiga me ha dicho que la mayoría de los clientes son del barrio, por lo que no hay gente rara. Y además no es necesario mantener relaciones sexuales con ellos, si no quieres. Lo de acostarse con los hombres es un añadido al que no estamos obligadas.

—¿Y qué se hace allí, entonces?

—Alternar, acompañar y sonreír a los hombres que toman copas.

—No —niega furiosa—. No soy una puta, y nunca lo seré.

—Solo una temporada, hasta que tengamos el dinero suficiente como para dejarlo.

—Qué ilusa eres —se burla Carmen—. En la prostitución nunca se amasa el dinero suficiente como para retirarse de forma definitiva. Una puta es una puta toda su vida. Hasta que se muere o hasta que la matan —añade de forma gratuita—. No, no y no.

—¿Cuál es el problema, Carmen? —inquieta su amiga—. Me contaste que el señor Domenech restregaba su miembro en tus piernas hasta que se corría. ¿Qué diferencia hay entre eso y lo que haremos en Casa Carola?

—Domenech nunca me penetró.

—Entiendo —comprende Isabel—. Eres virgen, ¿verdad?

—Sí. Y no quiero que mi primera experiencia sea con un desconocido que posiblemente no vaya a ver nunca más.

—Ya te he dicho que no tienes que acostarte con los hombres si no quieres, pero me han dicho que en Casa Carola las que más ganan son las que más ponen.

—Pues yo, en ese caso, pondré poco. Ya te lo digo. Insisto en que no me acostaré con desconocidos por dinero. Antes quiero tener una experiencia sexual con un chico de mi edad.

—Pues con un desconocido es la mejor primera experiencia que puedes tener. Créeme, así no tendrás que encapricharte de nadie. En un prostíbulo un cliente es alguien que llega, se sirve y paga. Es una relación comercial tan válida como puede ser la venta de una cafetera o una radio. Solo es dinero. Te dan dinero por un servicio que prestas, con la ventaja de que no has de esforzarte en dar un buen servicio.

—¿Tú ya has tenido relaciones sexuales? —interrumpe Carmen.

—Sí, pero pocas. Con el chico del que te hablé, en mi pueblo.

—¿Y qué tal?

—Pues, si te he de ser sincera, si no hay amor tanto da lo que se haga. Es como un beso o una caricia. Si hay pasión o cariño disfrutarás con esa sencilla acción. En caso contrario te causará desprecio y malestar. Ahí, en Casa Carola, solo te has de tumbar en la cama y dejar que ellos se pongan encima. Cuando terminen, que suele ser rápido, se marcharán y seguramente los volverás a ver más veces. Tanto que hasta te familiarizarás con ellos. Incluso habrá algunos que te gusten más que otros porque serán más amables, olerán mejor o te tratarán de forma distinta. Pero has de tener en cuenta que solo son eso: clientes. Y tú cobras por un servicio que les haces. ¿Me dijiste que habías trabajado en una fábrica de cajas de cartón?

—Sí.

—Pues lo mismo. Solo que en vez de armar cajas te has de tumbar boca arriba, o boca abajo, los hay excéntricos en ese asunto, y esperar a que hagan lo que tienen que hacer. Incluso te diré que en los locales de la Rambla suelen ir tan bebidos que ni siquiera se les levanta, por lo que les pasará como al señor Domenech y serán incapaces de concluir su patética hazaña. Si son bravos y compruebas que arremeten con fortaleza, en el caso de hombres jóvenes, solo tienes que incrementar su excitación fingiendo que te lo estás pasando bien. Esta simple acción provoca que piensen que te están dando placer y concluyan, a veces, incluso antes de comenzar.

—Chica, hablas como una auténtica profesional de la prostitución.

Isabel arruga la boca, pero no se muestra ofendida.

—Hay que sacar partido de todo —suspira—. Y nosotras todavía podemos aprovechar ahora que somos jóvenes y los hombres nos desean.

—Tengo miedo al dolor.

—La vida es dolor en sí misma, Carmen. Si tu miedo es al daño en una primera relación, te puedo decir que no es peor el hambre que pasaremos si no tenemos que comer. O al frío que tendremos, si no podemos pagar la pensión y nos echan a la calle. Eso sí que es doloroso. Lo demás, a lo que te refieres tú, no es más dañino que un pellizco en un moflete o una patada en el culo.

—Lo has hecho antes, ¿verdad? No me lo habías dicho.

—¿El amor?

—No, la prostitución.

—No te lo he dicho porque no me siento orgullosa de ello. Yo tampoco soy una puta, porque ninguna mujer nace puta. Ser puta es una necesidad. Una obligación. Una esclavitud. Ser puta es una fórmula ideada por los hombres para someternos, como han hecho desde que Adán y Eva campaban desnudos por el

paraíso; aunque yo no me creo esa camama, porque no hay nadie que se pueda creer eso. Figúrate, ni los curas, que los conocerás cuando trabajes en Casa Carola, se lo creen.

A mediados del mes de junio de 1940, las dos comienzan a trabajar en el prostíbulo del número 14 de la Rambla. El trato de la dueña con ellas es correcto y respetuoso. Y la relación con el resto de chicas, cordial. Curiosamente, todas las que trabajan allí no son putas; pero hacen de putas. La posguerra había desprovisto entre otras cosas de dignidad, que dicen que es lo último que le pueden quitar a uno.

En unas semanas, Carmen e Isabel se han hecho muy populares entre los clientes de Casa Carola. Algunos incluso preguntan por ellas cuando acceden al local. Algún vicioso adinerado solicitó las dos a la vez. Por supuesto accedían, porque cuando un cliente solicitaba tener sexo con dos mujeres a la vez significaba que era incapaz de satisfacer a ninguna. La práctica más habitual consistía en la felación. No tener los dientes mellados ya era de por sí un aliciente para ese tipo de práctica, algo que los clientes, la gran mayoría de baja clase social, agradecían.

Las chicas comienzan a ingresar dinero, pero no el suficiente como para independizarse. Un piso es muy caro y los más baratos están alejados del centro de Barcelona, lo que obliga a gastar en transporte. La ropa y el maquillaje, en ocasiones costoso, también supone un dispendio económico añadido al precario jornal de las prostitutas. Además circula en torno al oficio una aureola de vicio en forma de drogas y alcohol, que hace peligrar aún más esa frágil dignidad que ya comienzan a perder.

## Capítulo 27

Su maestría con el maquillaje consigue que parezca una chica mayor, incluso podía pasar por una mujer de veinte años, edad que siempre menciona en las ocasiones que es preguntada por ello durante ese año. Tiene previsto viajar hasta Guaso, el pueblo donde nació, y visitar a su tía Encarna, la hermana de su padre. Pero quiere ir bien arreglada para que su tía piense que a ella no le falta de nada. La conoce y sabe que no soportaría que su sobrina estuviera pasando penurias. Esa mañana va a una peluquería de la calle Pelayo. La peluquera que la atiende, con la que se sincera y le dice que en realidad no tiene veinte años, sino que tiene dieciocho, le comenta entre risas que eso es porque es joven, ya que conforme se hiciese mayor iría invirtiendo la edad.

—Créeme, rubia, en cuanto pases de los treinta comenzarás a quitarte años. Todas lo hacemos.

La peluquera no le dice su edad, pero piensa que esa mujer debió ser muy guapa de joven y todavía ofrece unos ojos llenos de ternura. Para Carmen se trata de ese tipo de personas en las que se puede confiar de forma plena, las que jamás engañan.

—¿Has pensado en teñirte de rubio? —le pregunta.

—Ya soy rubia.

—Más rubia todavía, como si fueses una actriz americana.

—No —niega con la cabeza.

La peluquera le cuenta que enviudó en la guerra y le dice que tiene un hijo ciertamente indomable que siempre anda metido en líos.

—Un rojo —baja la voz.

Carmen se asusta por su franqueza. Esos años no son tiempos de sinceridad, sino que son tiempos de mentira. Entonces se pregunta si el republicanismo se lleva en el alma y quizá por eso la peluquera se sincera con ella, al percibir en sus ojos el recuerdo de su tío.

—¿Quieres la peluquería? —le pregunta de sopetón—. Tres mil pesetas y es tuya.

—No soy peluquera —rechaza.

Seguidamente medita sobre la coincidencia de que el dinero que ahorró en los dos últimos años, y pensaba entregárselo a su tía Encarna, era ese precisamente: tres mil pesetas. Entre la disyuntiva de entregar esa cantidad a la hermana de su

padre o de adquirir un negocio en pleno centro comercial de Barcelona, no hay duda posible: la familia lo primero.

—¿Y a qué te dedicas?

Su mirada se posa sobre el espejo de la peluquería. Se guiña un ojo mientras sonrío con picardía.

—Soy una señora —expulsa con fuerza—. No me dedico a nada. ¿Por qué quieres vender la peluquería?

—No es porque no dé dinero, sino porque estoy algo cansada. Agota sostener un negocio de cara al público.

Por su mente pasa por un instante la posibilidad de adquirir aquella peluquería y dedicarse a un trabajo decente. Solo tendría que labrar una clientela de mujeres de la alta sociedad, ávidas de ser escuchadas. En esos años, las peluquerías reemplazan a los confesionarios. Incluso podría emplear en ella a Isabel. Por un instante se imaginó a las dos regentando una honrada peluquería de señoras en pleno centro de Barcelona.

—¿De qué estás cansada?

—De tanta hipocresía. En mi vida he conocido mucha gente fiel a sus ideales que ahora levantan el brazo con el puño en alto a la mínima ocasión.

Carmen la observa con detenimiento. ¿Cómo sabe ella que no es una espía? Lo sabe porque los esclavos del régimen siempre son hombres, a las mujeres las reservan para otro tipo de servicios.

—No temas —musita—. Yo soy de fiar. O eso creo.

Al día siguiente visita por unos días el pueblo donde nació, Guaso, y se presenta a la hermana de su padre, la única que aún vive en el Barrio La Closa, en Casa Pardina. El mundo había corrompido el color rosa de la infancia para una chica de dieciocho años que se siente una ninfa, pero exhibe, impúdica, formas voluptuosas de treintañera bien formada. El vacío de la pérdida de su madre lo relleno su tía Encarna, al igual que el de su padre lo suplió su tío Francisco. A la buena mujer le debía no solo el sustento, sino también la educación, pues era su tía mujer cultivada en letras y cifras y no reparó en adiestrarla de bien pequeña en la aritmética y en la lectura. Le enseñó lo necesario para que no la engañaran. Ya que siendo mujer predijo que sería presa fácil de los hombres, sobrados de picaresca y lujuria.

—Ten, tía —le dice—. Esto es para ti.

Carmen le entrega tres mil pesetas en billetes de cien, envueltos en un fino cordón que había apretado con un nudo tan fuerte que hubo de cortarlo con una navaja.

—Gracias. Pero no puedo aceptarlo —dice contemplando el dinero que

Carmen esparce sobre la mesa.

—Es para ti —insiste.

—Tú lo necesitas más que yo. Y ese dinero aquí no sirve para nada, algo que no ocurre en Barcelona.

—Por favor, cógelo.

Ella la mira con ojos tristes. Encarna se enteró de la ejecución de su hermano por parte de los nacionales, pero no hablan de ello. Una guerra no solo es humillación, también es silencio.

—¿Estás bien en Barcelona?

—Muy bien. Ya ves que gano dinero.

—El dinero nunca es suficiente.

—No me falta, tía. Descuida que yo sé cuidar de mí misma.

Antes de regresar, Carmen mete las tres mil pesetas en un cajón del salón. Calcula que para cuando su tía se entere de que el dinero está allí, ella ya estará en Barcelona.

## Capítulo 28

En el mes de julio, Ramón Pané Farré, un empresario del Sindicato Agrícola de Guissona, en Lérida, tiene que viajar a Barcelona, algo que hace con asiduidad para mantener una reunión con otros agricultores. En el pasado, en el año 1936, esas reuniones se convocaban con motivo de las asambleas generales de la USA (Unión de Sindicatos Agrícolas de Cataluña). Precisamente ese año se reunieron en el Teatro Tívoli, llenando por completo la sala. Pero en 1940 las reuniones tiene que ser a puerta cerrada y a nivel individual; los sindicatos agrícolas dejan de tener el peso de antaño.

Esos días es el aniversario del Movimiento Nacional y la prensa hace balance del evento. Avanzan que habrá una magna concentración y el jefe del movimiento, Demetrio Carceller, y otros oradores, hablarán en Montjuic. En la proclama dicen:

*«Asistir a la concentración es honor y deber de todo falangista».*

Al finalizar las reuniones que tenía en agenda ese día Pané, y viendo que era demasiado tarde para regresar en coche hasta Lérida, decide quedarse a dormir en Barcelona, por lo que llama a su casa desde una cabina telefónica de la Rambla. Cuando cuelga ve a dos chicas que salen de un restaurante y se adentran en un local que hay en el número 24. Las sigue con la vista y se fija en la rubia. Es una mujer hermosa, poseedora de un cuerpo atractivo y sensual y, por sus facciones, piensa que debe ser muy joven.

En la calle el ruido es infernal. Transita un carro descubierto arrastrado por un caballo al que se lo comen vivo las moscas. Se escucha una trompeta que anuncia su presencia y los bares sacan a la acera los cubos con desperdicios. El basurero los alza de uno en uno y arroja la basura dentro del carro. Parte de esa basura maloliente cae al suelo y se mezcla con las enormes cacas de estiércol que va dejando el caballo. Pané observa algo disgustado como la calle está ahora más sucia que antes de pasar el basurero. Es entonces cuando decide entrar en el bar siguiendo la estela de esas chicas.

Ya en el interior comprueba que es un local de ambiente. En el rótulo de la puerta, muy discreto, leyó: Casa Carola. El interior no es tan discreto, una amplia sala que debió ser una caballeriza en tiempos. A la derecha una barra donde sirve bebida una mujer entrada en años. A su lado un hombre de aspecto

patibulario ataviado con una boina y sujetando entre sus manos un cayado de olivo. El hombre de la boina fuma parsimonioso un cigarro detrás de otro, mientras observa a las chicas y a los clientes. En la parte izquierda, varias mesas de bar con sus correspondientes sillas. Sobre ellas una multitud de mujeres de expresión ingenua. Algunas incluso bajan la mirada cuando algún hombre las mira. Su intención es la de tomar una copa en buena compañía y después marcharse al hotel a descansar, pues al día siguiente tiene que regresar a Lérida, donde le esperan asuntos perentorios.

—Ahí tienes a uno —le dice Isabel a Carmen cuando ella se acaba de encender un cigarro.

—Parece que se ha perdido —sonríe Carmen, cuando avizora al recién entrado en el local.

Pané se enciende un cigarro, pero se ve que no tiene traza fumando. Apresa el pitillo como si fuese un lápiz. Carmen se pone en pie, empujada por Isabel, y se encamina hacia el cliente, que en ese momento la mira risueño.

—Hola —la saluda—. ¿Cómo te llamas?

Se nota que no está acostumbrado a esos locales. Saluda como si estuviera en una fiesta de sociedad. A Carmen le gusta, ya que reviste el encuentro de cordialidad. Como si no estuvieran en un prostíbulo, como si fuesen dos desconocidos en un bar cualquiera, tomando un café.

—Cascabelitos —responde.

—¿Cascabelitos? —pregunta para estar seguro de que lo ha escuchado bien—. ¿Qué significa?

—Es un tango.

Y entonces, como aceptando una petición que aquel hombre no le ha hecho, se acerca hasta su oído y le susurra un estribillo:

*«Cascabel, Cascabelito; ríe, no tengas cuidado, que aunque no estoy a tu lado te llevo en mi corazón».*

Los pelos de su nuca se erizan.

—¿Puedes salir de aquí? —le pregunta.

Ella tuerce el gesto. Aún no ha decidido acostarse con ninguno de esos clientes, algo que evita los días que trabaja en Casa Carola. El cliente está sobrio y se ve que es un caballero. En ese instante recuerda las palabras que le dijo el hombre que murió atropellado en la calle Torrente de la Olla: «Mujer de compañía».

—Creo que sí —responde no muy convencida y buscando con la mirada a Isabel.

—Ven —le dice—, salgamos de aquí, entonces.

El empresario se acerca hasta la barra, donde fuma incansable el hombre de la

boina. Habla un momento con la Madame. Carmen ve como ella cabecea, asintiendo. El cliente alarga la mano, que extrae del bolsillo de su chaqueta, y le entrega algo. No puede verlo, pero sabe que es dinero.

Isabel la observa desde el cuello de un hombre grasiento que babea en una de las mesas. El hombre posa su mano en una de sus rodillas y la remueve mientras pronuncia palabras malsonantes. Es de esos hombres que creen que lo que a ellos les gusta, también les gusta a ellas. Carmen se despide arrugando sus rojos labios. Le lanza un beso al aire a Isabel, pero no pasa desapercibido para nadie del local.

Cruzan la calle y caminan despacio por entre un tumulto de personas que se arraciman delante de los bares. Pané se detiene delante de un bar de la Rambla.

—¿Este te gusta?

Desde fuera se ve acogedor y discreto. Carmen nunca ha estado allí, debe ser de los pocos bares que aún no conoce. Pero lo más importante es que aquel hombre le pregunte su opinión.

—Aquí está bien —acepta bosquejando una sonrisa en sus labios.

Se sientan en una mesa redonda y el camarero les sirve enseguida.

—Me llamo Ramón —se presenta—. Ramón Pané. Y me dedico a... Bueno, eso no es importante. Aquí —sonríe—, la importante eres tú.

Carmen no tiene ganas de hablar, porque hablar implica contar. Y no quiere contar a nadie quién es y de dónde viene.

—Yo me llamo Carmen.

—¿Qué más?

—Carmen Broto.

—¿Y lo de Cascabelitos?

—Un tango que me cantaban cuando era niña.

—¿Dónde te lo cantaban?

—En un pueblo pequeño donde me crié.

—¿Qué pueblo?

—He olvidado su nombre.

Ramón es un gran conversador y un hombre ilustrado. Le cuenta que los españoles siempre son lo primero en lo malo y los últimos en lo bueno. En sus palabras hay un antifascismo implícito, que ella no quiere remarcar.

—En el diario de hoy dicen que se ha detenido en Barcelona al carterista más joven de España —explica cuando ve un ejemplar de La Vanguardia encima de una de las mesas—. Lo han detenido en la plaza de Cataluña y dicen que tiene 12 años.

Carmen se limita a escucharlo y comprende que él la trata como si fuesen una pareja de novios. Le sorprende que Pané destaque que un carterista de 12 años es

demasiado joven para delinquir, pero no enfatice en que muchas mujeres y hombres ya trabajan a esa edad.

—Quiero verte más veces —le dice cuando se despiden en la puerta del hotel donde se aloja esa noche el empresario.

A Carmen le asombra que no le pida subir a la habitación. Piensa que hay algo oculto. Es la primera vez que un hombre no quiere acostarse con ella. Lo mira a los ojos con descaro. Busca una explicación que solo alberga la posibilidad de que no le gusten las mujeres. Él se da cuenta, lo percibe en su mirada de inquina.

—No es lo que piensas —le dice—. Hoy ha sido un día largo para mí y solo quería compañía y conversar con una mujer inteligente. ¿Dónde te alojas?

—En una pensión de la calle Hospital.

—¿Sola?

—Con una amiga. Una buena amiga —añade—. Es una de las chicas que estaban esta noche en Casa Carola.

Pané recuerda que cuando vio entrar a Carmen en el prostíbulo, iba en compañía de otra chica morena, algo más gruesa, pero también muy atractiva. No se lo dice para que no se sienta espiada.

—¿Y por qué no vives en un piso como Dios manda?

Al decir como Dios manda, un conserje del hotel lo mira con aversión. Expresiones de ese tipo es mejor no hacerlas en público cuando se relacionan con prostitutas o en ambientes degradantes.

—Un piso es muy costoso en alquiler. Y de compra es imposible —justifica—. Y yo no tengo trabajo para costearlo.

—¿No ganas suficiente en Casa Carola?

—No. Porque no me acuesto con los hombres, solo les hago compañía.

La mira directamente a los ojos y hace algo que no había hecho hasta entonces, la coge por las muñecas. Carmen no retira las manos.

—Te compraré un piso —afirma con sinceridad.

Ella lo mira sin decir nada, espera que de un momento a otro él le descubra el engaño y revele que solo se trata de una broma.

—No te lo podré pagar. Nunca tendré el dinero suficiente como para cubrir el valor de un piso.

—No me lo tendrás que pagar. Considéralo un regalo.

—...

—Así, cuando tenga que viajar a Barcelona para algún negocio o reunión, sabré donde encontrarte.

—Soy puta —reconoce a su pesar—. Pero soy una puta libre.

—No te niego esa libertad. Pero en el piso tendrás todas las comodidades que necesites. Además no tendrás que trabajar más si no quieres. Te daré el dinero

suficiente para tus gastos. Y un teléfono. Solicitaré a la Compañía Telefónica que instale uno en el piso, donde no solo te podré llamar cuando requiera de tu compañía, sino que me podrás llamar tú cuando necesites algo.

El uno de agosto de 1940, el mismo día que se reúne el Consejo de Ministros para aprobar la Ley Orgánica del personal y servicio de telecomunicaciones, la Compañía Telefónica recibe la petición de instalar un teléfono en un piso de la calle Avinyó, propiedad de Ramón Pané Farré. El teléfono tardarán cinco meses en instalarlo, el tiempo mínimo desde que se solicita.

## Capítulo 29

Carmen e Isabel se sienten plétóricas. Piensan que han sido tocadas por esa suerte impredecible que llevan tiempo buscando. Después de arrastrarse por las alcantarillas de Barcelona, sin más oportunidad que la de acompañar a hombres de cantina, dan un paso hacia arriba en la escala de la prostitución y Carmen asciende a mujer de compañía de un empresario. Ese estatus, que otrora rechazaba por ser una forma encubierta de prostitución, ahora le parece un progreso en su carrera.

El piso de la calle Avinyó está decorado con un lujo exquisito y en su interior no falta de nada. El día que Pané le entrega las llaves, las dos van a visitarlo y se sobrecogen.

—Es precioso —le dice Isabel, sin poder salir de su asombro.

El piso está en un bloque de tres alturas y hay dos pisos por planta. Y, aunque Pané no lo comenta, las dos saben que el empresario había adquirido todo el bloque. En esos años era algo común que los bloques de pisos recién construidos se vendieran al completo, en un solo lote. Luego, el comprador podía revender los pisos o arrendarlos. La historia de las fortunas hechas al amparo del ladrillo es antigua.

—No le falta de nada —replica Carmen, ilusionada.

—Este bloque tiene que costar al menos doscientos mil duros.

—¿Doscientos mil duros? —repite Carmen—. Eso es un millón de pesetas. No creo que haya costado tanto.

—Seguro que sí —le dice Isabel—. Mira, ¿has visto? Calefacción, dos cuartos de baño... —El baño es de la Compañía Roca, al igual que los radiadores. Las piezas, de porcelana vitrificada, indican los recursos económicos del señor Pané, que no repara en gastos a la hora de montar el piso—. Objetos de plata, porcelanas, cristalería, lámparas... —sigue enumerando eufórica, mientras que Carmen se mantiene serena de pie, al lado de la puerta de entrada—. ¿Pero no has visto que hasta el bloque tiene ascensor? —grita.

—Sí, Isabel, lo he visto. Y también he visto que la escalera es de mármol. Pero este piso no es mío, ni tuyo. Este piso es del señor Pané.

—Pero lo disfrutaremos nosotras.

Sobre la mesa del espacioso recibidor hay un periódico abierto por la sección de objetos perdidos. Dos anuncios, uno de unas llaves y el otro de un perro,

llaman la atención de Carmen. Las llaves dice que se han perdido en la calle Consejo de Ciento y el propietario anuncia que gratificará a quién las encuentre. El perro indica que es de la raza FOX. Carmen no lo conoce, pero se imagina un perro pequeño, como los que recuerda de los cazadores en Boltaña cuando ella era una niña. El aviso dice que el perro es tostado, con una mancha pelada al lado. También dice que gratificará. Ya nadie hace nada por nada si no hay gratificación de por medio.

—¿En qué piensas, Carmen?

—En eso, en que nadie da nada por nada.

—No seas tonta, mi niña. Este piso es para ti porque te lo mereces. Ese —dice refiriéndose al empresario—, te quiere tener localizada. ¿Te das cuenta? Te has convertido, sin comerlo ni beberlo, en una mujer de compañía.

—Una mantenida.

—No eres una mantenida, Cascabelitos. Ni una puta. Eres una sobreviviente, que lucha por mantenerse arriba. Mira —le coge la mano—. Mira lo que hay aquí. —Las dos entran en la cocina—. Una nevera. Tienes nevera y todo. —Al lado de la nevera, de la marca Oso, que Isabel dice que cuesta al menos 450 pesetas, se ve el enchufe de 125 voltios—. Y lo que gastarán estos electrodomésticos —afirma mirando una cafetera, también eléctrica.

Isabel sale de la cocina y se adentra en una de las habitaciones, la de matrimonio. Sobre la cama hay un cojín mullido. Al lado, una mesa. Y encima, una gramola.

—¡Una gramola y todo! —chilla como una histérica—. Y de la marca Odeón.

Detrás de la gramola hay un puñado de discos, Isabel cuenta una veintena. Al otro lado, junto a una ventana que da a la calle, una radio. En la tarjeta que hay delante se lee: «Radio Volga, Cortes 501», el vendedor quiere hacer publicidad de su producto.

Regresan al salón, las dos se muestran muy nerviosas; Isabel más que Carmen. Cascabelitos recela, porque el piso es un regalo y los regalos se pagan. El salón está completo, alfombra incluida. Las cortinas preciosas. Los muebles son de primera calidad, incluso están barnizados.

—Creo que es caoba —dice Isabel, no muy segura.

—Cierra la puerta —le ordena Carmen mientras saca un paquete de tabaco de su bolso.

Enciende un cigarro.

—Me he convertido en una mujer de compañía.

—¿Y qué si lo eres? —contraviene Isabel—. Las mujeres siempre seremos mujeres de compañía. Incluso las casadas —asegura—. ¿O no te has fijado en las señoras de las casas donde servíamos? ¿Crees que son diferentes a nosotras?

Son mujeres de compañía. Incluso me arriesgaré a decir que son putas. Toleran el maltrato físico y verbal de sus esposos. La sumisión. El desprecio. Deben estar dispuestas cuando sus maridos las buscan en la cama. Limpias. Pulcras. Y ellos quieren que se comporten como damas durante el día y como putas por la noche. No te engañes, Cascabelitos, no lo hagas. Nosotras no somos ni más ni menos putas que las mujeres de esos señores.

Suena el timbre de la puerta. Una sola llamada.

—¿Quién puede ser? —pregunta Isabel, hablando muy bajo. No quiere que quién esté llamando sepa que están ellas dentro.

—Carmen —se escucha desde el rellano—. Soy yo, Ramón.

—Es mi amo.

—Arriba esa barbilla. Recuerda, ni más ni menos puta que las mujeres a las que servimos. Ni más ni menos puta, que la mujer de Pané.

—Yo ya me iba —se disculpa Isabel, justo cuando abre la puerta.

Pané traspassa hasta el recibidor y mira de reojo a Isabel cuando se sube al ascensor.

—¿Te gusta el piso?

Deja un sombrero sobre la mesa del salón.

—Sí. Pero no sé si me lo merezco. Es demasiado para mí. Y muy grande.

—Será nuestro piso. ¿Te apetece cenar esta noche?

—...

—Sí, mira. Mañana regreso a Lérida y tardaré un par de semanas en volver a Barcelona. Me gustaría a modo de despedida cenar juntos esta noche.

—...

—En el casino de Masnou, a las afueras de Barcelona, hay un baile. Tocaban las orquestas Plantación y Nocturnos. Me han dicho que son magníficos. El restaurante es el Palacio Miramar, ¿has oído hablar de él? —Carmen niega con la cabeza—. Es de los mejores de la zona, seguro que lo pasamos bien. Solo hay una exigencia.

—¿Cuál?

—Obligatorio para los hombres vestir de etiqueta, traje oscuro. Y las mujeres elegantes, como cabe esperar de ellas. ¿Sabes qué significa eso?

—No, no lo sé.

—Que nos vamos de compras.

Cerca de allí, en el número 13 de la Rambla, está la casa de las confecciones El Barato. Tras probarse varias prendas de vestir, Carmen escoge finalmente un elegante vestido de franela, por el que Pané paga 40 pesetas, un abrigo de 50 pesetas y unos zapatos *Blucher*, de tacón Bally, por 22 pesetas.

«Ciento doce pesetas», medita, «el sueldo de un mes en la calle Verdi».

—Ese abrigo de allí también me gusta —señala.

La dependienta y el señor Pané tuercen la cabeza y posan sus ojos sobre un abrigo que cuelga de una percha. Es un abrigo de paño de lana, que según la dependienta abriga mucho.

—¿Te lo quieres probar? —le pregunta cuando la dependienta se lo muestra.

Carmen calcula la talla a ojo y rechaza probarlo, sabe que le irá bien a Isabel.

—No es necesario —dice—. Está perfecto.

La dependienta la observa con ojos profesionales.

—Algo grande para usted, señora —cuestiona.

—Sí —le dice—. Pero es que ese abrigo lo quiero para ponérmelo encima de otra ropa y requiero por lo tanto que sea holgado —sonríe.

—No se hable más —interviene Pané—. Ese también nos lo llevamos.  
¿Cuánto cuesta?

—Treinta y siete pesetas.

## Capítulo 30

El 5 de marzo de 1940, la Guardia Civil de Sevilla desmantela una banda de forajidos que se dedicaban a asaltar pisos. El Gobierno Civil no tarda en publicar una nota en la prensa alardeando de ello:

*«Como resultado de la inteligente labor de investigación realizada por la Policía Gubernativa, fuerzas de la Guardia Civil, dependientes de la Secretaría de Orden Público de este Gobierno y el Servicio de Información de Falange Española. Tradicionalista y de las J.O.N.S. en estrecha conexión y de la que se obtuvieron importantes datos y detenciones, así como por la acción conjunta de las fuerzas de Orden público (Guardia Civil y Policía Armada), ha quedado aniquilada la banda de forajidos que trataba de imponer la alarma en esta ciudad con la realización de aparatosos atracos. De la misma, tres de sus componentes y todas los cómplices y encubridores, esperan el fallo de la Justicia; los cuatro restantes, igualmente peligrosos sujetos, han quedado muertos en la noche del sábado después del violento tiroteo con la fuerza del puesto de la Guardia Civil de San Jerónimo, que en valiente intervención secundó y último en servicio y con la que cooperó la Policía Armada. Se les han ocupado armas modernas, granadas de mano y gran cantidad de billetes del Banco de España».*

Uno de los fallecidos en el tiroteo es el hermano de Isabel. Una de sus hermanas que vive en Sevilla no halla la forma de localizarla para comunicarle el suceso. Desesperada, decide ponerse en contacto con el único teléfono de contacto que tiene de ella: el de la casa de los Urquijo donde sirve en la calle Verdi de Barcelona.

Pero allí le dicen que ya no trabaja en esa casa y que desconocen por dónde para. Solo saben, por darle más señas, que se junta con una chica que se llama Carmen Broto.

Al cabo de unos días, la señora de la casa donde estuvo Isabel empleada como asistenta, le comenta a uno de los vigilantes de su calle lo ocurrido: la hermana quiere localizarla para decirle algo.

—¿De qué se trata? —se interesa.

—No me lo ha dicho.

El vigilante, pluriempleado por la noche en Casa Carola, es un hombre de aspecto peculiar que siempre porta una boina en la cabeza. Dice que conoce a la chica y afirma haberla visto alguna vez saliendo o entrando de la casa de la calle Verdi. No sabe dónde hallarla, pero si la ve le dirá que se ponga en contacto con su hermana.

Días más tarde de esa conversación, el vigilante, prestando servicio de noche en Casa Carola, reconoce en el interior del local a un chica que bien puede ser por la que preguntan los señores de la calle Verdi.

## Capítulo 31

Cuando Carmen y Ramón regresan de la sala de fiestas de Masnou, la chica reconoce que se lo ha pasado francamente bien en compañía de su protector. Es un hombre amable y atento. No se sobresaleta y es comedido con las palabras y los gestos. Carmen se siente a gusto con él, pero percibe, por la diferencia de edad, que ellos dos nunca podrán ser pareja. Ramón ronda los cincuenta años y ella tan solo tiene dieciocho. Además, no se lo ha dicho, pero entiende que está casado. Solo un hombre casado es capaz de montar un piso a una fulana y darle dinero para que no tenga que trabajar.

Cuando suben al piso, todo huele a limpio y a nuevo. Carmen accede a su baño, de los dos que tiene la vivienda, mientras que Ramón hace lo mismo en el suyo. Se asean por separado y se unen en la habitación de matrimonio. Sonríen. Carmen sabe que él se quiere cobrar su pieza, el dispendio económico que le supone aquel piso. Se desviste algo pudorosa y se introduce en la cama. A pesar de la calefacción, la habitación está fría. Ramón apenas bebió en la fiesta de Masnou, pues no es hombre de vicios. Carmen sí, y mucho. Desde que comenzó a trabajar en Casa Carola que bebe más de la cuenta. Y fuma mucho, también. Son diversas las ocasiones en que perdió el sentido al salir de algún garito. Ramón se introduce dentro de la cama. Posee un cuerpo raquítico, de formas feas. La piel blanquecina y emite un efluvio de sudor y jabón malo. El pecho velludo, pero fofo. Apaga la luz, no quiere que ella lo vea. Se siente ridículo.

Por la mañana Ramón se levanta pronto, en Lérida le requieren asuntos que no tienen espera. Carmen se queda sola en el piso. Está agotada, pero feliz. La noche anterior fue perfecta, incluso estuvo bien la cama con Ramón. No disfrutó. Pero él la trató con cortesía y eso, para una mujer como ella, es mucho.

Se prepara una taza de café en la cafetera de la cocina. Necesita de varios minutos para saber cómo funciona, pero finalmente consigue ponerla en marcha. Mientras sorbe un café, dándose cuenta de que algo ha hecho mal, pues está frío, piensa que Isabel está tardando mucho en llegar. El día anterior no quedaron en nada concreto, pero supone que es más lógico que Isabel vaya a su piso, que no ella a la pensión.

Terminado el café, coge algo de dinero, del que le deja su protector en un cajón de la librería del salón, y se viste con el mismo vestido con el que fue el

día anterior a la fiesta de Masnou. Quiere que los demás la vean guapa.

En la pensión no hay nadie. Pregunta a la dueña, una mujer obesa con un perenne cigarro en la boca que le humea sobre los ojos y le obliga a cerrarlos de forma constante.

—No la veo desde ayer —responde malhumorada.

Aunque esa mujer siempre parece que está peleada con el mundo.

Se dirige a Casa Carola, a probar suerte. Son las doce del mediodía y allí no habrá nadie, pero en algún sitio tiene que preguntar dónde está Isabel. En la Rambla se cruza con dos patrullas de la policía; esos días la vigilancia es extrema. A la caza de rojos, ya clásica, se suma el aumento de los robos y la proliferación preocupante de la cocaína.

En Casa Carola no hay nadie y el local permanece cerrado a cal y canto, pero en la puerta hay un cartel que Carmen lee con inquietud:

«Cerrado hasta nuevo aviso».

El mensaje lo firma la policía.

—Carmeta —la llama un cliente que la reconoce.

Ella se gira al oír su nombre. Es un catalán del barrio que frecuenta Casa Carola, desde que abre hasta que cierra. No se acuesta con las chicas, pero le gusta invitarlas a tomar copas. Un payés adinerado que no sabe donde gastar los cuartos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ayer vino la policía —comenta—. Un par de furgones y agentes con mala baba. Entraron sin miramientos y se llevaron a algunas chicas.

—¿Algunas, quiénes? ¿Isabel?

—Es una de ellas —asegura—. Lo sé porque justo estaba hablando conmigo cuando se la llevaron. Prácticamente me la arrancaron de los brazos.

—Ya, bueno. ¿Sabes a dónde se la llevaron?

—Supongo que a la comisaría. ¿A qué otro lugar podrían llevarla?

Jefatura no está muy lejos de allí, por lo que va caminando. Cuando llega, el agente que la atiende no le hace mucho caso.

—Soy una amiga de Isabel Perales —se presenta—. Quiero saber qué ha ocurrido.

—Pase por aquí —le indica—. Y siéntese en esta sala, ahora la atenderán.

Lleva cierta cantidad de dinero en su bolso, pero podrá conseguir más si es necesario. Ojalá tuviera ahora las tres mil pesetas que le entregó a su tía Encarna, piensa. Con ese dinero seguro que los agentes pondrían en libertad a Isabel sin hacer preguntas.

—¿Quién espera ahí adentro? —consulta un inspector al policía que atiende a la chica.

—Una amiga de una de las detenidas.

—¿Cuál de ellas?

—De Isabel Perales, me ha dicho.

—¿Sabe de qué la conoce?

—No. Pero por las pintas creo que trabajan juntas.

El inspector se asoma a la puerta, que está entreabierta. La chica está sentada en una silla de madera. Está sola, no hay nadie más con ella. Es un cuarto pequeño de los que se usan como sala de interrogatorios. Ella sostiene en su mano un paquete de tabaco y por lo que parece va a encender un cigarro de un momento a otro. El inspector la mira. La conoce. Sabe quién es.

—No es posible —masculla.

Se trata del inspector Agustín García Drago, el amigo del coronel Brotons que redactó la carta de recomendación para ayudar a su sobrina. La misma que está allí sentada.

Se pone en contacto con el jefe del operativo que registró la noche anterior Casa Carola. Se interesa por el motivo de las diversas detenciones practicadas en ese lugar. El sargento le dice que es una operación que viene de Sevilla, cuando unos meses antes habían detenido a una banda de delincuentes.

—¿Sevilla? Esa ciudad está muy lejos —exclama.

El sargento le dice que hubo un tiroteo y que la guardia civil mató a cuatro de los maleantes.

—Uno de ellos era hermano de Isabel Perales, la chica por la que pregunta esa rubia que está en la sala. A raíz de esa eventualidad nos solicitaron, a través del Gobierno Civil, que se investigara a su hermana. Y así lo hicimos. Durante estos meses hemos tratado de localizarla, pero nos ha sido imposible porque se hallaba en paradero desconocido. Hace unos días, uno de los serenos que trabaja en la calle Verdi recibió el recado de la señora de la casa donde estuvo empleada Isabel Perales, para que se pusiera en contacto con su hermana; intuimos que para comunicarle la muerte de su hermano, algo que hasta ahora ella desconocía. Ese sereno, casualidades del destino, está pluriempleado en Casa Carola como vigilante nocturno. En cuanto se enteró dónde estaba Isabel se lo dijo a una de las patrullas que vigilan la calle. La patrulla, una vez supo el nombre de la antedicha, recordó que esa chica figuraba en algún informe de los que había pendiente, por lo que me lo comunicó a mí —sonríe al terminar de hablar—. Y hasta aquí hemos llegado, inspector.

—Haga algo por mí, sargento.

—Usted dirá.

—Entre ahí, donde está la chica rubia, y pregúntele qué es lo que quiere de su amiga.

El sargento accede y entra en la sala donde espera Carmen. En una conversación con ella averigua que es amiga de Isabel. Las dos se conocen desde que se emplearon como sirvientas en la calle Verdi. Se trasladan juntas a una pensión de la calle Hospital. Y se ponen a trabajar como prostitutas en Casa Carola. Cuando le pregunta si sabe que su hermano era un malhechor en Sevilla y que había muerto en un enfrentamiento con la guardia civil, Carmen lo niega, y el policía la percibe sincera. Así se lo transmite al inspector García, quien lo espera en una sala anexa.

—Prostituta —lamenta en voz baja—. ¿Tiene algún cargo contra la tal Isabel Perales?

—No, de momento. La trajimos aquí para tomarle los datos y así también aprovechamos para registrar su habitación en la pensión de la calle Hospital. ¿Por qué lo pregunta?

—Para saber cómo está la situación —responde—. A la tal Isabel no tengo el gusto de conocerla, pero a esa rubia que espera en la sala, sí. La conocí hace años y también conocí a su familia. Entonces no era una fulana y su familia pertenecía a la clase alta.

—¿Quiere hablar con ella?

—No es necesario, sargento. Agradezco enormemente su gestión, pero prefiero que no me vea.

Esa tarde, después de la liberación de Isabel, las dos amigas se reencuentran en el piso de la calle Avinyó. Carmen le regala el abrigo que le compró el día anterior su protector. Isabel se lo agradece enormemente, propinándole un beso en la boca.

—Te estoy muy agradecida —le dice.

Quedan en que Isabel se trasladará a vivir con Carmen al piso de la calle Avinyó, pero convienen que los días que Pané esté en Barcelona, y reclame su derecho de pernada, ella tendrá que irse a dormir a la pensión.

## Capítulo 32

Las dos comienzan a salir de juerga prácticamente a diario. Son de sobra conocidas en La Rosaleda, el Cortijo o el Trébol y, cuando algún hombre las pretende, ellas se dejan agasajar. Y si hay interés económico se los llevan al piso de la calle Avinyó, donde se reparten las habitaciones. Crean un engranaje de citas y encuentros sexuales de alto nivel económico. Por una hora de sexo pueden llegar a cobrar hasta cuatro duros. Años más tarde se utilizará esa cantidad como expresión para desprestigiar a la prostitución, cuando digan que algo barato cuesta “cuatro duros”.

En esos meses, precisamente, el jefe superior de policía, José Rodríguez Cueto, se refiere en unas declaraciones a la prensa al problema que supone el ejercicio de la prostitución en la ciudad de Barcelona. Comunicando que enviarán a una expedición de mujeres de vida airada para ser recluidas en un establecimiento habilitado en Gerona, donde les darán una solución.

—¿Has leído las declaraciones del jefe de la policía?

—Sí. Y me parece patético que nos llame mujeres de vida airada —responde Carmen—. No sé cómo se nos puede llamar, pero lo de vida airada me parece el apelativo menos afortunado.

—Conozco una a la que enviarán en la segunda expedición. Es una chica que trabaja en Casa Fina, y está ilusionada con viajar a Gerona —comenta Isabel—. Ella conoce a otra chica de la primera expedición y dice que allí no están nada mal. Figúrate, me ha comentado que las tratan como enfermas y desvalidas y las cuidan muy bien para que se retiren de la prostitución. ¿Te das cuenta? Las tratan como si fuesen enfermas porque piensan que la prostitución es una enfermedad.

—Las autoridades sí que son unos enfermos —concluye Carmen.

Pané viaja una vez al mes a Barcelona, tiene problemas económicos. Su industria no marcha bien y le acucian las deudas. Comienza a deshacerse de propiedades que tiene en Mataró, Calella y Barcelona. Necesita liquidez para hacer frente a los bancos y a los prestamistas privados, muchos de los cuales no tienen espera.

En uno de los viajes se entera del uso que hace Carmen del piso y se enfada. Desde una cabina de la Rambla la llama por teléfono y concierta una cita, quiere dejar las cosas claras. Pero Carmen tiene dinero ahorrado. No solo ahorra lo que le da Pané, sino que ella incrementa su patrimonio con dinero extra que ingresa

de sus escauceos amorosos. Además, está acaparando una ingente cantidad de joyas que le entregan sus amantes. Es única y está creando fama y los hombres se la disputan. Su fama llega a oídos de grandes empresarios, de los gordos, de los que no solo tienen dinero, sino que manejan el poder.

—Tendrás que dejar el piso —exige.

La cita en el restaurante Rigat, en el número 14 de la plaza Cataluña. Es un lujoso restaurante que además ofrece espectáculo y ese día actúa Luis Rovira y su orquesta. Recomiendan reservar mesa con antelación, pero Pané no la reserva porque queda con Carmen de improviso. Pero unta al encargado lo suficiente como para que finja haberse equivocado en las reservas.

—El señor Pané y su acompañante tenían mesa reservada —le dice el encargado a un camarero.

La semántica es importante, cuidan el lenguaje. Dicen ‘acompañante’ porque no se arriesgan a decir ‘esposa’ o ‘señora’. Acompañante sirve para todo tipo de mujeres.

—Si me acompaña —le dice el camarero, haciéndoles señas para que los siga por el interior del restaurante.

Una vez sentados, Pané pasa al ataque.

—Si necesitas dinero para irte a vivir a otro sitio, solo tienes que decírmelo.

A Carmen le sabe mal abusar así de él. Después de todo no es mala persona y ella tiene, posiblemente, más dinero que él. Solo en joyas amasó una pequeña fortuna, que cobija en la caja de caudales que tiene en el piso de la calle Avinyó.

Después de cenar no esperan ni siquiera a que concluya el espectáculo. Pané, visiblemente molesto, se pone en pie. Ella lo secunda, no quiere que él monte una escena allí, en medio de la orquesta de Luis Rovira. Caminan sin hablar hasta que llegan a la plaza Cataluña, donde se despiden.

Nunca más se volverán a ver.

—Tenemos que dejar el piso —le dice a Isabel.

Su amiga al principio no la cree.

—¿Dejar el piso? ¿Por qué?

—Ramón se ha enfadado. Me ha dicho que el piso me lo compró para mí, para utilizarlo como nido de amor para nosotros dos cuando él estuviera en Barcelona. Pero se ha enterado que lo usamos para nuestro provecho.

—Paparruchas —se queja Isabel—. A ese lo que le pasa es que ya no tiene un duro. Me ha dicho una chica de Casa Raquel, que lo conoce desde hace tiempo, que está arruinado. Te echa del piso para dejarlo libre y poder venderlo.

Carmen baja la cabeza, no previno que tuviera que dejar la vivienda. Piensa que un piso es importante, y más en una ciudad como Barcelona.

—Tendremos que regresar a la pensión.

—Y bien felices que seremos. ¿O acaso no lo fuimos cuando estuvimos en la pensión de la calle Hospital?

—Supongo que sí. Regresaremos a los orígenes —dice con melancolía.

—Y si no nos apuntamos a esa casa de Gerona, donde dicen que cuidan a las prostitutas.

—Eso no servirá para nosotras, porque nosotras no somos putas.

Isabel arruga la frente.

## Capítulo 33

Vienen años de zozobra. Carmen vagabundea por una Barcelona derruida. Se va a vivir de nuevo con Isabel, con la que esta vez comparte una pensión en la calle Robadors, más económica que la de la calle Hospital. Y más deteriorada, también. Salen a diario y patean una ciudad que se repone de una guerra cada vez más lejana, pero que nunca se olvida.

La sección femenina de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S hace un llamamiento a todos los españoles para que contribuyan al aguinaldo de la División Azul, que lucha por la civilización en los frentes de Rusia. Necesitan soldados, pero sobre todo requieren dinero. El personal de la comandancia militar de marina de Cartagena cede un día de haber de su paga, con destino a la División Azul. Quieren que cunda el ejemplo.

Cascabelitos deja de leer la prensa, ya no le interesa lo que dicen porque la prensa ya no es la misma de antes de la guerra. Su mundo son los locales de ocio nocturno en los que permanece hasta que sale el sol. No hay día que no llegue a casa borracha. Los inviernos son fríos. Pierde los guantes, o se los roban; el pillaje está a la orden del día. Le salen sabañones en las manos. Solo se alimenta de pan negro. «Pan y pillado», dicen en los tiempos del hambre. Las calles huelen a orín y a Zotal:

*«El más poderoso Desinfectante, Antisármico, Insecticida y Microbicida del mundo».*

No es corrosivo ni venenoso, añade la publicidad.

Fuera, en Europa, la Alemania de Hitler expresa su fe absoluta en la victoria del *Reich*. Mientras en la Francia de De Gaulle, el general anuncia la convocatoria de elecciones parlamentarias y municipales para la primavera de 1945. Carmen se pregunta cómo un general puede ser un dictador en España, y otro general un demócrata en Francia.

En Granada conmemoran el 453 aniversario de la reconquista por los Reyes Católicos. Reyes, emperadores y generales forjan un país a golpe de miedo. Pero el Zotal no limpia el olor a miedo. El miedo impregna las calles de Barcelona. Incluso sus nombres transpiran miedo: avenida del Generalísimo Franco, avenida de José Antonio Primo de Rivera, avenida de la Victoria, paseo del General Mola. En esta última calle instalan una tienda donde venden el alcohol de Quina, marca César Imperator. En la propaganda aseguran que con dos veces

al día, el hombre no perderá su cabello. La ciudad, destruida, hundida y desprovista de orgullo, puja por revestir el día a día de una normalidad imposible.

—Señorita —le dice un mellado al que le falta también un ojo—. ¿Entra usted conmigo al cine?

Los mutilados de guerra puján por gastar su paga en una paja en la oscuridad de un cine, donde no se ven las cicatrices de los bombardeos que aún sostienen los edificios petrificados que luchan por subsistir, al igual que hacen sus gentes. Los cines son santuarios donde evadirse de la miseria de la guerra, de la sumisión de los vencidos.

El hijo de la furia se proyecta en la calle Provenza. Allí, un pletórico *Tyrone Power* y una bellísima *Gene Tierney*, construyen una historia de amor. El cine es amor. Al igual que lo es la pajillera que aísla al tullido de la guerra, de la pesadumbre que lo acorrala. El mellado, mientras tanto, se imagina que quién está allí, a su lado, es la excelsa actriz. Sus ojos acuosos que iluminan la tez de Tyrone son de un color imaginario, pues el blanco y negro de la pantalla le permite forzar su imaginación y pintar el mundo a su antojo. Cascabelitos no mira. No quiere ver mientras su mano se desliza, torpe. Aquella mujer de la pantalla tiene su edad y a ella le gustaría estar allí, con El hijo de la furia, atrapada en la pantalla, y no fuera de ella, donde también está atrapada.

—¿Nos volveremos a ver? —le pregunta cuando ella se pone en pie y se limpia la mano en la camisa rota del desdentado, mientras sonrío mostrando solo un diente.

—Seguramente no —replica con rabia, mientras recoge un duro que cae en su mano como si fuese el yunque de un herrero.

Frente a ella, un cartel anunciando la nueva nevera eléctrica Frisan, donde dice que es *Mayor, mejor y más bella*. En esos años la belleza solo está en los objetos, las personas la perdieron por completo.

Carmen asiente llorosa en sus paseos por la Rambla, donde se golpea en las esquinas, donde la increpan y donde algún militar le ofrece su compañía por unas cuantas pesetas. La necesidad de comer la fuerza a vender joyas en un bajo de la calle Santa Ana, donde compran oro, plata y platino. Dicen que pagan bien, pero todos saben que es mentira; incluso ella lo sabe. Nada es verdad. Observa a los ganadores de la guerra como cenán con champán, acompañados por mujeres de largas piernas, cubiertas por medias Pankelín, que las protegen del frío. Y se llenan las tripas en el Ritz, el Abrevadero o la Parellada. En el Parador del Hidalgo, en el Paseo de Gracia, de manera habitual se organizan cenas de celebración donde participan delegaciones consulares. El Parador anuncia su cena de fin de año en un ambiente familiar. Carmen ríe por no llorar y se

pregunta cómo puede ser un ambiente familiar la reunión de hombres de la burguesía y estraperlistas en un mismo espacio. Es como si una cena entre republicanos y nacionales se le pudiera llamar «cena de ambiente familiar».

Hasta los bares se empapan de la sumisión a los vencidos, como el café de Navarra, en la calle Caspe, que cambia el nombre después de que lo visiten con frecuencia jefes franquistas. De restaurante Euskadi a café de Navarra, de la noche a la mañana, como homenaje a las tropas navarras que habían entrado en Barcelona el 26 de enero de 1939, así se lo hace saber su propietario a los jefes que disfrutaban de su comida.

Asiste indignada a como los locales y restaurantes adquieren una sonoridad castellana que despoja de encanto a la Barcelona que conoció cuando su tío le dijo que se fuese a vivir con ella, lejos de la guerra. Pero la guerra, como la muerte, te persigue allá donde vayas. Camina cojeando, uno de los tacones se le ha partido. Pasa ante un grupo de hombres que fuman mientras ríen. Ver a una chica guapa cojeando y con los ojos desorbitados de la borrachera, les insufla el coraje como para insultarla.

—Putas —increpan.

Uno de ellos se acerca y simula darle un beso. Ella se aparta y sale corriendo. Trastabilla y se cae delante de un escaparate. El comerciante la observa desde dentro. Seguidamente otea el teléfono, que lo tiene cerca.

—Si esa entra —medita—, llamo a la policía.

Carmen camina deprisa, Rambla abajo. En su borrachera teme que la lleven al centro de detención y clasificación de indigentes de Montjuic. Recuerda que ya es mayor de edad y ya no la pueden amenazar, como cuando era una adolescente, con trasladarla al temible asilo Durán, en San Feliú de Llobregat, donde ingresan los niños mendigos. En su caso sabe que la llevarán a la flamante prisión de mujeres de la barriada de las Cortes. Había leído, cuando la inauguraron, que todas las instalaciones contaban con luz directa y tenían las exigencias de la higiene moderna. Luz y limpieza, medita. Y es la primera vez que calibra que ir a prisión no es tan mal asunto. Allí tendrá refugio, comida, agua y cuidados.

De repente escucha voces a su espalda. Pero no se gira, ya nadie se gira cuando se oyen tumultos. Atrás quedaron las asonadas de protesta. Unos mozos corretean Rambla arriba, perseguidos por un comerciante que los increpa. «A mí la policía», chilla. Aquellos violadores de la propiedad quieren su botín. En la carrera se les caen habas, alubias, lentejas y garbanzos. Carmen sabe que no lo quieren para ellos, hace falta una cocina para eso. Y cocinar requiere tiempo. Y tiempo ya no tienen. Lo quieren para venderlo a granel por un puñado de pesetas. Y con esas pesetas ya comprarán otras cosas. Pesetas, es lo que quieren.

En un comercio de los que hay más abajo se asoma otro tendero. Este mira y

no habla.

—Déjalos —le dice a su colega.

Teme que llame a la policía. La policía cuanto más lejos, mejor. Los comerciantes tampoco son unos santos. Cuentan que adulteran la leche, y entonces sabe más a agua que a leche. Y piedras en las lentejas, para que pesen más.

—No llames a la policía, hombre —le riñe con un forzado acento catalán, pero en castellano; nadie habla catalán en público.

Carmen se recompone. Un trompazo en el suelo, a causa de la cojera del zapato sin tacón, la despeja lo suficiente como para seguir caminando. Ella solo quiere llegar a la pensión y echarse en la cama. Piensa que al día siguiente, cuando despierte, volverá a estar en Boltaña. Con sus padres. La guerra solo habrá sido una película, como las que proyectan en los cines. En su tránsito repara que el perfume parisino de los tiempos cuando vivía en el piso de Pané, ha sido sustituido por el Zotal. El Zotal es el olor de la desesperación, de la inmundicia. Ya no hay confiterías en la Rambla, solo hay pan negro. Y las conversaciones silenciosas de las damas y caballeros, bastón y paraguas en mano, son reemplazadas por los gritos de desesperación.

A la altura de la calle Robadors, antes de llegar a la pensión, hay aparcado un *Buick Sports Coupé*. Es el coche más pequeño que ha visto jamás. Incluso tiene dudas de que dentro quepan más de dos personas. Un grupo de mozalbetes lo rodean, pero no lo tocan. Desconocen quién es el propietario, y quizá se enfade si ve que unos chicos harapientos lo ensucian con sus manos negras de recoger colillas por la calle. Una pareja de burgueses, él sonriente y avejentado, ella joven y hermosa, se sientan en el coche. Seguro que son de esos que rezan el Rosario en familia antes de comer, medita. El coche arranca. Carmen lo sigue con la mirada cansada y ve como se pierde por el monumento a Colón. Levanta los ojos y observa la estatua.

Llega a la pensión y abre, con descompasada dificultad, la puerta. Apenas se sostiene en pie y se ha orinado encima, al no poder contener el exceso de alcohol. Se echa sobre la cama y mira el cochambroso techo, donde pende una bombilla.

—Mañana será otro día —bosteza.

Duerme toda la mañana y se despierta al mediodía con dolor de cabeza y la boca pastosa. Se incorpora en la cama y abre el cajón de la mesilla de noche donde espera hallar un cigarrillo. Y entonces ve algo que ni siquiera recuerda que conservara entre sus pertenencias. Allí, en el centro del cajón, al lado de una polilla que se desvanece como el polvo que es, permanece inalterable al paso del

tiempo la tarjeta que le entregó el empresario amigo del señor Domenech, en el piso de la calle Verdi. Lo recuerda como si fuese ayer. Los dos estaban solos en el salón de la casa y el empresario le dijo que si algún día necesitaba algo que se pusiera en contacto con él.

Coge la tarjeta entre sus dedos de uñas rojas y descoloridas. La lee en voz alta:  
—Julio Muñoz Ramonet.

Más abajo figuran los datos de contacto, teléfono incluido. Se levanta de la cama, ni siquiera se calza con las zapatillas. Se lava la cara en el aseo comunitario y sale a la calle. Busca en las Ramblas una cabina de teléfono.

—Señor Muñoz —dice al escuchar la voz de su interlocutor al otro lado del auricular.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Carmen Broto —contesta—. Cascabelitos.

## Capítulo 34

Carmen cumple los veinticinco años en abril de 1947. Y el mejor regalo de cumpleaños lo recibe del empresario Juan Martínez, el cual le monta un piso en el número 16 de la avenida San Antonio María Claret, haciendo esquina con el Paseo San Juan. Su nuevo piso es el broche de una carrera como mujer de compañía que la equipara con las damas de la alta sociedad catalana.

A Juan Martínez lo conoció cuando comenzó a frecuentar, en compañía de su actual protector, el industrial Julio Muñoz, la mayoría de salones y bailes de Barcelona. El empresario ofrece espectáculos en el teatro Tívoli, en el número 10 de la calle Caspe. El teléfono del local, el número 14252, es el más demandado en esos años para presenciar buenos espectáculos de calidad indiscutible. El día que la invitaron a ver la ópera que lleva su nombre: ‘Carmen’, no tuvo ningún inconveniente en observar el cartel de publicidad donde en letras bien grandes podía leerse:

*¡¡VIVA FRANCO!! ¡¡ARRIBA ESPAÑA!! Antonio Cortis, María Espinalt, Pedro Terol y Matile Martín, dirigidos por José Sabater, representaban la ópera en soberbio conjunto de masa coral.*

Solo sobreviven los que aceptan la dictadura, y Carmen es una superviviente. En su camino hacia el estrellato se fue despojando del lastre que no la dejaba avanzar, como su amiga Isabel, a la que no veía desde hacía meses y con la que se distanció cuando ella comenzó a tontear con las drogas hasta que murió sola, en una habitación de una pensión de la calle Carmen.

«Qué ironía», pensó «mi mejor amiga ha muerto en una calle que lleva mi nombre».

En las últimas veces que se vieron, Isabel iba de cocaína hasta las cejas y Juan le advirtió de que no era una compañía recomendable, porque incluso traficaba como medio de vida.

—La cocaína da dinero, pero también trae problemas —le dijo.

Y mientras Carmen recuperó la belleza extraviada durante esos años de privaciones, Isabel se consumió como una caricatura de ella misma. Se adelgazó tanto que se quedó en los huesos, sufría constantes temblores en las manos y sus ojos, en tiempos hermosos, se enrojecieron y mostraban las pupilas dilatadas a

plena luz del día. Y lo peor, y lo que más le dolió a Carmen la última vez que se vieron, es que arrastraba las palabras cuando hablaba y no se entendía nada de lo que dijera.

Carmen se siente, por primera vez en muchos años, dichosa. Sin proponérselo encuentra a los dos hombres de su vida en un equilibrio que la colma de felicidad. Y mientras Juan Martínez la pasea por los mejores espectáculos de la noche barcelonesa, Julio Muñoz le sufraga los gastos y le compra todo lo que necesite. Hay días en que recuerda aquel hombre que conoció en la calle Torrente de la Olla y murió aplastado bajo las ruedas de un vehículo militar. Recuerda sus palabras como si se hubieran convertido en un vaticinio de lo que sería ella años más tarde.

*«Una mujer de compañía no es una prostituta ni una amante ni una querida ni una sirvienta ni una mantenida, una mujer de compañía es un intercambio comercial y beneficia a ambas partes».*

Juan Martínez Penas había nacido en Pontevedra en el año 1888, donde se licenció en Derecho con 27 años, ingresando en el Ministerio de Estado en 1915. Estuvo en París como agregado cultural en la embajada española. Ya en los años veinte destacó como empresario teatral y en 1935 llegó a Barcelona para encargarse del teatro Tívoli, donde se alternaban sesiones de cine y revista. Se le atribuyeron varias historias amorosas con actrices y gente de la farándula; aunque sus más allegados conocían su condición homosexual. En septiembre de 1942, el diario La Vanguardia publica una nota de sociedad donde lo etiqueta de ‘popular e inteligente’. El empresario del Tívoli acababa de regresar de Palma de Mallorca, donde montó el teatro Principal, con gran éxito, y tenía previsto viajar a Portugal, donde lo reclamaban por negocios teatrales. La prensa lo alabó y publicaron sus constantes aciertos en los programas que ofreció al público barcelonés, llenando de prestigio al que calificaron como el Coliseo de la calle Caspe.

—Oye, Juan —le pregunta Carmen en un trayecto a bordo del Hispano-Suiza, desde el Tívoli hasta su piso—. ¿Por qué llaman a tu casa La catedral de la leche?

Él sonrío. La mira mientras conduce, sin perder de vista la calzada.

—Es por una actriz amiga mía, que me visitó hace unos años —emite una mueca de chanza—. Estuvo una semana entera en mi casa y los porteros de la finca la bautizaron así, te puedes figurar por qué.

Carmen comprende que esa actriz debía ser tetona y de ahí el apodo.

—¿Quién era? —se interesa.

—Una actriz de tantas —le dice—. No tiene mayor importancia.

Carmen lo observa con admiración, mientras él conduce. Es un hombre sereno, culto y adinerado. Y pese a ser homosexual, no reniega de ello y no lo oculta a la gente que lo conoce. Sabe que cuando la deje en su piso, se irá al encuentro de algún amigo.

De tanto entrar y salir de su finca, y a fuerza de esperarlo en la portería, Carmen hace amistad con el portero. Se llama Asensio Talegón y es un chico joven, atractivo y de ojos verdes. El empresario desaprueba que Carmen alterne con un empleado de su finca, porque debe mantener su estatus de cara a los demás, pero ellos se ven a escondidas. Asensio le hace el amor en la garita del vigilante, donde protege la casa del empresario. Es la primera vez, desde que tiene uso de razón, que obtiene un auténtico orgasmo. Se asusta con el primero, porque la sorprende. Ningún hombre la había hecho disfrutar. Quizá porque fueron relaciones comerciales las que mantuvo hasta entonces. Pero con Asensio es distinto, a ese chico lo quiere.

—No deberías juntarte con esos hombres —le recomienda—. No son buenos para ti.

—Es por interés —se defiende—. Estoy con ellos por interés, no por amor. Por amor estoy contigo.

—El tal Muñoz no es trigo limpio —la previene—. Su fortuna se origina por la política de autosuficiencia económica del régimen, surgida porque España no posee una base tecnológica e industrial necesaria para un desarrollo como sería el caso de Alemania. En España no hay industria —repite, como si fuese un dogma—. En España solo tenemos autarquía provocada por el desastre económico y social del que siempre hemos sido los primeros, facilitando el surgimiento del mercado negro.

—¿Mercado negro?

—El mercado negro surge cuando la picaresca estabiliza mecanismos dirigidos a superar las restricciones impuestas por el sistema —explica—. Esta economía sumergida recibe el nombre de estraperlo. Y Julio Muñoz es su rey.

El uso de esa palabra le provoca la risa, por hallarla complicada. Incluso a veces quiere referirse a ella y no la recuerda. Es una palabra que conoce desde hace tiempo, pero aún no ha sabido dotarla del significado correcto o la amplitud que precisa un concepto tan complejo.

—Es el Rey del estrepo... estrepil...

—Estraperlo, mujer. Al final lo aprenderás —dice con acento murciano.

—Es-tra-per-lo —pronuncia despacio, provocando la sonrisa del portero.

—¿Tú eres roja, verdad? —le pregunta de sopetón.

A Carmen se le amorata la cara. Es la segunda vez en su vida que alguien asegura que ella es roja. Siente como si a través de sus ojos surgiera el alma de su tío que, como habían dicho alguna vez, era más rojo que Negrín.

—Lo era, pero ahora ya no sé que soy.

—No tengas miedo —resta importancia a sus palabras—. Pero quiero referirte una historia que a un facha no le haría gracia.

—Prueba a ver si me hace gracia o no —sonríe.

—El estraperlo no es un invento de los franquistas, ya existía durante la Segunda República. El nombre viene de la introducción en España de un juego de ruleta eléctrica de la marca Straperlo, que viene de los nombres de los tres negociantes: Strauss, Perel y Lowann. El caso es que para traer las ruletas aquí necesitaban el visto bueno del gobierno, por lo que sobornaron, supongo sabrían que en España es moneda habitual de negocios, a altos cargos, entre los que estaba Aurelio Lerroux. ¿Sabes de quién te hablo?

—No —niega con la cabeza, mientras emite un ligero bostezo.

—¿Te aburro? —le pregunta mientras le toca el culo en un gesto de picardía.

—No, no. Solo estoy cansada. Pero con tu conversación la espera se me hará más corta. Parece que Juan no tiene prisa por salir —dice mientras mira hacia la puerta de la casa del empresario.

—Si solo hacemos el amor y luego no hablamos parecerás una fulana.

Carmen no se ofende, entiende que bromea.

—Sigue, que este está a punto de salir.

—Pues Lerroux era el líder del Partido Radical y el tal Aurelio era su sobrino. Un pez gordo, vamos. Al final, y por ir al grano, el caso es que la ruleta estaba trucada y cuando se descubrió la estafa prohibieron el juego. El escándalo fue de tal magnitud que supuso el hundimiento del Partido Radical y fue uno de los motivos que hicieron saltar a Alejandro Lerroux como Presidente del Consejo de Ministros de la República.

—Pero de eso hace muchos años, ¿no? —muestra ironía en sus palabras.

—Sí. No sé cuántos, pero seguramente no habíamos nacido ninguno de los dos. El caso es que desde entonces la palabra estraperlo se utiliza para designar cualquier tipo de negocio ilegal y amañado.

—¿Y tanto rollo para decirme eso?

Carmen desvía la mirada hacia una hilera de libros que crece desde el suelo de la estrecha garita hasta casi tocar el techo. No duda de que esos libros son los que nutren de facilidad de lenguaje y de conocimientos a Asensio.

—Entonces... —medita Carmen—. Lo que hacen Juan Martínez y Julio Muñoz y otros tantos estraperlistas... ¿es ilegal?

—Yo no he dicho eso, o no lo he dicho así —se defiende—. Ahora, en estos

tiempos, lo legal o lo ilegal no es lo que está bien o mal, sino lo que los que mandan dicen que está bien o mal.

## Capítulo 35

Los beneficiarios del estraperlo son lo más afines y próximos al régimen, mientras que los vencidos son los que sufren las consecuencias de esa política económica. Como ha ocurrido siempre, desde el inicio de los Estados, las multas impuestas castigan a los pobres de modo desproporcionado, mientras que dejan impunes a los grandes estraperlistas que siguen amasando fortuna a la sombra del dictador. A Carmen no le importa, o finge que no le importa. Después de la muerte de sus padres y del asesinato de su tío, comprendió que la vida es como es y es indistinto lo que se esfuerce en cambiarla, porque nada de lo que haga la cambiará. Pero sí que puede modificar su trayectoria individual, en lo que a ella le concierne.

No le interesan lo más mínimo los negocios de sus protectores. Ni siquiera quiere saber lo que es el estraperlo, del que todo el mundo habla como si fuese cocaína o un delito. Pero sabe que es legal. Y contra la legalidad no hay nada que hacer, máxime si viene de los vencedores, que en su momento ya impusieron la suya. La proliferación del estraperlo estriba en que es un elemento clave en la política franquista de mantener una España dividida entre vencedores y vencidos. La escasez obliga a que aumenten los precios. Todo está disponible en el mercado negro para quienes dispongan del dinero necesario. En cambio, las familias de los vencidos, cuando los hombres o las mujeres no están en la cárcel, exiliados o muertos, se mantienen en el paro.

Llegan los tiempos de estómagos vacíos. De desayunos, comida y cena con papilla. De comer con cuentagotas, cuando hay comida. De colas interminables. Plato único y, lo más aberrante, palomas en la olla. La población de palomas de Barcelona baja de manera alarmante, al igual que la de gatos y perros, que prácticamente desaparece.

El régimen instaura la cartilla de racionamiento, instituyéndose como el símbolo más palpable de la miseria de la posguerra. Las cartillas funcionan como un talonario con diferentes cupones, y determinan qué se puede adquirir durante qué período de tiempo y en qué establecimientos. Cada municipio elaboraba un censo para controlar el número de cartillas de racionamiento que circulan en su demarcación. Se establecen cartillas de tres categorías en función de los ingresos mensuales del núcleo familiar y del número de miembros de cada familia. Las cartillas (una que regula la carne y otra que establece los cupones

para el resto de productos), se entregan al padre de familia. En la cartilla tiene que figurar el nombre y dos apellidos, el domicilio, el número de personas que viven con él; el sexo y la edad de cada uno, y el establecimiento donde recogerán el género, que tiene que ser aquel donde normalmente se adquieren los productos. Después solo hay que seguir a través de los periódicos y la radio la lista de alimentos que se reparten al día siguiente.

Para trabajar y acceder a las cartillas de racionamiento es imprescindible poseer documentos de identidad y salvoconductos, para lo cual necesitan certificados de buen comportamiento expedidos por los representantes locales de la Falange o por un cura. Los curas mandan más que nadie. Los vencidos, sin dinero, a menudo tienen que vender las cartillas de racionamiento, a pesar de sufrir el hambre y la humillación por esa venta. Los ciudadanos entienden que el hambre puede ser el más despiadado de los órganos represores.

Carmen percibe la ciudad de manera distinta a como la ven los demás. Se pasea a bordo de coches elegantes y es como si todo lo observara a través de un cristal transparente donde entra la luz, pero no la peste de la inmundicia. Los chóferes de esos vehículos evitan los barrios pobres, solo circulan por las zonas pomposas de la ciudad. Carmen lo sabe. Sabe que la tuberculosis es una bestia negra que se nutre de la alimentación deficitaria que castiga a los habitantes de Barcelona, una ciudad que se derrite sobre sus propios escombros. La asistencia sanitaria es deficiente y escasea el jabón. Sabe, aunque no lo digan los diarios ni la radio, que la mitad de los muertos por enfermedades infecciosas en la ciudad son por esa enfermedad. Los vigilantes y los policías ahuyentan a los mendigos que pululan desorientados por las calles de los ricos. Ellos, los poderosos, no quieren a esa gente frente a sus casas. Piensan que si no los ven, es como si no existieran. Ojos que no ven, corazón que no siente, pero el no ver no significa que lo que hay delante no esté ahí.

—¿Tuberculosis? —se interesa Carmen, cuando Asensio se lo comenta en la garita del vigilante.

—No solo la tuberculosis —contraviene—. El paludismo, el tifus, la disentería, la meningitis, la bronquitis, el sarampión y las diarreas. Por citar solo algunas que me vienen ahora a la mente.

—Consigues que me sienta culpable —recrimina—. Yo no tengo la culpa de lo que ocurre en Barcelona. Y no soy culpable de que esas enfermedades de las que hablas, el paludismo, el tifus, la disentería, la meningitis, la bronquitis, el sarampión y las diarreas, campen a sus anchas alrededor nuestro.

Asensio se sorprende de que a Carmen le cueste pronunciar estraperlo, pero sepa recitar de corrillo nombres de enfermedades impronunciables. Piensa que como actriz sería impagable.

—Ninguno de nosotros la tiene... —se silencia unos segundos—. Y la tenemos todos.

—Yo solo quiero ser feliz —contiene una lágrima que puja por salir de su ojo—. He sufrido mucho y ahora solo disfruto el momento.

—Todos hemos sufrido. Pero nuestro sufrimiento no nos hace menos inocentes.

—¿Y cómo podemos ayudar? ¿Acaso pretendes que les arrojemos comida por la ventanilla del coche? ¿Que nos despojemos de nuestras pertenencias y se las demos a ellos?

Asensio esquivo sus ojos. No quiere mirarla para no sentir su dolor. Sabe que Carmen sufre, pero también sabe que no sufre por esa gente que agoniza de hambre y de miedo.

—A ti no te interesa esa gente —infiere—. Lo que te interesa es tu bienestar. Si te interesaran, robarías el dinero de ese —señala con la cabeza hacia la casa del dueño del Tívoli—. Y el de Julio Muñoz y el de todos esos amigos tuyos que viven de la miseria de los demás.

—Me hablas de robar como medio de ayudar a los demás —se queja—. Cuando siempre he mantenido que robar no está bien. Nunca lo hice, ni en los peores momentos de mi vida, y no lo haré ahora.

—Pues entonces —concluye Asensio—, la ciudad que amas se llenará de recién nacidos que morirán antes del primer año de vida. Y la suciedad traerá chinches, pulgas, piojos y sarna.

A raíz de esa última conversación con el portero, los dos jóvenes están varios días sin hablarse. Carmen se limita a esperar al empresario en el coche y ni siquiera se acerca a la portería para no cruzarse con él.

Tiempo después, un día que acompaña al empresario, se asoma a la caseta del vigilante con intención de reconciliarse, pero comprueba que hay un chico distinto. Este es mayor que Asensio y la ausencia de cabello es total, reluciendo una limpia calva bajo la tenue luz de la farola que tiene enfrente.

—¿Y Asensio? —le pregunta.

—No lo sé —responde—. Creo que es el chico que había antes trabajando aquí —señala el suelo con la barbilla.

—¿Sabe a dónde ha ido?

—No —replica con expresión seca.

Durante unos días se siente profundamente triste. Cree que no ha hecho lo suficiente para mantener su amistad. Incluso se siente culpable por su marcha y concibe que él dejó el trabajo para no verla más a ella. Pese a intentarlo unos días, no halla la manera de saber de su paradero. Tampoco quiere preguntarle a

Juan, porque sabe que el empresario desaprueba que ella se mezcle con los empleados de la finca.

En un par de semanas, Carmen se olvida de él.

## Capítulo 36

A comienzos del año 1948, se refugia en España un personaje siniestro de la Alemania Nazi. Se trata de Otto Skorzeny, al que los más sagaces miembros del servicio secreto aliado buscan en calidad de responsable del espionaje y sabotaje alemán. Desde que finalizó la guerra mundial, es considerado uno de los hombres más peligrosos y más diabólicos de Alemania. Skorzeny es conocido por organizar el espectacular rescate de Mussolini, después de la rendición de Italia y dirigió múltiples operaciones de paracaidistas detrás de las líneas aliadas. Desapareció junto a varios de sus mejores hombres cuando se desmoronó la resistencia alemana y el mando norteamericano tuvo noticias de que se ocultaba en las montañas de la frontera entre Alemania y Checoslovaquia. Al lugar enviaron fuerzas especiales, pero no lo hallaron, si bien recogieron rastros que indicaron que había estado allí.

Skorzeny fue juzgado y absuelto por el tribunal de Nuremberg, al no reconocerlo como culpable de los diversos crímenes de guerra que se le imputaban. Puesto en libertad, lo detuvieron nuevamente por orden de un tribunal alemán en lo que se conoció como la *desnazificación*, que según la conferencia de Potsdam consistía en la depuración de cualquier influencia nazi en la sociedad resultante después de la guerra. A las pocas semanas de esta última detención, consiguió escapar gracias a la ayuda de un grupo de antiguos oficiales de las SS, desapareciendo misteriosamente.

Algunos medios franceses aseguraron en sendos artículos haber contactado con testigos que afirmaban haberlo visto en París. Incluso añadieron que lo vieron en algún bulevar, disfrazado para no ser reconocido. El gobierno llegó a admitir la posibilidad de que el nazi hubiera podido entrar en Francia, pero se excusó en que quizá utilizó un pasaporte falso.

El 27 de julio de 1948 se establece en Madrid, donde es bien tratado por el régimen de Franco, ya que goza de gran prestigio y popularidad debido a sus hazañas en la guerra europea. Pero unas semanas antes de viajar a Madrid, se refugió en Barcelona. Compró una casa en la calle Balmes, pagando en metálico al ilusionado propietario que cerró un negocio redondo sin que el comprador se hubiese molestado, siquiera, en ver la vivienda antes.

A Skorzeny le urge instalar una caja fuerte en su nueva casa. En su poder hay efectos y documentos importantes que deben ser custodiados convenientemente.

En una ciudad hostil, sin amigos que le puedan apoyar, decide buscar una cerrajería poco conocida, que ni tan siquiera se anuncie en la prensa. Camina por la calle, donde tiene el piso, hacia arriba, alejándose del mar, y llega hasta el barrio de Gracia. En la calle Alegre de Dalt se cruza con una señora que le infunde confianza.

—Busco un cerrajero —le solicita con un fuerte acento que la mujer no es capaz de determinar de dónde es.

Otto es una persona terriblemente inteligente. Lo es tanto, que en unas semanas, y solo escuchando la radio, es capaz de comprender el idioma del país donde es acogido.

—Hay uno en la calle Encarnación —responde la mujer, algo sorprendida por las aparatosas cicatrices que ese hombre muestra en su rostro, al mismo tiempo que señala la dirección con su mano extendida hacia donde debe dirigirse.

El alemán llega hasta la puerta de la cerrajería. Dentro observa a un chico joven, de pelo claro, bigote rubio y ademanes que en ese instante percibe como femeninos. Incluso su voz, cuando le responde, así lo demuestra.

Le dice que necesita una caja de caudales. Pero le especifica que es para una casa y que tiene que estar hecha a prueba de bombas. El empleado, Jaime Viñas, le comenta que para ese tipo de encargo debe hablar directamente con el dueño, el señor Navarro, que en esos momentos, por lo que parece, no está en la tienda, ya que se encuentra fuera realizando una reparación.

Rápidamente llega Navarro a la cerrajería, al que avisó por teléfono el empleado, y se interesa por el encargo de aquel extranjero. El alemán le explica qué es lo que quiere y quedan que en un par de días, tres a lo sumo, se personará en su casa de la calle Balmes con la caja de caudales que solicita. Pactan el precio y, al mismo tiempo, le indica que en el precio entra también la instalación.

Navarro y Viñas trabajan durante una jornada completa en la casa del alemán, ya que deben picar en la pared para preparar un agujero donde encajar la caja de caudales. El alemán, muy amable, los agasaja con cervezas que adquiere en un bar que hay en su calle e, incluso, los invita a comer cuando llega el mediodía. La causa, se sincera con ellos, es que le urge la instalación de esa caja y es su deseo que se haga en un solo día. Por la tarde, cuando comienza a anochecer, Viñas debe regresar a la cerrajería a terminar otros encargos que, aunque menos importantes, no debe dejarlos pasar por suponer también un ingreso de dinero en el negocio. Navarro y Skorzeny se quedan solos.

—Debe tener muchas cosas que guardar en esa caja —le comenta.

—Las cosas grandes en tamaño no son importantes —argumenta filosófico y con dificultad en la pronunciación—. Lo pequeño es lo que más valor contiene.

Ante el gesto de incompreensión del cerrajero, al que le cuesta interpretar las

palabras de su cliente, el alemán le muestra dos cosas que le sirven como ejemplo. Un pequeño mantel cuadrado de no más de cinco centímetros, conteniendo un brillante en su interior. Y una cajita de metal con el logotipo de las pastillas Richelet, en cuyo lateral se lee claramente el precio: 90 céntimos.

—¿Un diamante y pastillas para la tos? —interroga jovial.

—Oh, no —rechaza el alemán, a la vez que hace aspavientos con sus dos manos.

—Respecto al diamante está en lo cierto, pero la caja es otra cosa distinta. Esta caja contiene pastillas, pero no son para la tos, sino que son para el sufrimiento. Y yo siempre las llevo encima por si las necesito. ¿Comprende lo que le digo?

—Pastillas del suicidio —cuchichea Navarro—. Lo comprendo perfectamente.

En ese instante entiende el motivo por el que ese hombre tiene el rostro cosido de cicatrices.

## Capítulo 37

A mediados del verano de 1948, Carmen pasa unos días en Caldetas, una pequeña población de la provincia de Barcelona. Jordi Nebot, uno de sus amantes, dispone de una vivienda que compró recientemente en esa localidad, en el Paseo de los Ingleses, por la que pagó trescientas mil pesetas. Ella lo acompañó el día que cerró el trato, y le llamó la atención que el industrial ni siquiera hubiera regateado el precio, lo que significaba que tenía mucho dinero.

Durante la guerra, fueron miles de casas las que abandonaron sus propietarios y las ocuparon diversos colectivos de la República, mientras estaban en retirada. Los días que Barcelona fue bombardeada por la aviación italiana, las delegaciones diplomáticas, ante el peligro que suponían los bombardeos, decidieron instalarse en Caldetas. Sus edificios están intactos y conservan la solera al haber sido la villa declarada zona libre de bombardeos durante la guerra, por las diversas sedes diplomáticas que allí se cobijaron. Francia, Inglaterra, Bulgaria, Costa Rica, Argentina, Holanda, Norteamérica y Dinamarca, repartieron sus embajadas por Caldetas, incluso el hotel Colón fue ocupado por el denominado Comité de la República.

Nebot le dijo que en invierno era poco recomendable viajar hasta la zona del Maresme, y en especial a las poblaciones de Calella, Canet o Arenys de Mar, por los fuertes temporales que solían cebarse con la zona. Le recordó como el invierno anterior, el de 1947, se produjo un temporal que afectó a toda la demarcación desde Barcelona a Calella, y cuyos destrozos no recordaban los más ancianos de la zona de haber vivido en los últimos cuarenta años. Y todavía les faltaba, según dijeron, el que conocían como *temporal de las habas*, que temían fuese a destruir todo el litoral. El alcalde, Luciano Riera Rosell, calculó en más de tres millones el importe de los daños que ese año causaron las tempestades. Pese a todo, Caldetas era un lugar turístico de primera magnitud y Nebot adquirió la costosa casa por el importe solicitado.

A Carmen, ese verano, la lejanía de la ciudad de Barcelona le viene bien. La playa la despeja al mismo tiempo que su piel blanquecina adquiere un color tostado que la favorece. Y como la Compañía Telefónica de España aún no ha instalado el teléfono, disfruta también del aislamiento que eso le confiere. Esas semanas de lontananza y separación de Barcelona, de Juan Martínez y de Julio Muñoz, la sumergen en un bienestar que entiende será perecedero. El empresario se hace acompañar por Carmen por las tardes, en el Paseo de los Ingleses, donde

los dos pasean cogidos del brazo. El nombre de ese tramo del paseo marítimo le viene desde la segunda mitad del siglo diecinueve, cuando la burguesía británica eligió Caldetas como destino de veraneo y se construyeron casas de estilo novecentista a la orilla del mar. Por la mañana va a la playa y provoca el deleite de los bañistas que no pierden detalle de su traje de baño. Las familias llenan la arena de parasoles, hamacas, gandulas, cestas de merienda y guardaviandas, mientras que Nebot se queda en la casa despachando con otros hombres de negocios que lo visitan.

Una tarde, en un bar de la playa, donde toma un refresco Nebot, mientras Carmen se zambulle en el agua, el empresario paga al camarero su consumición, dejando una peseta de propina sobre el mostrador. Cuando Carmen sale del agua, sobre la barra permanece cara arriba la moneda con la efigie de Franco. Al verla, coge la moneda con sus dedos arrugados, pues lleva rato sumergida en el mar, y profiere, visiblemente molesta:

—¿Hasta aquí lo hemos de ver?

El camarero la mira con forzada inquietud. Primero sonríe, pero a continuación le arranca la moneda de la mano sin mediar palabra, como si quisiera robarla.

—Eh, oye —interviene Nebot al presenciar la escena—. ¿Qué te crees que estás haciendo?

—Protegerla —responde el camarero—. Esto está lleno de fascistas —añade.

El empresario lo observa, sus ojos transmiten inquina. El camarero se da cuenta de lo desafortunadas que han sido sus palabras, sobre todo porque desconoce a quién tiene delante.

—Lo siento —se disculpa—. No sé por qué hablo así. El cansancio —se justifica—. Muchas horas de pie y el calor del verano me hacen decir tonterías.

El camarero desconoce que la palabra fascista ya no es despectiva, pues es la expresión de los vencedores. Decir fascista equivale a decir enemigo de los comunistas. Y un enemigo de los rojos no puede ser malo; aunque lo intente.

A la mañana siguiente del incidente, Carmen regresa al bar después de su baño en la playa y comprueba con tristeza como el camarero no está, cuando en la última semana lo había visto cada día. Sabe que no es su día libre, porque en los chiringuitos de la playa no hay días libres para los empleados de los negocios que solo trabajan esos meses. En su lugar hay un hombre entrado en años que refunfuña constantemente cuando sirve a los clientes. Va ataviado con camisa y corbata; empapada de sudor, la espalda mojada y la frente chorreando. Por el aspecto, Carmen supone que es el dueño. Y como dueño no está acostumbrado a trabajar, de ahí su enfado.

—¿Y ese chico tan amable que sirve aquí? —le pregunta.

—Lo eché ayer —brama—. Aquí no queremos rojos. Mis clientes son muy respetables como para que les sirva un amigo de los comunistas.

En ese instante, Nebot se acerca hasta el mostrador y Carmen busca una explicación en sus ojos; intuye que algo ha tenido que ver en el despido de ese camarero. No hay explicación, no es necesaria. El rostro de Franco, incluso cincelado en una moneda, es poderoso.

## Capítulo 38

En el mes de septiembre de 1948, Carmen retoma sus salidas nocturnas por Barcelona, algo que echaba de menos después de unos días en la playa. Una noche acude al bar Alaska junto a Jaime Viñas, un amigo que conoce en una de las fiestas de Juan Martínez. Viñas no viene solo y le acompaña un chico de 29 años de aspecto afeminado, al que Carmen no había visto jamás hasta entonces.

—Mira, Carmen, te quiero presentar a un buen amigo mío.

El amigo se acerca para propinarle dos besos y Carmen percibe que huele bien y es un chico especialmente atractivo.

—Hola, soy Jesús —se presenta con timidez.

Para Carmen, esos chicos son divertidos y desinhibidos, por lo que durante los días siguientes quedan a diario en el bar Alaska, frente al piso que le puso Julio Muñoz. Se juntan y beben. Beben mucho, pero en un ambiente de felicidad y amistad. Se entera de que Jesús es chaperero por necesidad, mientras que Viñas lo es por devoción. Y es evidente que entre los dos existe un ligazón pasional que traspasa a la parte afectiva.

Un noche, Viñas les cuenta a los dos que cuando comenzó la guerra, él huyó a Argentina. Carmen se lo reprocha, sin pensar demasiado en lo que dice.

—Eso es de cobardes —profiere entre bromas, pero con un tinte de acusación en sus palabras.

La chica entiende que si huyó es porque era republicano. Un nacional no habría huido al inicio de la guerra.

—No era de cobardes —se defiende—. Huir era de sobrevivientes. ¿O acaso era un cobarde Rafael Alberti?

Carmen no sabe quién es; sin embargo le suena mucho su nombre. Seguramente lo habría leído en algún periódico, de aquellos números atrasados que leía diariamente cuando servía en la calle Verdi.

—¿No conoces a Alberti? —interviene Jesús.

Por el tono que imprime en sus palabras, los dos, tanto Carmen como Viñas, entienden que bromea. Definitivamente, Jesús tampoco sabe quién es Alberti.

—Es un poeta —brea Viñas, con gran sonoridad de su lengua.

—Qué romántico —anota Carmen—. ¿Cómo Lorca?

—Sí, como Lorca —acepta Viñas—. Solo que este está vivo y Lorca, no.

Jesús suelta una aparatosa carcajada, le complacen esas burlas ingeniosas de su amigo.

—¿Y es rojo? —se interesa Carmen de nuevo.

—Más rojo que Negrín —expele con gracia Viñas—. Mira si es rojo que fue miembro, cuando estuvo en España, de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. ¿Hay algo más rojo que eso?

—No. No creo —cabecea, visiblemente bebida—. Mi tío siempre decía que no había nada más rojo que Negrín.

Viñas se aproxima hasta ella y finge besarla en la mejilla, pero en realidad quiere susurrarle que vaya con cuidado con lo que dice. El bar Alaska lo frecuentan muchos ‘secretas’ que van allí a beber por el morro.

—Y hay más —sigue contando—. Manuel de Falla también huyo a Argentina, y murió por allí. Amado Alonso —Carmen le indica basculando la cabeza que tampoco sabe quién es—, este creo que vive en Estados Unidos.

—Los que han ganado la guerra —habla Carmen, refiriéndose a los americanos y la guerra mundial.

—Esos mismos. Los ganadores de la gran guerra —asiente Navarro.

—Pues si han ganado no serán tan buenos. —Carmen se cae sobre su asiento. Un señor que bebe solo, en la mesa de al lado, sonrío. Esa chica le parece excesivamente traviesa—. No siempre los que ganan la guerra son los buenos —repite—. El bando nacional también ganó y mira en qué situación estamos...

Navarro se pone en pie y se sienta a su lado izquierdo, apretujándola contra el asiento y Viñas, mientras ella hace aspavientos para zafarse de su complexión.

—¡Calla, mujer! Si no quieres que nos detengan.

A partir de ese día, la idea de emigrar a Argentina comienza a macerar en su cabeza como un sueño recurrente que en algún momento anhela se cumpla.

Durante ese otoño va quedando de manera ritual con Navarro y con Viñas. Se lo pasan bien los tres juntos. Beben, bailan, conversan y vuelven a beber. Carmen no recordaba haber bebido tanto en su vida. Ni siquiera en la época de la penuria que pasó cuando la abandonó el empresario Ramón Pané, deambulando por Barcelona como si fuese un espectro. La diferencia es que ahora vive bien. Bebe buen alcohol, fuma buenos cigarros y come buena comida.

—Oye —le dice a Viñas, una de las noches que quedan en el bar Alaska—. Háblame más de Argentina.

Sobre la mesa hay tres vasos hasta arriba de Pernod. Desde que terminó la guerra en Francia, los licores de aquel país se pusieron de moda. Beber, como vestir, es una cuestión de modas.

—¿Tanto te interesa?

—Sí. Estoy harta de esta ciudad. De este régimen. Y de España en general, porque vaya a donde vaya el que manda es el mismo. Y no me gusta el que manda. Ni los que mandan —execra con ímpetu.

Recuerda la peseta que vio en Caldetas, con la efigie de Franco.

—Baja la voz, por favor —sugiere Navarro.

El bar está lleno de gente y teme que algún secreta los pueda oír. Al lado, cerca de la barra, un señor con bombín, que no se ha quitado ni dentro del bar, saborea una copa de cerveza Moritz. El camarero rechaza sus pesetas, que puso sobre la mesa. Las retira con un teatral gesto de su mano, devolviéndoselas al hombre del bombín, que se las guarda en el bolsillo de su pantalón.

—Ese de ahí —lo señala Viñas con los ojos—, es de la bofia.

—¿Cómo lo sabes? —requiere Carmen.

Se azuza el pelo en un gesto que les recuerda a Gilda, antes de que Glenn Ford le propinara un tortazo.

—Porque el camarero no le quiere cobrar. La policía bebe siempre gratis.

—Lo gratis para el rico, mientras que el pobre paga —ironiza Carmen.

—Argentina es muy grande —explica Viñas—. Algo así como España. O eso creo —duda—. Los inmigrantes... Bueno, inmigrantes para ellos, para nosotros emigrantes —Carmen asiente con la barbilla y agradece la aclaración; aunque ya conoce la diferencia—, se distribuyen por todo el país cuando llegan. No como aquí, que todos vienen a Cataluña —parece que protesta—. Por allí se reparten entre Buenos Aires, Santa Fe y entre..., algo, ahora no me acuerdo de más.

—¿Y hay trabajo?

Un camarero los rodea. Les pregunta si necesitan algo más cuando ve una de las copas vacías. Es la de Carmen, que bebe con agresividad.

—Un licor Sorel —dice.

—¿Cuál? —consulta el camarero—. Sorel tiene muchos licores.

—Mmmm..., déjame pensar... —Hace arrumacos con la boca. Algo que sonroja al camarero del Alaska, pues esa chica es muy atractiva y expele lujuria en sus gestos.

—Pide la Crema de Cacao —aconseja Navarro—. Yo la probé el otro día y es verdaderamente gustosa.

—Crema de Cacao, pues —acepta sin evitar que le aflore el acento aragonés—. ¿Y hay trabajo en Argentina? —retoma la pregunta que le había hecho a Viñas, cuando el camarero se aleja hacia la barra.

—Pues eso ya no lo sé, la verdad. Yo regresé hace tres años. Supongo que con el fin de la guerra europea, Argentina habrá cambiado mucho. No quiero ni pensar la cantidad de alemanes que estarán ahora mismo por allí pululando. La hospitalidad argentina no distingue de bandos. Pero lo que sí es seguro es que es

el mejor país donde se puede vivir. Los demás, a excepción de Norteamérica, están peor que España.

—Peor que España no creo que esté nadie —se mete en la conversación un señor de la mesa de al lado. En su mano derecha, la única que tiene, pues es manco de la izquierda, sostiene una copa de Calisay. Lo saben porque en la mesa dejó el camarero la botella.

—Japón —sonríe Navarro, algo ausente de la conversación.

—Ni Japón —replica el manco acercando la copa a su nariz, para disfrutar del aroma del licor—. Cualquier país del mundo que esté saliendo de una guerra no es un lugar aconsejable para ir a vivir. No niego que lo sea para trabajar —incide—. Porque una cosa es segura —coge aire mientras habla—, una guerra da trabajo, y mucho. —Los tres: Navarro, Viñas y Carmen, lo miran con expresión confusa. Piensan lo mismo mientras lo escuchan. Él se da cuenta y rectifica—. Sí, ya sé lo que piensan, que en España ese principio no funciona. Trabajo, lo que se dice trabajo, no hay. Pero sí riqueza. —Los tres siguen enmudecidos—. Miren a su alrededor y verán la riqueza que hay. Lo que ocurre es que está mal distribuida.

—El señor Espasa —dice Navarro, haciendo alusión a la enciclopedia Espasa—, parece que sabe de todo.

Él no lo oye, o finge no oírlo. La música que viene de la gramola del bar es lo suficientemente alta como para que cueste entenderse.

—¿Decía? —reclama.

—No, nada —rechaza repetir su comentario—. Decía que parece saber usted mucho de todo.

A Viñas, lo de redistribuir la riqueza le suena a principios comunistas. Pero no se fía, los ‘secretas’ se reparten por igual en un bar, una universidad o una reunión clandestina. Quizá sea un cebo para que ellos piquen. Se gira hacia Navarro y Carmen y, tapándose la boca ligeramente, les dice:

—No os fiéis de este, para mí que es un bofia.

El hombre se reclina en su silla. Eleva la copa de Calisay y les ofrece un brindis. En su único brazo reluce flamante un reloj marca Universal. Viñas entiende que no es un policía. Un agente no se puede permitir un reloj de esa marca, medita.

—¿Y Argentina? —interviene Carmen, observando con tristeza el hueco de su brazo—. ¿Qué opina usted de Argentina?

—La conozco bien —habla con suficiencia—. Tengo familia allí y yo mismo estuve antes de la guerra. Por trabajo —añade—. Argentina es tierra de oportunidades y de acogida. Como lo fue Cataluña —habla en pasado—. Antes de Perón...

—¿Perón?

—El que manda allí ahora —explica el manco—. Les decía que antes de Perón, el gobierno concedió un crédito a España por valor de 30 millones de pesos...

—¿Pesetas? —pregunta Carmen.

—Pesos —repite el manco—. Es la moneda de allí, de Argentina. No sé la equivalencia, pero creo que es ocho a uno.

—...

—Sí, el crédito que concedieron correspondería a unos 240 millones de pesetas. Cuarenta y ocho millones de duros, para que me entienda.

Ninguno de los tres entiende nada de lo que el manco les cuenta. Comienzan a aburrirse con su conversación y le dan, con descaro, la espalda. El hombre acepta con orgullo el desplante y extrae un paquete de galletas *Artiach* del bolsillo de su chaqueta. Abre el paquete con pericia, con una sola mano. Se lleva a continuación una galleta a la boca. Come a dos carrillos.

Durante ese invierno, los tres congenian hasta el punto de ser inseparables. Todos los camareros y clientes de los garitos de la calle Rosellón, Mallorca o Paseo de San Juan, los conocen. En especial a Carmen, una rubia platino sacada de una película americana, que hace el deleite de camareros y clientes. Todos quieren conocerla. Todos ansían poseerla. Carmen bebe, fuma y le gustan las joyas y los perfumes. Sus amigos asisten risueños ante la avalancha de los hombres de negocios que desfilan ante ella. Quieren agasajarla. Le regalan cajetillas de tabacos caros y exóticos, cuya adquisición es difícil en los estancos de Barcelona. Carmen fuma cigarrillos Cravena, cuya publicidad dice que están elaborados en Virginia. O los Du Marier, cigarrillos ingleses que aseguran contener un filtro especial suave y refrescante que protege la garganta. Perfumes Galatea, cuya botella cuesta 34 pesetas. O los Dana, fabricados en España y difundidos por el mundo. En esos días, *Cascabelitos* nunca huele igual: Tabu, Emir, Sirocco, Bali o Canoe. El olor de su piel se mezcla con el alcohol y el tabaco. Desayuna con champán Calistux. Come con vino Paternina. A media tarde bebe cerveza Cruz Blanca. Y por la noche degusta licores Chartreuse, Bardinet y Camus. Muchas mañanas tiene que desayunar bebiendo jarabe, como el Pagliano, para purgarse y ahuecar el estómago para seguir bebiendo por la tarde y por la noche.

## Capítulo 39

—Si tuviese el dinero suficiente me iría a vivir a Argentina —le dice Carmen a Navarro, una noche que los dos están acodados en un bar de la calle Mallorca. Ese día, Viñas no asiste porque se tiene que quedar hasta más tarde en la cerrajería.

Carmen es consciente de que pronto cumplirá los 27 años y esos hombres, y otros como ellos, no sentirán ningún tipo de atracción o aprecio hacia ella. La única relación de amistad verdadera que tiene en esos momentos es la de Navarro y Viñas. Los empresarios la quieren por el interés. Uno para camuflar su homosexualidad paseando de su brazo, especialmente en los toros, espectáculo por el que ella no siente una especial afición. El otro, Julio Muñoz, solo la quiere para la cama. Y el de Caldetas, para lucirla en el Paseo de los Ingleses. Y los objetos que se lucen es porque son nuevos o brillan. Y a ella no le queda mucho tiempo para dejar de ser nueva y, mucho menos, para perder el brillo. Hasta ese momento es una mujer de sinuosa y atractiva figura. Sus pechos conservan la juventud y la tersura. Pero en varios de los últimos encuentros con Muñoz, este le recrimina que haya bebido. Al empresario le disgusta acostarse con una mujer de compañía que apesta a alcohol y a tabaco. Además, Carmen, ebria no lo complace, pues se salta los pasos a la hora de fingir el orgasmo, algo que el empresario detecta. Desde que conoció a Asensio y supo que las mujeres también pueden disfrutar del sexo, utiliza el recurso de acordarse de él cuando está en la cama con algún industrial viejo y gordo. Sigue sin disfrutar, pero al menos acompaña el clímax de su acompañante con sus propios gemidos de insatisfacción.

—Para viajar a Argentina no hace falta dinero —contraviene Navarro—, sino mucho dinero. No se trata solo de lo que cuesta el viaje en avión o en barco, sino que se trata del dinero que se necesita para vivir allí. Sin trabajo, y nadie te asegura que lo obtengas, no podrás resistir mucho tiempo.

—A mí no me faltará trabajo —le guiña un ojo—. Y sé cómo conseguir ‘pesos’ de esos.

—Eres confiada, no tengo duda. Y optimista, Cascabelitos. Pero en Argentina las cosas no funcionarán como aquí. ¿Tú crees que estarás mejor porque piensas que harás lo mismo que aquí, pero sin Franco? Pero, evidentemente, Franco no está allí, pero podría llegar uno como él. Las dictaduras o las democracias no nos

hacen más o menos felices al conjunto de la sociedad. Ya lo estás viendo aquí, hay gente que vive en la opulencia pese a estar inmersos en una dictadura. Lo mismo ocurrirá en las democracias, como la americana, que también tendrá sus pobres.

—¿Te vendrías conmigo? —ofrece vertiendo sinceridad en sus palabras.

—Me gustaría, ya lo sabes. Pero tengo compromisos por aquí muy importantes. —Carmen arruga la boca—. No, no me malinterpretes. No quiero decir que tú no seas importante. Lo eres, y mucho, pero en mi corazón anidan otro tipo de proyectos más, digamos, inconfesables.

—¿Le quieres? —pregunta acabándose de un sorbo su vaso de cerveza.

—¿A quién? —pregunta a su vez Jesús, haciéndose el despistado.

—Ya sabes a quién me refiero.

—No lo tengo que saber porque, como sabrás, tengo novia.

—Sí, esa chica de la calle Conde del Asalto, Pepita Esteve.

—Sí, esa chica —dice no muy convencido.

—Entonces... ¿no la quieres?

—Ya no sé qué quiero y qué no quiero —rechaza dar más explicaciones—. Mi corazón se debate entre Jaime, al que aprecio y me siento muy unido, y entre Pepita, a la que...

—La que te sirve de tapadera —concluye la frase.

—...

—Lo ves, Jesús, en el fondo no somos tan distintos. Yo me acompaño de hombres que ocultan su homosexualidad y me acuesto con otros por dinero. Mientras que tú te haces acompañar por Pepita para enmascarar tu..., bueno, eso. Y te acuestas por dinero con los mismos hombres que a mí me acompañan.

—Dinero, dinero y dinero —murmura Jesús—. Al final todo se reduce a eso. ¿Qué harías tú, Carmen, si tuvieses dinero? Y cuando digo dinero, me refiero a mucho dinero.

—¿Cómo cuánto dinero?

—No sé, como el que tiene Juan Martínez; por ejemplo. Dicen que en su casa, en La catedral de la leche, tiene más dinero que en el Banco Central.

—¿La has visto?

—¿A Juan Martínez?

—No, tonto. Su caja de caudales.

—No. Sé que tiene una en su casa de la calle Aribau, pero nunca he llegado a verla. No he intimado tanto con él.

—¿No has estado en su casa?

—Sí, claro. Y varias veces. Pero cuando me invita solo es para ofrecerme varias copas de champaña francés, que degusto sin mucha resolución, mientras

que él se desnuda y se mete en la cama, esperando que lo secunde. Es patético ver como se comporta como si fuese una fulana. Luego, cuando estoy lo suficientemente borracho, me meto en la cama con él y dejo que me pase la lengua por mi pecho. Al menos, he de reconocer, es un hombre limpio y me trata con dulzura.

—¿En qué habitación lo hacéis?

—En una que hay un cuadro de Rafael Pellicer colgado de la pared.

—No sé quién es.

—Un pintor de cierto renombre. Te lo digo porque creo que sus cuadros son caros. Figúrate el dinero que tendrá el sarasa para tener un cuadro de valor en el cuarto a dónde se lleva a los chaperos que lo satisfacen.

—Mucho.

—Mucho no, muchísimo. Ese empresario tiene dinero como para comprar Barcelona, si fuese necesario. Con el dinero que él tiene podríamos hacer tantas cosas... Yo me podría ir con Jaime a Palma de Mallorca y dejarle el dinero suficiente a Pepita para que no me echara de menos. Mis padres podrían reconciliarse y solucionar sus problemas económicos. Y tú —la mira directamente a los ojos, que en ese instante son cristalinos—, podrías irte a Argentina y comenzar una nueva vida. ¿Tú sabes dónde guarda el dinero?

—Sí, y tuve conocimiento por una casualidad, no porque él me hubiese mostrado donde oculta la caja fuerte. —Jesús cabecea animándola a que siga hablando—. Hace unos meses había empleado en la caseta del guarda un chico con el que me encapriché. Se llamaba Asensio Talegón y me reconfortaba hablar con él en las largas esperas en la casa. Se despidió sin decir los motivos, ni siquiera me los dijo a mí. Y desde entonces no he vuelto a saber nada de ese chico, pero en una de las conversaciones que mantuvimos... Entre, bueno, en una de las conversaciones que mantuvimos cuando habíamos terminado de hacer el amor, me contó que un día Juan le hizo entrar en su casa con la excusa de un mueble que pesaba mucho y tenía que cambiar de lugar. Asensio es un chico fuerte y el empresario quiso aprovecharse de su fortaleza. No temió que se le insinuara, porque es bien sabido que los empresarios no quieren relaciones con los empleados de sus fincas. El mueble, una librería de colosales medidas, lo arrastró con sus manos, apoyándose en las rodillas, de una habitación a otra, la que está más pegada a la entrada.

—La del ventanal —se entusiasma Jesús.

—Sí, esa. Ese ventanal con motivos religiosos no le pega nada al conjunto de la casa —afirma Carmen—. Pero tengo entendido que algún cura novicio pasó por esa habitación y copular bajo la mirada de un ventanal le recordó que estaba en una Iglesia —sonríe con malevolencia—. Pues bien, en esa habitación es

donde Asensio golpeó con la librería, cuando la arrastraba hacia su sitio, sobre un retrato del Generalísimo que pende de una pared blanca como la nieve.

—¿No me digas que ahí está la caja fuerte? —arroja conmocionado—. ¿Detrás de un retrato de Franco?

—No hay mejor lugar —se enciende un cigarro mientras habla. Carmen se pone nerviosa con esa conversación—. Detrás del retrato de Franco nadie se atreverá a mirar. ¿A ver quién es el invitado que se le ocurre toquetear el cuadro y mucho menos descolgarlo? Me han dicho que las mujeres de la limpieza de la casa ni siquiera se acercan a esa habitación, ya que lo tienen prohibido expresamente por el dueño.

—¿Has visto esa caja?

—Yo no, nunca. Pero la vio Asensio y me dijo que es tan grande como dos personas de pie y juntas.

—Buenos dineros habrá allí dentro —exclama Jesús.

—Dineros y joyas —dice Carmen—. Que a ese también le gustan las joyas, como a mí. Su parte femenina le puede.

## Capítulo 40

La familia Navarro termina de comer. El padre sostiene la mirada a su esposa, la cual recoge la mesa y traslada los platos a la cocina. Su mirada es triste y anda arrastrando los pies, como si le pesara la vida. La cerrajería de su esposo apenas obtiene el dinero necesario para vivir de manera desahogada y respetable. La mujer, además de dedicarse al mantenimiento de la casa, comparte productos cosméticos con vecinas y amigas del barrio, con la intención de aportar ingresos extras a la paupérrima economía familiar. Su esposo no se mete en lo que hace, pero le reprocha que no ayude más al sustento de la familia. Él ni siquiera tiene recursos suficientes como para pagar el jornal a Viñas, el único empleado de la cerrajería.

—¿Has quedado con Pepita? —le pregunta María a su hijo.

—Sí, mamá. Pero más tarde.

—Creo —se mete en la conversación el padre—, que le estás dando muchas esperanzas a esa pobre chica. No creo que haya hecho suerte contigo —expele en tono sarcástico.

La madre lo mira. Llevan veinticinco años casados pero ya no lo reconoce como su esposo. El Jesús que conoció es bien distinto al que tiene ahora delante. Su carácter se ha agriado y está constantemente malhumorado.

—Un golpe de suerte es lo que necesito —le replica a su padre.

En un cajón de la librería del salón reposan cuatro décimos del sorteo de lotería de Navidad de ese año. Apenas quedan tres semanas para que finalice 1948, y reza; aunque no es creyente, para que alguno de esos números lo saquen del cenagal donde se hunde cada día. El padre abre el cajón y saca las cuatro papeletas. Las eleva hacia el techo y las exhibe, como si fuese un conejo muerto al que estuviera a punto de despellejar.

—¿Este es el golpe de suerte que esperas?

—Sí. Setenta y cinco millones de pesetas si toca —responde forzando una mueca entre furia y miedo.

—Madre mía —exclama la madre al ver los billetes de lotería que sostiene su esposo en la mano—. Ojalá nos tocara alguno, con ese dinero me podrías comprar una cocina de esas suecas.

—Loterías, loterías... —habla con desprecio el padre—. De lotería no se come. Además siempre ganan los mismos. Hasta eso está amañado —afirma.

María mira hacia la puerta cuando escucha que alguien la abre, se tranquiliza al ver que es Viñas el que los visita.

—Ah —lo saluda el padre—. Pasa, Jaime, tomaremos café. —La madre ni siquiera pregunta, porque sabe que cuando su esposo dice que tomarán café, es porque ella debe de ir a la cocina a prepararlo—. ¿Tú que harías con setenta y cinco millones de pesetas?

—Mi padre —le explica Jesús—, no cree que nos toque nunca la lotería. Según él es imposible y se burla de mí por confiar en la suerte.

—¿Le has hablado de la caja de caudales del dueño del Tívoli? —pregunta Viñas a continuación.

El padre tuerce la boca.

—¿De qué caja habláis?

Jesús arruga los labios, no quería hablarle a su padre aún de lo que les contó Carmen.

—De la caja de caudales de Juan Martínez, el propietario del Tívoli —explica Jesús—. Nos hemos enterado donde la oculta y hemos pensado que puesto que usted es uno de los mejores espadistas de Barcelona, podíamos ingeniárnoslas para entrar en su casa y robarla.

El padre los mira a los dos con expresión de enfado.

—¿Y quién os ha dado esa información?

—Una amiga nuestra —responde Viñas cuando percibe que Jesús no se lo quiere decir.

—¿Qué amiga?

—Carmen Broto, la Cascabelitos —se lo dice finalmente su hijo.

—Esa fulana —dice con desprecio—. Sí, esa rubia que se acuesta con todos, ¿no podría ser ella la que nos facilitara la entrada a la casa? —Ni Viñas ni Navarro responden—. Tengo entendido que no solo es amante de los hombres, sino que también ama el alcohol. Y lo mismo se bebe una botella de vino, que se zampa dos copas de ginebra. Pues si os ha dado la información, que se moje un poco y os franquee el paso a la casa.

Su hijo le explica que ya habló recientemente con ella sobre esa posibilidad.

—También necesita el dinero, por lo que tendríamos que hacer cuatro partes iguales.

—Esa —ruge el padre—. Esa tiene todo lo que quiere. Los que necesitan el dinero somos nosotros.

—Sí, padre. Pero sin ella no podremos acceder a la casa, por lo que es justo que le demos su parte.

—¿Qué parte? —pregunta la madre cuando en esos momentos accede al salón con una bandeja sobre la que hay una jarra de leche, otra con café y varias tazas.

—Nada —rechaza responder su marido—. No te metas en cosas de hombres.

El silencio inunda el salón mientras la mujer deja la bandeja con las tazas sobre la mesa.

—No me fío de esa puta —despotrica el padre cuando la madre se ausenta de nuevo y se mete en la cocina—. Pero le puedes decir que si me facilita el acceso a la caja de caudales, yo me comprometo a abrirla. Y de lo que haya en el interior haremos cuatro partes iguales —mira a su hijo y a Viñas, que ni dice que sí, ni dice que no—. ¿Qué os parece? —inquire—. ¡Decid algo!

—Por mí conforme —acepta Viñas—. Pero no creo que Carmen acceda.

—Hablaré con ella —comunica Jesús—. Tengo confianza y además recientemente hemos hablado de este asunto precisamente y estoy convencido de que aceptará. ¿Y luego? —mira a su padre, que se ha servido un café de la bandeja que ha dejado la madre sobre la mesa del salón.

—¿Y luego, qué?

—Sí, cuando Juan Martínez se entere del robo necesitaremos un margen de tiempo para huir de España.

El padre se pasa la mano repetidas veces por la barbilla.

—Lo mejor —sorbe un leve trago de café—, es que ese tío muera. Cuando accedamos a su casa lo tenéis que quitar de en medio.

Jesús y Jaime no pueden evitar cruzar las miradas.

—¿Y ya está? —explota su hijo—. Nos lo cargamos y salimos de su casa como si tal cosa. ¿Ese es su magnífico plan, padre?

—Deja que piense. Deja que piense un momento —resopla—. Todo lo tengo que pensar yo, pese a que la idea del robo es vuestra —restalla los labios.

El espadista recuerda que en uno de los cajones de su armario caballero tiene a buen recaudo varias dosis de cianuro potásico que le entregó el alemán de la cara cortada, al que unos meses atrás le había instalado una caja fuerte en su domicilio de la calle Balmes. Ese alemán le obsequió con varias de esas pastillas, como parte del pago por la instalación de la caja.

—Lo envenenaremos —suelta de repente.

—¿Envenenar? —su hijo lo mira con recelo.

—¿Recuerdas el alemán de la calle Balmes? —le pregunta a Viñas, quién le ayudó a instalar la caja en su piso. El empleado cabecea confirmando que lo recuerda—. Pues cuando me pagó, me entregó cianuro potásico. Me dijo que es mortal de necesidad con solo ingerirlo.

—Entiendo —retoma la conversación su hijo—, que el plan es entrar en la casa de Martínez y envenenarlo con cianuro potásico y así usted tendrá vía libre para forzar su caja fuerte y vaciarla de lo que haya dentro.

—Así es. Así de simple, así de sencillo.

—¿Ha pensado en la policía? —ironiza.

—¿Qué ocurre con ellos?

—Buscarán al culpable, no le quepa la menor duda. El dueño del Tívoli es un hombre poderoso y amigo del régimen y un crimen de una persona así no quedará impune. La policía y las autoridades dispondrán de los medios necesarios para aclarar su muerte. No sea ingenuo, padre, más pronto que tarde darán con nosotros.

—La policía es perezosa, hijo. Buscarán durante unos días y si no encuentran nada dejarán de investigar. Los casos sin resolver molestan tanto a la policía, como la pobreza en la calle a los gobernantes. La policía no quiere que la ciudadanía sea consciente de su incompetencia y por eso zanján lo antes posible cualquier caso sin resolver. En unos días darán carpetazo y comunicarán que la muerte del empresario fue un suicidio. Dejaremos la cajita con el cianuro potásico sobre su mesilla de noche, junto a una nota de despedida. Una nota al lado de un cadáver, despidiéndose, siempre es una señal de que murió porque estaba harto de vivir.

—...

—La policía no comprueba si la letra es del muerto, porque entienden que está nervioso y es justo pensar que la letra no será buena. Además... —se silencia un lapso de tiempo prolongado.

—¿Además qué, padre?

—Es el momento de confesar un secreto que nunca he contado a nadie.

Carraspea un par de veces, como si tuviese algo en la garganta que le impidiera hablar bien.

—Hace unos años hice algo parecido —confiesa ante la atenta mirada de su hijo y de Viñas—. En la calle Industria me deshice de un acreedor que me acosaba. En esa ocasión lo estrangulé con una soga. Y para tapar su muerte me las ingenié para simular un accidente de tráfico estrellando su coche contra un árbol, con él dentro. Me consta que la policía investigó la muerte durante unos días y luego se olvidaron. Como se olvidarán de Juan Martínez cuando comprueben que se ha suicidado. Luego, y para hacer las cosas bien, no tendremos que vaciar la caja fuerte del todo, sino que dejaremos parte del dinero y joyas que haya dentro, precisamente para que no sospechen. ¿Qué os parece?

—¿Que qué me parece, padre? Acaba de confesar que mató a un hombre.

Viñas se silencia.

—Sí, claro que lo maté. Era un hijo de puta que me acosaba para que le devolviera con intereses un dinero que le debía. De pagarle lo que me pedía no hubiera podido tu madre traer un plato de comida a tu mesa. Y yo por mi familia soy capaz de hacer lo que sea. ¿Entiendes? Lo que sea —dice más despacio—.

Entonces, ¿qué os parece mi plan?

—Por mí bien —responde Viñas—. No me parece un mal plan —mira de reojo a Jesús, esperando su reacción.

—Y a ti, hijo. ¿Qué te parece?

—Bien, me parece bien todo. Solo queda convencer a Carmen de que es un buen plan.

—¿Sabéis si tiene afecto por el empresario? —se interesa el padre.

—Creo que ninguno.

—Entonces es un buen plan.

## Capítulo 41

Cuando falta una semana para Navidad, Jesús y Jaime quedan en un bar de la calle Mallorca. Citan a Carmen para hablar y convencerla de lo idóneo del plan trazado junto a su padre para robarle las joyas al dueño del Tívoli. Carmen se retrasa, algo que ya es normal en ella, y ellos esperan bebiendo y fumando.

—Buenas tardes —saludan los dos en cuanto entra por la puerta.

Carmen les sonrío y le pide al camarero una copa de ginebra seca de la marca *Fockink*. Solo una mujer como ella es capaz de beber ginebra a palo seco, piensa el camarero, que ya la conoce como clienta. La teme. Carmen flirtea con todo el mundo. Y los camareros, cuando son jóvenes, se sienten intimidados por su desparpajo.

—Muy serios os veo —les dice repartiendo su mirada entre los dos—. Parece que hayáis visto a un fantasma —bromea.

El camarero le trae una copa de ginebra. La deja sobre la mesa, al lado de las dos cervezas de Jesús y Jaime.

—Esta ronda la pago yo —dice Jesús.

Carmen se extraña. Jesús no suele ser tan espléndido, sino todo lo contrario: es ligeramente avaro. Solo, cuando en el local donde se encuentren en ese momento, y si hay un empresario avanzado de edad que lo invite a él directamente, es cuando Jesús le sugiere que también invite a sus amigos. Es generoso cuando se trata del dinero de los demás.

—¿Qué se celebra? —se muerde una uña.

—Te queremos proponer algo —comienza a explicar Jesús. Jaime carraspea levemente, parece que desaprueba el inicio de la conversación—. Bueno, no es bien, bien, una proposición —repite agitado—, sino que es un plan para solucionar de una tacada todos nuestros problemas: los tuyos, los míos, los de Jaime y los de mis padres.

—¿Tus padres? —desconfía Carmen—. ¿Qué tienen que ver tus padres conmigo?

—Deja que me explique y entonces comentamos, si no ves algo claro; aunque para nosotros está más claro que el agua.

Carmen sorbe un largo trago de ginebra, casi se atraganta. Tose nerviosa un par de veces y seguidamente trata de encender un cigarro con un encendedor de color plata. Lo intenta hasta tres veces, pero el dedo le resbala y no consigue

activar la llama. Jaime se lo quita de las manos y lo prende. Un tufo a gasolina los inunda. Acerca la llama al cigarro de Carmen, lo enciende y ella arroja una colosal bocanada de humo que convierte la mesa donde están sentados en una noche de niebla portuaria.

—Soy todo oídos —dice.

Entre Jesús y Jaime le cuentan el plan que ha trazado el padre del primero. Le dicen que su padre es importante, porque es el único capaz de abrir la caja fuerte. Aseguran que en la caja de caudales hay tanto dinero como para que salga un buen reparto a cuatro.

—No tengo imaginación suficiente para vaticinar la cantidad de dinero y joyas que tendrá ese en su casa —interviene Viñas.

Carmen no está convencida, duda del plan. El planteamiento que le hacen Jesús y Jaime es bueno, pero hay demasiadas aristas que aún están sin pulir. Comienza a avasallarlos con preguntas que los confunden, que los atolondran.

—¿Y si no se quiere tomar esa pastilla?

—Le obligamos —responde Jesús.

Para su incomodidad, Carmen apenas bebe alcohol ese día. Está lúcida y comprende y valora lo que le están proponiendo.

—Si le obligáis —se desmarca—, habrá signos de lucha. Juan es un hombre corpulento. Tendréis que usar la fuerza y entonces habrá marcas en su cuerpo. Y en el vuestro —añade—. La policía no tardará en daros caza.

—No te preocupes por eso —le resta importancia Jesús—. Ya nos las ingeniaremos para que se trague las pastillas sin rechistar.

—¿Y si tu padre no puede abrir la caja?

—La abrirá, no tengas ninguna duda.

—Pero... ¿y si no la abre? Nos encontraremos con un muerto y las manos vacías.

—Pero bueno —se queja Jesús ante la mirada ausente de Jaime—, entonces... ¿quieres irte a Argentina o no?

—...

—¿Responde a mi pregunta?

Carmen sorbe el último trago de ginebra y apaga el cigarro en un cenicero de metal bronceado, con tres muescas para apoyar los cigarrillos.

—Sí, pero no a cualquier precio. Si quieres que te sea sincera...

—Te lo ruego.

—No quiero que asesinéis a Juan. Es rico y tiene dinero, pero gracias a eso a mí no me falta de nada. No quiero segar la vida de un hombre para apoderarme de lo que tanto esfuerzo y trabajo le ha costado conseguir. Si lo hiciera no sería tan distinta a todos aquellos a los que repudio. ¿Os dais cuenta? La guerra,

nuestra guerra, y todas las guerras, comienzan por eso: por querer apropiarte de algo que no te pertenece.

—Pues no hay otra forma de robarle —objeta Navarro—. Martínez debe morir para que mi padre pueda abrir la caja fuerte.

—¿Y no podría distraerlo yo, cuando salimos a cenar, y aprovecháis para forzar la caja?

Navarro balancea la cabeza en señal de negación.

—Si robamos la caja de su casa y él se da cuenta, que se dará cuenta, entonces acabarán atrapándonos a todos. Además, si él está fuera, el vigilante sospechará de que haya alguien en su casa. Es como ha sugerido mi padre, nosotros entramos, lo quitamos de en medio y mi padre abre la caja y nos llevamos parte de lo que hay dentro, dejando lo suficiente para que la policía descarte un robo.

Unos días después de aquel encuentro, y dos días antes de Navidad, Carmen y Jesús hablan por teléfono. La conversación es cordial, pero ambos perciben un cierto distanciamiento que achacan a la cita donde hablaron de asesinar a Martínez y hacer pasar su muerte por un suicidio.

—Feliz Año Nuevo —se despide Carmen.

Ella prevé que no se volverán a ver hasta el año siguiente.

Jesús se sume en un desconcierto irrecuperable. Ciertamente no necesita a Carmen para llevar a cabo el plan de su padre. Pero el hecho de haberla hecho partícipe, sugiere que ella se convierte en un inconveniente. Se siente desgraciado por haber pensado en ella como cómplice, cuando Carmen es la que menos interés puede tener en asesinar y robar al empresario. Ella ya dispone de una pequeña fortuna y una hermosa colección de joyas, que no duda en lucir cuando sale a divertirse. Además, es una mujer alocada que toma decisiones imprevisibles y no meditadas. Pero es famosa y la gente la conoce por su llamativa belleza y su cabellera rubia. Ya el domingo 13 de junio, unos meses antes, toreó en la plaza de toros de La Monumental el torero “Rovira”. Las entradas costaron 3 pesetas y Carmen estuvo entre el público en compañía de Juan Martínez. El domingo 27 de junio, dos semanas después, a las seis de la tarde se lidiaron 6 toros de la ganadería de Pablo Romero y torearon los diestros “Angelete”, “Luis Mata” y “Belmonteño”. Y toda la plaza reparó en ella, porque toda la plaza sabía que Carmen estaba allí. Jesús comprende que aunque Carmen salga a pasear sola, los hombres se giran para observarla. Carmen es belleza y clase. Es de la pocas mujeres de veintiséis años que se atreven a calzarse vestidos ceñidos que le cincelen su espectacular silueta. Es una vampiresa al estilo de Margaret Livingston, representando a una heroína de dudosa conducta. Es inteligente y sabe introducirse de modo rompedor en el privilegiado y

exclusivo sector político, empresarial y financiero de la España de los vencedores. Es imposible que nadie se pregunte cómo es que se ha suicidado el dueño del Tívoli y Carmen no tenga nada que ver en ese suicidio. Jesús calcula que si la policía la interroga después de que ellos lo asesinen, ella no resistirá la presión y se vendrá abajo delatándolos a todos.

Cuando le cuenta a su padre que no podrán contar con ella para asesinar y robar al empresario. Su padre le replica, sin un ápice de remordimiento:

—Primero hay que matar a Carmen Broto.

## Capítulo 42

El domingo 9 de enero del año 1949, amanece un día de cielo plumizo que amenaza que hará frío. En casa de los Navarro duermen Jesús y Jaime, ya que la noche anterior salieron de fiesta. No es la primera vez que un sábado los dos se recogen en casa de los Navarro. Pero teniendo en cuenta el estado de embriaguez en que llegaron, la señora Navarro le prepara la habitación de invitados para que pueda alojarse; al menos hasta que se le pase la borrachera. Ninguno de los dos intuyen que los dos jóvenes se entienden entre ellos. Creen que Jesús se ha puesto novio con Pepita Esteve. Y de Jaime no se hacen preguntas, pero el chico ya tiene 29 años y en alguna ocasión María le ha insinuado que ya es edad para ponerse novio.

Al mediodía se sientan los cuatro alrededor de la mesa. Comen copiosamente las sobras de las fiestas navideñas, ya que su economía se resiente con una fiereza que les hace presagiar que en breve no podrán afrontar los pagos. Tener deudas es un descrédito de tal magnitud, que al hacerse público afecta al negocio. ¿Quién querría encargar una caja fuerte a un cerrajero ahogado por las deudas? Un cerrajero es alguien de confianza extrema. Un cerrajero es un señor que se introduce en una casa y no solo sabe dónde está la caja fuerte, sino que sabe cómo abrirla. Un cerrajero con deudas es un cerrajero sobre el que planea una fundada desconfianza.

La lotería de Navidad no tocó. Ese año el Gordo, en el sorteo celebrado el 22 de diciembre, se repartió íntegramente en Madrid. También se distribuyó algún premio en Zamora, Zaragoza, Bilbao y Gerona. El segundo premio se vendió entre Madrid y Almodóvar del Campo. El tercero en Madrid. Y el cuarto entre Madrid y Barcelona.

Seguidme —ordena el padre a Jesús y a Jaime.

Se pone en pie y sale a la calle.

—¿No tomáis café? —consulta su esposa.

—Luego, más tarde —rechaza dar más explicaciones.

El padre camina por la calle Escorial hasta el huerto que tiene arrendado en la parte trasera de su casa, en la calle Legalidad. Allí empuja la valla y accede. Viñas es la primera vez que entra en ese huerto. Y su hijo; aunque ya accedió alguna vez, no es de su agrado. El huerto le recuerda que hay que cuidarlo, y cuidar un huerto supone trabajar. Y lo que menos le apetece a Jesús es labrar en

el huerto de su padre.

—Os cuento mi idea —les dice a los dos cuando están en medio del huerto.

Esa tarde estuvo cavando una zanja lo suficientemente grande como para que cupiese en su interior el cuerpo de Carmen. Era una puta, una cualquiera. ¿Quién se iba a preocupar de la desaparición de una fulana? En principio, los hombres que se acostaban con ella. Pero esos hombres se olvidarían de ella en cuanto hallaran una sustituta. En unas semanas ya nadie se acordaría ni de su nombre.

—La enterraremos aquí, donde nadie la buscará.

Navarro incluso pensó que alguna de las amistades o conocidos que pudiera tener creerían que había viajado a Argentina, su último deseo. Una vez hubieran quitado a Carmen de en medio, el camino quedaba libre para asaltar la vivienda del empresario. Nadie, a excepción de la prostituta, conocía el plan de robar la caja de caudales de La catedral de la leche. La primera parte del plan, la de asesinar y enterrar a Carmen, se llevaría a cabo la noche de ese mismo domingo. La segunda, la de asesinar y robar en la caja fuerte de la calle Aribau, se llevaría a cabo al día siguiente: el lunes 10 de enero. Con Carmen fuera de la circulación, acercarse al empresario era solo una cuestión de imaginación.

Después de hablar, regresan a la casa, donde María les prepara sendas tazas de café que saborean sentados alrededor de la mesa del salón. Viñas se despide de todos, necesita ir a su piso a ducharse y cambiarse de ropa, esa noche saldrán de nuevo. Han quedado con Carmen en recogerla en su piso, en la calle San Antonio María Claret.

Cuando Jaime se marcha, Jesús llama por teléfono a Carmen. Solo faltan unos minutos para que sean las seis de la tarde.

—¿Jesús? —inquire ella cuando reconoce su voz.

—Hola, Carmen. ¿Te apetece salir esta noche a tomar algo con nosotros?

\* \* \*

## **Nota del autor**

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en [amazon.es](https://www.amazon.es) o [amazon.com](https://www.amazon.com), para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:  
[www.estebannavarro.es](http://www.estebannavarro.es)